Clive Barker

LIBROS SANGRIENTOS

2

El terror y lo sobrenatural
se combinan en una serie de narraciones
escalofriantes.

Lectulandia

Cuando Oliver Vassi conoció a la hermosa Jacqueline Ess, advirtió inmediatamente que estaba ante una mujer que poseía unos poderes extraordinarios.

Pronto descubriría cuán extraordinarios y aterradores eran.

Porque dentro del corazón de Jacqueline Ess anidaban fuerzas monstruosas que la impulsaban a dar una muerte sangrienta a cualquier hombre que tratara de poseerla. Dos cadáveres espantosamente mutilados daban testimonio de sus dotes antinaturales, y el de Vassi sería el tercero…

«Jacqueline Ess» es uno de los inolvidables cuentos de terror de este volumen, que incluye también: «Terror», «Espectáculo infernal», «Las pieles de los padres» y «Nuevos asesinatos en la calle Morgue», escritos por un autor que se está consagrando rápidamente como uno de los maestros del género de terror más originales y sorprendentes de la actualidad.

Clive Barker

Libros Sangrientos 2

ePub r1.0
Titivillus 01.01.2025

Título original: *Books of blood II*
Clive Barker, 1984
Traducción: Santiago Jordán Sempere

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Johnny

TERROR

No hay placer como el terror. Si fuera posible sentarse sin ser visto entre dos personas en cualquier tren, sala de espera u oficina, la conversación entreoída rondaría una y otra vez este tema. Podría parecer que se trataba de algo completamente distinto: el estado de la nación, una charla despreocupada sobre las muertes en carretera, la subida de las minutas de los dentistas; pero poniendo al desnudo la metáfora, la insinuación, ahí, encerrado en el corazón del discurso, se encuentra el terror. Mientras aceptamos sin discusión la naturaleza de Dios y la posibilidad de vida eterna, rumiamos alegremente las minucias de la miseria. El síndrome no tiene limites; tanto en los baños como en el seminario se repite el mismo ritual. Con la inexorabilidad de una lengua que se retuerce para explorar un diente dolorido, volvemos una, dos y mil veces a nuestros miedos, sentándonos para discutir sobre ellos con la impaciencia de un hombre hambriento ante un plato lleno y humeante.

Mientras estaba en la universidad y tenía miedo de hablar, Stephen Grace aprendió a hablar acerca de su miedo. De hecho, no sólo a hablar de él, sino a analizar y diseccionar cada una de sus terminaciones nerviosas en busca de pequeños terrores.

En esta investigación tuvo como profesor a Quaid.

Era una época de gurús; su agosto. En las universidades de toda Inglaterra jóvenes de ambos sexos buscaban por todas partes a gente a la que seguir como corderos; Steve Grace fue simplemente uno más. Tuvo la mala suerte de encontrar a Quaid como mesías.

Se habían conocido en la sala de estudiantes.

—El nombre es Quaid —dijo el hombre que estaba al lado de Steve en la barra.

—Oh.

—¿Tú eres…?

—Steve Grace.

—Sí. Vas a clase de ética, ¿verdad?

—Exacto.

—No te he visto en ninguno de los otros seminarios o conferencias de filosofía.

—Es mi asignatura suplementaria de este año. Hago la carrera de literatura inglesa. No podía soportar la idea de un año en clase de nórdico antiguo.

—Así que escogiste ética.

—Sí.

Quaid pidió un coñac doble. No parecía tan rico, y un coñac doble habría arruinado las finanzas de Steve para la semana siguiente. Quaid lo bebió rápidamente y encargó otro.

—¿Tú qué tomas?

Steve estaba acariciando media pinta de cerveza tibia, dispuesto a hacerla durar una hora.

—Yo nada.

—Sí.

—Estoy servido.

—Otro coñac y una pinta de cerveza para mi amigo.

Steve no se resistió a la generosidad de Quaid. Una pinta y media de cerveza en su sistema malnutrido serviría de gran ayuda para animar el tedio de sus próximos seminarios sobre «Charles Dickens como analista social». La sola idea le hacia bostezar.

—Alguien tendría que escribir una tesis sobre la bebida como actividad social.

Quaid escrutó un momento su coñac y lo dejó otra vez sobre la barra.

—O como forma de olvidar.

Steve miró a aquel hombre. Debía de tener unos veinticinco años, cinco más que él. La mezcla de ropas que vestía era sorprendente. Zapatillas de deporte andrajosas, pantalones de pana, una camisa entre gris y blanca que había conocido días mejores, y sobre todo ello una chaqueta de cuero muy cara que sentaba mal a su tipo alto y delgado. Tenía la cara alargada y anodina; los ojos, de un azul lechoso, y tan pálidos que el color parecía diluirse en las escleróticas, de forma que sólo se podían ver, detrás de sus gruesas gafas, sus iris rasgados. Labios gordos, como los de Jagger, pero pálidos, secos y poco sensuales. El pelo, de un rubio sucio.

Steve pensó que Quaid podía pasar por un traficante de drogas

holandés.

No llevaba chapas. Eran la manifestación corriente de las obsesiones de un estudiante, y Quaid parecía desnudo sin nada que indicara cómo se divertía. ¿Era homosexual, feminista, defensor de las ballenas o un vegetariano fascista? ¿En qué estaba metido, por Dios?

—Deberías haber escogido nórdico antiguo —dijo Quaid.

—¿Por qué?

—En esa asignatura ni siquiera se preocupan de puntuar los exámenes.

Steve no había oído hablar de ello. Quaid siguió dando detalles:

—Se limitan a tirarlos al aire. Si sale cara, sobresaliente; cruz, notable.

Ah, era broma. Quaid se estaba haciendo el listo. Steve esbozó una risita, pero la cara de Quaid no se inmutó ante su propio rasgo de humor.

—Tendrías que estar en nórdico antiguo —repitió—. A fin de cuentas, ¿quién necesita a Bishop Berkeley, a Platón o a…?

—¿O?

—Es todo mierda.

—Sí.

—Te he observado en clase de filosofía…

A Steve empezó a intrigarle Quaid.

Nunca tomas apuntes, ¿verdad?

—No.

—He pensado que o tienes una seguridad sublime en ti mismo o, sencillamente, no te importa un comino.

—Nada de eso. Simplemente estoy perdido del todo. Quaid gruñó y sacó un paquete de cigarrillos baratos. Eso tampoco era lo habitual. Se fumaban Gauloises o Camel; si no, nada.

—No es verdadera filosofía lo que te enseñan aquí —sentenció Quaid con manifiesto desprecio.

—¿Eh?

—Nos dan una cucharadita de Platón o un poco de Bentham, pero sin un análisis real. Con las calificaciones pertinentes, por supuesto. Se parece a la bestia: hasta a los no iniciados les huele un poco a bestia.

—¿Qué bestia?

—La filosofía. La *verdadera* filosofía. Es una bestia, Stephen. ¿No estás de acuerdo?

—No se me había…

—Es salvaje. Muerde.

Enseñó los dientes: de repente había adoptado una expresión astuta.

—Sí, muerde —repitió.

Sí, eso le gustó mucho. Lo dijo de nuevo por si le traía suerte: «Muerde».

Stephen asintió. Se le escapaba el sentido de la metáfora.

—Creo que lo que estudiamos debería desgarrarnos. —Quaid se estaba entusiasmando con el tema de la educación castradora—. Debería asustarnos falsear las ideas sobre las que hemos de hablar.

—¿Por qué?

—Porque si fuéramos filósofos dignos no intercambiaríamos chistes académicos. No hablaríamos de semántica, no utilizaríamos supercherías lingüísticas para encubrir los problemas reales.

—¿Qué haríamos?

Steve empezaba a pensar que se limitaba a dar pie a Quaid. Pero éste no estaba de humor para bromas. Tenía la cara rígida: sus iris rasgados se habían reducido a puntitos diminutos.

—Deberíamos acercarnos a la bestia, Steve, ¿no estás de acuerdo? Salir a aplacarla, acariciarla, ordeñarla…

—Esto… ¿Qué es la bestia?

A Quaid le exasperó lo directo de la pregunta.

—Es el tema de cualquier filosofía que merezca la pena, Stephen. Son las cosas que tememos porque no las entendemos. Es la oscuridad que hay detrás de la puerta.

Stephen pensó en una puerta. Pensó en la oscuridad. Empezó a comprender a dónde quería ir a parar Quaid a su manera retorcida. La filosofía era una forma de hablar del miedo.

—Deberíamos discutir sobre lo que es inherente a nuestras psiques —dijo Quaid—. Si no… nos arriesgamos a…

Súbitamente le abandonó la locuacidad.

—¿Qué?

Quaid contemplaba su copa de coñac vacía como si quisiera verla llena de nuevo.

—¿Quieres otro? —propuso Steve, rogando para que la

respuesta fuera negativa.

—¿A qué nos arriesgamos? —repitió la pregunta—. Bueno, creo que si no salimos y encontramos a la bestia…

Steve presintió que estaba a punto de ponerle la guinda al pastel.

—… tarde o temprano vendrá la bestia y nos encontrará a nosotros.

No hay placer como el terror. Mientras sea el de los demás.

Las semanas siguientes, Steve hizo algunas preguntas, sin darles importancia, sobre el misterioso señor Quaid.

Nadie sabía su nombre.

Nadie estaba seguro de su edad, pero una de las secretarias pensaba que tenía más de treinta, lo que le resultó sorprendente.

Sus padres, le había oído decir Cheryl, estaban muertos. Asesinados, pensaba ella.

Esto parecía constituir la suma de todo el conocimiento humano acerca de Quaid.

—Te debo una copa —dijo Steve tocando el hombro de Quaid.

Lo miró como si le hubieran mordido.

—¿Brandy?

—Gracias.

Steve encargó las bebidas.

—He estado pensando.

—Ningún filósofo debería carecer de él.

—¿De qué?

—De cerebro.

Se pusieron a hablar. Steve no sabía por qué se había vuelto a acercar a Quaid. El hombre tenía diez años más que él y pertenecía a un clan intelectual distinto. Para ser honesto, probablemente le intimidaba. Su incesante charla sobre bestias lo desconcertaba. Y, sin embargo, quería más: más metáforas, seguir oyendo aquella voz monótona contarle cuán inútiles eran los tutores, cuán débiles los estudiantes.

En el mundo de Quaid no había certezas. No tenía gurús seglares

y, evidentemente, ninguna religión. Parecía incapaz de contemplar ningún sistema, ya fuera político o filosófico, sin cinismo.

Aunque raras veces reía en voz alta, Steve sabía que en su visión del mundo había un humor amargo. Las gentes eran ovejas y corderos; todos buscaban pastores. Naturalmente, para Quaid esos pastores eran pura ficción. Todo lo que existía en la oscuridad, fuera del redil, eran los miedos que se cernían sobre el inocente cordero: esperando, pacientes como piedras, su momento.

Había que dudar de todo menos del hecho de que el terror existía.

La arrogancia intelectual de Quaid era estimulante. Steve se empezó a aficionar a la facilidad iconoclasta con que destruía una creencia detrás de otra. A veces resultaba doloroso que Quaid formulan una objeción irrefutable contra alguno de los dogmas de Steve. Pero a las pocas semanas el simple ruido de demolición parecía excitarlo. Quaid estaba despejando la maleza, talando los árboles, destrozando los rastrojos. Steve se sentía libre.

Nación, familia, Iglesia, ley. Todo reducido a cenizas. Todo inútil. Todo engaños, cadenas y asfixia.

Sólo existía el terror.

—Yo temo, tú temes, él teme —le gustaba decir—. Él, ella, ello teme. No hay ser consciente sobre la superficie del mundo que no conozca el terror más íntimamente que su propio latido.

Uno de los blancos favoritos de los ataques de Quaid era otra estudiante de filosofía y literatura inglesa, Cheryl Fromm. Se espantaba tanto ante sus observaciones más ultrajantes como el pez ante la lluvia, y mientras uno sacaba las garras ante los argumentos del otro, Steve se arrellanaba en su asiento y contemplaba el espectáculo. Cheryl era, según la fórmula de Quaid, una optimista patológica.

—Y tú estás lleno de mierda —decía ella cuando la discusión se había animado un poco—. Así pues, ¿a quién puede importarle que te asustes de tu propia sombra? Yo no estoy asustada. Me siento bien.

Desde luego que lo estaba. Cheryl era carne de sueños húmedos, pero resultaba demasiado brillante para que alguien osara abordarla.

—Todos sentimos terror de vez en cuando —le contestaba

Quaid, y sus ojos lechosos estudiaban cuidadosamente la cara de Cheryl, espiando su reacción, intentando, y Steve lo sabía, encontrar una debilidad en su convicción.

—Yo no.

—¿Ningún miedo? ¿Ni pesadillas?

—De ninguna manera. Tengo una buena familia; no guardo esqueletos en el desván. Ni siquiera como carne, así que no me siento mal cuando paso junto a un matadero. No tengo ninguna miseria que exhibir. ¿Significa eso que no soy real?

—Significa… —Los ojos de Quaid tenían la pupila rasgada de una serpiente—. Significa que tu seguridad tiene algo importante que ocultar.

—¡Otra vez con las pesadillas!

—Horribles pesadillas.

—Especifica: define los términos que utilizas.

—No puedo decirte a qué le tienes miedo tú.

—Entonces dime a qué le tienes miedo tú.

Quaid vaciló.

—A fin de cuentas, es imposible de analizar.

—¿Imposible de analizar? ¡No me hagas reír!

Quaid volvió a su tema predilecto.

—Lo que yo temo es algo personal. No tiene sentido en un conjunto más amplio. Los signos de mi terror, las imágenes que utiliza mi cerebro, si quieres, para *ilustrar* mi miedo, son poca cosa en comparación con el auténtico horror que está en la raíz de mi personalidad.

—Yo tengo imágenes —dijo Steve—. Visiones de mi infancia que me hacen pensar en…

Se detuvo, lamentando por anticipado su confesión.

—¿Qué? —preguntó Cheryl—. ¿Te refieres a cosas relacionadas con malas experiencias? ¿A una caída de la bici o algo parecido?

—A lo mejor —admitió Steve—. A veces me sorprendo pensando en esas visiones. No lo hago deliberadamente; sólo ocurre cuando pierdo la concentración. Es como si mi cerebro se dirigiera hacia ellas de forma automática.

Quaid emitió un leve gruñido de satisfacción.

—Exactamente —aprobó.

—Freud ha escrito sobre el tema —advirtió Cheryl.

—¿Qué?

—Freud —repitió, esta vez subrayando las palabras, como si le estuviera hablando a un niño—. Sigmund Freud; puede que hayas oído hablar de él.

El labio de Quaid se arrugó con un desprecio no disimulado.

—Las fijaciones de la madre no resuelven el problema. Los verdaderos terrores que hay en mí, en todos nosotros, son anteriores a la personalidad. El terror está presente antes de que tengamos conciencia de nosotros mismos como individuos. La uña del pulgar, hecha un ovillo en el útero, siente miedo.

—Tú lo recuerdas, ¿verdad? —ironizó Cheryl.

—A lo mejor —replicó Quaid, mortalmente serio.

—¿El útero?

Quaid sonrió a medias. Steve pensó que esa sonrisa significaba: «Sé que tú no».

Era una sonrisa extraña, desagradable, que a Stephen le hubiera gustado borrar de sus ojos.

—Eres un mentiroso —le acusó Cheryl, levantándose de su asiento y mirando por encima del hombro a Quaid.

—A lo mejor lo soy —admitió, convertido de repente en un perfecto caballero.

Después de eso cesaron las discusiones.

Ya no se habló de pesadillas, ni se discutió sobre los terrores nocturnos. Steve vio de forma irregular a Quaid el mes siguiente y, cuando lo veía, se encontraba siempre en compañía de Cheryl Fromm. Quaid era educado con ella, hasta deferente. Ya no llevaba su chaqueta de cuero porque Cheryl odiaba el olor de la piel de los animales muertos. Este súbito cambio en sus relaciones desconcertó a Stephen, pero lo achacó a su escasa comprensión de los asuntos sexuales. No era virgen, pero las mujeres seguían constituyendo un misterio para él: las encontraba contradictorias y enigmáticas.

También estaba celoso, aunque no lo quería admitir claramente. Le dolía que el genio de los sueños húmedos le quitara tanto tiempo a Quaid.

También tenía otra sensación: el curioso presentimiento de que Quaid estaba cortejando a Cheryl por sus propias y misteriosas

razones. El sexo no era lo que atraía a Quaid, de eso estaba seguro. Tampoco era su respeto por la inteligencia de Cheryl lo que le hacía mostrarse tan atento. No; de alguna manera la estaba acorralando, eso era lo que le decía su instinto. A Cheryl Fromm la estaban preparando para la muerte.

Y luego, al cabo de un mes, Quaid deslizó en la conversación una pequeña observación acerca de Cheryl:

—Es vegetariana.

—¿Cheryl?

—Cheryl, por supuesto.

—Ya lo sé. Lo mencionó hace tiempo.

—Sí, pero en ella no es un simple capricho. Le apasiona el tema. No puede mirar siquiera el escaparate de un carnicero. No toca la carne, no la huele…

—Oh.

Steve estaba perplejo. ¿Adónde conducía todo aquello?

—Terror, Steve.

—¿De la carne?

—Los indicios son diferentes en cada persona. Ella *tiene miedo de la carne*. Dice que es tan sana, tan equilibrada… ¡Mierda! ¡Ya lo veremos!

—Ver ¿el qué?

—El miedo, Steve.

—¿No irás a…?

Steve no sabía cómo expresar su ansiedad sin parecer acusador.

—¿Hacerle daño? No, no voy a hacerle ningún tipo de daño. Cualquier perjuicio que se le cause será estrictamente autoinfligido.

Quaid lo contemplaba casi hipnóticamente.

—Empieza a ser hora de que confiemos el uno en el otro —prosiguió. Se le acercó un poco más—. Entre nosotros dos…

—Mira, no creo que quiera oírte.

—Tenemos que tocar a la bestia, Stephen.

—¡Al infierno la bestia! ¡No quiero oír!

Steve se levantó para eludir la opresión de la mirada de Quaid y dar por finalizada la conversación.

—Somos amigos, Stephen.

—Sí…

—Entonces respétalo.

—¿El qué?

—El silencio. Ni una palabra.

Steve asintió. Ésa no era una promesa difícil de cumplir. No le podía contar sus angustias a nadie sin que se le riera en las barbas.

Quaid parecía satisfecho. Se fue corriendo, dejando a Steve con la sensación de que había entrado sin querer en una sociedad secreta, de cuyos objetivos no tenía la más remota idea. Quaid había hecho un pacto con él y resultaba turbador.

La semana siguiente no asistió a clase ni a la mayoría de los seminarios. No tomó apuntes, no leyó libros ni redactó trabajos. Las dos veces que fue al edificio universitario andaba sigilosamente como un ratón precavido, deseando no toparse con Quaid.

No tenía por qué sentir miedo. La única vez en que vio los hombros encorvados de Quaid al otro lado del patio estaba distraído intercambiando sonrisas con Cheryl Fromm. Esta reía musicalmente, y su risa era contestada por el eco de la pared del departamento de historia. Steve ya no sentía celos en absoluto. Ni por todo el oro del mundo habría deseado estar tan cerca de Quaid, intimar tanto con él.

El tiempo que pasaba solo, apartado del bullicio de las clases y de los pasillos atestados, hizo que su mente se volviera ociosa. Y sus pensamientos retornaron a sus temores, como la lengua al diente, la uña a la costra.

Y también a su infancia.

Cuando tenía seis años, lo atropelló un coche. Las heridas no eran demasiado peligrosas, pero la conmoción cerebral lo dejó parcialmente sordo. Fue una experiencia muy angustiosa no comprender por qué se quedaba aislado de repente del mundo. Era un tormento inexplicable, y el niño pensó que eterno.

En un momento su vida había sido real, había estado llena de gritos y risas. Un momento después le había dejado al margen; el mundo externo se convirtió en un acuario, lleno de peces que lo miraban boquiabiertos con grotescas sonrisas. Aún más: había ocasiones en que padecía lo que los médicos llaman zumbido, un ruido estruendoso o siseante en los oídos. La cabeza se le llenaba de los ruidos más extraños, gritos y pitidos que servían de fondo a los movimientos del mundo exterior. En esos casos se le revolvía el estómago, y era como si una banda de hierro le envolviera la frente,

partiendo en cachitos sus pensamientos, disociando las manos de la cabeza, la intención de la práctica. Lo embargaba una ola de pánico; era absolutamente incapaz de entender el mundo mientras le aullaba y cencerreaba la cabeza.

Pero los peores terrores llegaban de noche. A veces se despertaba en lo que había sido (antes del accidente) el seno protector de su dormitorio, descubriendo que los pitidos se habían reanudado mientras dormía.

Abría los ojos desmesuradamente y el cuerpo se le empapaba de sudor. La mente se le llenaba del estrépito más bullicioso, estrépito con el que estaba encerrado sin esperanza de alivio. Nada podía acallar su cabeza y nada, al parecer, podía devolverle el mundo, el habla, la risa y el llanto.

Estaba solo.

Ésos fueron el planteamiento, el nudo y el desenlace de su terror. Estaba completamente solo con su cacofonía. Encerrado en aquella casa, en aquel cuarto, en aquel cuerpo, en aquella cabeza, prisionero de una carne sorda y ciega.

Resultaba insoportable. A veces gritaba de noche, sin saber que estaba emitiendo sonidos, y los peces que habían sido sus padres encendían la luz y trataban de ayudarlo, inclinándose sobre la cama y gesticulando, haciendo feas muecas con sus bocas mudas al intentar socorrerlo. Las caricias acababan por calmarlo; con el tiempo, su madre aprendió a mitigar el pánico que se apoderaba de él.

Una semana antes de su séptimo aniversario recuperó el oído, no del todo pero sí lo suficiente para que le pareciera un milagro. El mundo recuperó su nitidez; la vida comenzó de nuevo.

Al chico le costó varios meses volver a confiar en sus sentidos. Aún se despertaba de noche como si previera los ruidos de su cabeza.

Pero aunque sus oídos zumbaban ante el sonido más leve, lo que le impidió asistir a los conciertos de rock con el resto de los estudiantes, ahora casi nunca se daba cuenta de su leve sordera.

La recordaba, por supuesto, y muy bien. Podía evocar el sabor del pánico; la sensación de tener una banda de hierro alrededor de la cabeza. Y aún quedaba en ella un residuo del miedo: a la oscuridad, a estar solo.

Pero ¿no tenía todo el mundo miedo a estar solo? ¿A estar completamente solo?

Steve sentía otro miedo, mucho más difícil de superar. Quaid.

En una sesión reveladora, borracho, le había hablado de su infancia, de la sordera, de los terrores nocturnos.

Quaid conocía su debilidad: el sendero despejado que conducía hasta el corazón del terror de Steve. Tenía un arma, un palo con el que golpearlo si llegaba a hacerse necesario. Tal vez por eso decidió no hablar con Cheryl (prevenirla, si era eso lo que quería hacer) y ciertamente ésa era la razón de que evitara a Quaid.

Éste tenía un aire pérfido en ciertos momentos de malhumor. Ni más ni menos. Parecía una persona con la maldad dentro, muy dentro.

A lo mejor aquellos cuatro meses de observar a la gente sin oírla habían sensibilizado a Steve a causa de las miradas de soslayo, las sonrisitas y el desprecio que revolotean en sus caras. Sabía que la vida de Quaid era un laberinto; llevaba grabado en el rostro, en mil pequeños gestos, el mapa de sus complejidades.

La siguiente fase de la iniciación de Steve al mundo secreto de Quaid no llegó hasta casi tres meses y medio después. Las clases de la universidad se interrumpieron durante las vacaciones de verano, y los estudiantes se fueron cada uno por su lado. Steve se dedicó a su trabajo veraniego habitual en la imprenta de su padre; eran horas largas y agotadoras físicamente, pero le suponían un descanso indudable. Tantas disquisiciones le habían saturado el cerebro; se sentía como si lo hubieran cebado de palabras e ideas. El trabajo en la imprenta le permitió sacudirse todo eso de encima en poco tiempo, aclarando la maraña de su mente.

Fue una buena temporada: apenas pensó en Quaid.

Volvió a la universidad a finales de septiembre. Los estudiantes que había en el campus aún eran escasos. La mayoría de los cursos no empezaban hasta la semana siguiente, y en el ambiente flotaba un aire de melancolía, sin la habitual muchedumbre de jóvenes quejándose, ligando o discutiendo.

Steve estaba en la biblioteca apartando algunos libros importantes antes de que sus compañeros de clase les echaran el

guante. Los libros eran oro puro al principio del curso, con toda la bibliografía por leer, y la biblioteca de la universidad pediría como siempre que se encargaran los títulos necesarios. Esos libros vitales llegaban invariablemente dos días después del seminario en que se iba a hablar del autor. Aquel año, el último, Steve estaba decidido a ser el primero en la cola que se formara para obtener los pocos ejemplares para los trabajos de seminario que hubiera en la biblioteca.

Le habló una voz familiar.

—Pronto al trabajo.

Steve levantó la vista para encontrarse con los iris rasgados de Quaid.

—Me impresiona, Steve.

—¿El qué?

—Tu entusiasmo por trabajar.

—Oh.

Quaid sonrió.

—¿Qué estás buscando?

—Algo sobre Bentham.

—Tengo *Principios de moral y legislación*. ¿Te sirve?

Era una trampa. No; eso resultaba absurdo. Le ofrecía un libro. ¿Cómo se podía interpretar ese simple gesto como una trampa?

—Bien pensado. —Y la sonrisa se hizo aún más amplia—. Creo que es el ejemplar de la biblioteca el que tengo. Te lo daré.

—Gracias.

—¿Buenas vacaciones?

—Sí, gracias. ¿Y tú?

—Muy gratificantes.

La sonrisa había degenerado en una línea delgada entre…

—Te has dejado bigote.

Era una nueva manifestación de lo enfermizo de aquel espécimen. Fino, ralo y de un rubio sucio, subía y bajaba bajo la nariz de Quaid como si intentara salírsele de la cara. Éste pareció ligeramente turbado.

—¿Lo hiciste por Cheryl?

Ahora sí que su turbación fue total.

—Bueno…

—Parece que tuviste unas buenas vacaciones.

En su expresión había algo, además de turbación.

—Tengo unas fotografías maravillosas —dijo Quaid.

—¿De qué?

—Fotos de fiestas.

Steve no podía dar crédito a sus oídos. ¿Había domado Cheryl Fromm a Quaid? ¿Fotos de fiestas?

—Algunas te sorprenderán.

Había algo de vendedor árabe de postales guarras en el comportamiento de Quaid. ¿Qué demonios eran esas fotografías? ¿Fotos hechas con filtro y desdobladas de Cheryl sorprendida leyendo a Kant?

—No me imaginé que fueras fotógrafo.

—La fotografía se ha convertido en una pasión para mí.

Hizo una mueca al decir «pasión». Había una excitación apenas contenida en su actitud. Estaba radiante de placer.

—Tienes que venir a verlas.

—Yo…

—Esta noche. Y así, al mismo tiempo, recoges el Bentham.

—Gracias.

—Tengo casa. Pasada la esquina del hospital de maternidad, en la calle Pilgrim. Número sesenta y cuatro. ¿Pasadas las nueve?

—De acuerdo. Gracias. Calle Pilgrim.

Quaid asintió.

—No sabía que hubiera casas habitables en la calle Pilgrim.

—Número sesenta y cuatro.

La calle Pilgrim estaba desolada. La mayoría de las casas no eran más que escombros. Unas cuantas estaban en demolición. Las paredes interiores quedaban expuestas de forma poco natural: papeles pintados rosa y verde pálido, las chimeneas de los pisos superiores colgando sobre abismos de ladrillos humeantes. Las escaleras no conducían, ni de ida ni de vuelta, a ninguna parte.

El número sesenta y cuatro estaba solitario. Las casas adyacentes habían sido demolidas y excavadas, dejando paso a un desierto de polvo de ladrillos machacados que unas cuantas malas hierbas, atrevidas y temerarias, intentaban poblar.

Un perro blanco de tres patas vigilaba su territorio alrededor de

aquella casa, dejando pequeñas marcas de pis a intervalos regulares para delimitar sus dominios.

La casa de Quaid, aún sin tener nada de palacio, era más acogedora que el yermo que la rodeaba.

Bebieron juntos un vino tinto peleón que había llevado Steve y fumaron un poco de hierba. Quaid estaba mucho más suave de lo que Steve lo hubiera visto nunca, satisfecho de hablar de trivialidades en lugar del terror, riéndose de vez en cuando, incluso contando algún chiste verde. El interior de la casa estaba desnudo. No había cuadros en la pared ni tipo alguno de decoración. Los libros de Quaid, y tenía centenares, estaban amontonados en el suelo, y Steve no pudo descubrir con qué criterio. La cocina y el baño eran primitivos. Toda la atmósfera era casi monástica.

Después de un par de horas apacibles, la curiosidad se apoderó de Steve.

—¿Dónde están las fotos de las vacaciones? —preguntó, consciente de que arrastraba un poco las palabras, aunque ya no le importaba un comino.

—Ah, sí. Mi experimento.

—¿Experimento?

—Para serte sincero, Steve, no sé si debería enseñártelas.

—¿Por qué no?

—Estoy metido en algo serio, Steve.

—Y yo no estoy preparado para nada serio; ¿es eso lo que quieres decir?

Steve notaba que la técnica de Quaid podía con él, aunque era obvio y transparente lo que estaba haciendo.

—No he dicho que no estuvieras preparado…

—¿Qué demonios es ese asunto?

—Fotos.

—¿De?

—¿Te acuerdas de Cheryl?

Imágenes de Cheryl. Ya.

—¿Cómo iba a olvidarla?

—No volverá este curso.

—Oh.

—Tuvo una revelación.

La mirada de Quaid parecía la de un basilisco.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre estaba tan tranquila, ¿verdad? —Quaid hablaba de ella como si hubiera muerto. Tranquila, simpática y pensativa.

—Sí, supongo que era todo eso.

—¡Pobre puta! Todo lo que quería era un buen polvo.

Steve sonrió como un chiquillo ante las palabras obscenas de Quaid. Resultaba chocante; era como ver a un profesor con el pene colgando fuera de los pantalones.

—Pasó parte de sus vacaciones aquí.

—¿Aquí?

—En esta casa.

—¿Así que te gusta?

—Es una vaca ignorante. Pretenciosa, débil y estúpida. Pero no te *daría*, no te daría absolutamente nada.

—¿Te refieres a que no quería joder?

—¡Oh, no! Se bajaba las bragas nada más verte. Eran sus miedos lo que no…

La vieja canción.

—Pero la convencí a su debido tiempo.

Quaid sacó una caja de detrás de una pila de libros de filosofía. En ella había un fajo de fotos en blanco y negro ampliadas al tamaño de una postal doble. Le alcanzó la primera serie a Steve.

—La encerré, Steve. —Quaid lo decía sin emoción—. Para ver si podía obligarla a que diera rienda suelta a sus terrores.

—¿A qué te refieres con eso de encerrarla?

—En el piso de arriba.

Steve se sintió raro. Podía oír cantar sus oídos muy suavemente. El vino peleón siempre le hacía retumbar la cabeza.

—La encerré en el piso de arriba —repitió Quaid—, como experimento. Por eso alquilé esta casa. No había vecinos que escucharan.

Ningún vecino ¿para escuchar qué?

Steve miró la imagen granulada que tenía en la mano.

—Una cámara oculta —explicó Quaid—. Nunca supo que le estaba haciendo fotos.

La foto número uno era de una habitación, pequeña y anodina. Unos pocos muebles normales.

—Ésta es la habitación. Arriba del todo. Caliente. Incluso un

poco agobiante. Sin ruidos.

Sin ruidos.

Quaid le alargó la foto número dos.

La misma habitación. Ahora no tenía casi muebles. Un saco de dormir estaba extendido a lo largo de una pared. Una mesa. Una silla. Una bombilla desnuda.

—Así es como lo dispuse para ella.

—Parece una celda.

Quaid gruñó.

Tercera foto. La misma habitación. Sobre la mesa una jarra de agua. En una esquina, un cubo mal cubierto por una toalla.

—¿Para qué es el cubo?

—Tenía que hacer pis.

—Sí.

—Con todas las comodidades —señaló Quaid—. No pretendía reducirla a un estado animal.

Hasta en su bruma etílica, Steve captó la ironía de Quaid. No pretendía reducirla a un estado animal. Sin embargo…

Foto cuatro. Sobre la mesa, en un plato, una tajada de carne. Le sobresale un hueso.

—Buey —indicó Quaid.

—Pero, ¡si es vegetariana!

—Cierto. Está ligeramente salado, bien hecho y es de buena calidad.

Foto cinco. Lo mismo. Cheryl se halla en la habitación. La puerta está cerrada. Está golpeándola con los pies y con las manos; su cara refleja una intensa furia.

—La dejé en la habitación hacia las cinco de la mañana. Estaba dormida: la llevé sobre el lecho yo mismo. Muy romántico. Ella no sabía qué narices estaba pasando.

—¿La encerraste ahí?

—Claro. Un experimento.

—¿No la advertiste?

—Hablamos del terror, ya me conoces. Sabía qué era lo que yo deseaba descubrir. Sabía que necesitaba conejillos de Indias. Cayó en seguida en la cuenta. En cuanto comprendió lo que me traía entre manos se tranquilizó.

Foto seis. Cheryl está sentada en una esquina de la habitación,

pensando.

—Creo que pensaba que podría tener más paciencia que yo.

Foto siete. Cheryl mira la pierna de buey. Echa ojeadas a la mesa.

—Bonita foto, ¿no te parece? Mira su expresión de asco. Odiaba hasta el olor de carne cocinada. Aún no estaba hambrienta, naturalmente.

Ocho: duerme.

Nueve: hace pis. Steve se sintió incómodo al ver a la chica espatarrada sobre el cubo, con las bragas en los tobillos. Tenía manchas de lágrimas en la cara.

Diez: bebe agua de la jarra.

Once: vuelve a dormir, de espaldas a la habitación, enroscada como un feto.

—¿Cuánto tiempo ha pasado en la habitación?

—Esto era cuando sólo llevaba catorce horas. Perdió muy pronto la noción del tiempo. No había cambios de luz. Su reloj corporal se estropeó en seguida.

—¿Cuánto tiempo estuvo ahí?

—Hasta que se demostró mi idea.

Doce: despierta, se pasea alrededor de la carne que está sobre la mesa; se advierte que la mira subrepticiamente.

—Ésta se tomó la mañana siguiente. Estaba dormida. La cámara sacaba fotos cada cuatro horas. Mira sus ojos…

Steve escrutó más de cerca la fotografía. Había algo de desesperación en su cara: una mirada extraviada, salvaje. Por la forma en que contemplaba la carne parecía intentar hipnotizarla.

—Tiene aspecto de enferma.

—Está cansada, eso es todo. De hecho durmió mucho, pero eso sólo parecía dejarla más exhausta que antes. Ahora ya no sabe si es de día o de noche. Y tiene hambre claro. Lleva un día y medio. Está más que un poco hambrienta.

Trece: duerme otra vez, enroscada en una bola aún más pequeña, como si quisiera tragarse a sí misma.

Catorce: bebe más agua.

—Cambié la jarra mientras dormía. Dormía profundamente: podría haber cantado y bailado y no se hubiera despertado. Perdida para el mundo.

Hizo una mueca. «Loco —pensó Steve—. Este tío está loco».

—¡Dios, aquello apestaba! Ya sabes cómo huelen a veces las mujeres: no es sudor, es otra cosa. Un olor denso, a carne. Sangriento. A eso llegó a finales de su estancia. No era lo que yo había planeado.

Quince: toca la carne.

—Aquí se ve su primer desfallecimiento —dijo Quaid con un júbilo tranquilo en la voz—. Aquí empieza el terror.

Steve estudió la foro de cerca. El granulado de la copia difuminaba los detalles, pero la pobre muchacha estaba sufriendo, eso seguro. Tenía la cara fruncida, dividida entre el deseo y la repulsión, mientras tocaba la carne.

Dieciséis: volvía a estar en la puerta, lanzándose contra ella, y todo su cuerpo temblaba. Su boca era una mueca negra de angustia; le chillaba a la puerta inerte.

—Siempre que se había enfrentado con la carne acababa sermoneándome.

—¿Cuánto tiempo llevaba aquí?

—Casi tres días. Estás viendo a una mujer hambrienta.

No resultaba difícil apreciarlo. En la foto siguiente estaba de pie, tranquila, con los ojos apartados de la tentación de la comida, todo su cuerpo tenso ante el dilema.

—La estás matando de hambre.

—Se puede pasar fácilmente diez días sin comer. Los atracones son frecuentes en cualquier país civilizado, Steve. El seis por ciento de la población británica está obesa desde el punto de vista clínico en un momento u otro. De todas formas, estaba demasiado gorda.

Dieciocho: la chica gorda está sentada en la esquina de la habitación, llorando.

—Por entonces empezó a tener alucinaciones. Pequeños tics mentales. Creía sentir algo en el pelo o en el dorso de la mano. A veces se quedaba mirando al aire sin ver nada.

Diecinueve: se lava. Está desnuda hasta la cintura; tiene los pechos gruesos, la cara desprovista de expresión. La carne de buey presenta un tono más oscuro que en las fotos anteriores.

—Se lavaba con regularidad. Nunca pasaban doce horas sin que se aseara de la cabeza a la punta de los pies.

—La carne parece…

—¿Pasada?

—Oscura.

—Hace calor en su cuartito, y hay unas pocas moscas con ella. Han encontrado la carne y han depositado sus huevos. Sí, está madurando perfectamente.

—¿Forma eso parte del plan?

—Claro. Si la carne le asqueaba cuando estaba fresca, ¿cuál no será su repugnancia ante una carne podrida? Éste es el punto crucial de su dilema, ¿no? Cuanto más espere a comer, más asco le dará lo que tiene para alimentarse. Por una parte está encerrada con su propio horror de la carne, y por otra, con su terror a la muerte. ¿Cuál de los dos cederá primero?

Steve estaba tan encerrado como ella.

Por una parte esta broma empezaba a resultar demasiado pesada, y el experimento de Quaid se había convertido en un ejercicio de sadismo. Por otra parte, quería saber hasta dónde llegaba la historia. Había algo sin duda fascinante en ver sufrir a la mujer.

Las siete fotos siguientes —veinte, veintiuno, dos, tres, cuatro, cinco, seis— reflejaban la misma rutina circular. Dormir, lavarse, hacer pis, mirar la carne. Dormir, lavarse, hacer pis…

Y luego venía la veintisiete.

—¿Ves?

Coge la carne.

Sí, la coge, con la cara llena de horror. La pata de buey parece más que pasada; está salpicada de huevos de mosca. Hinchada.

—La muerde.

En la siguiente fotografía tiene la cara hundida en la carne. Steve creyó notar el sabor a carne podrida en la garganta. Su mente ideó un hedor apropiado y creó una salsa de podredumbre que saborear con la lengua. ¿Cómo pudo hacerlo Cheryl?

Veintinueve: está vomitando en el cubo de la esquina del cuarto.

Treinta: está sentada y mira la mesa. Está vacía. Ha tirado la jarra de agua contra la pared. El plato está roto. El buey está tirado en el suelo en un charco putrefacto.

Treinta y uno: duerme. Tiene la cabeza escondida entre los brazos.

Treinta y dos: está de pie. Mira otra vez la carne, desafiándola.

El hambre que siente se le ve en la cara. El asco, también.

Treinta y tres: duerme.

—¿Cuánto lleva ahora? —preguntó Steve.

—Cinco días. No, seis.

Seis días.

Treinta y cuatro: Es una forma borrosa que aparentemente se abalanza contra una pared. A lo mejor la golpea con la cabeza, Steve no lo pudo distinguir. No tenía ninguna intención de preguntarlo. Algo en él no lo quería saber.

Treinta y cinco: duerme de nuevo, esta vez debajo de la mesa. El saco de dormir está hecho pedazos, jirones de ropa y trozos de estopa cubren la habitación.

Treinta y seis: habla a la puerta, a quien esté del otro lado, sabiendo que no obtendrá respuesta.

Treinta y siete: se come la carne rancia.

Se sienta tranquilamente bajo la mesa, como un hombre primitivo en su cueva, y tira de la carne con los incisivos. Su cara vuelve a carecer de expresión; todas sus energías se concentran en la decisión que ha tomado. Comer. Comer hasta que desaparezca el hambre, hasta que desaparezcan la angustia de su estómago y el mareo de su cabeza.

Steve contempló la foto.

—Me sorprendió —comentó Quaid— lo súbito de su derrota. En un momento dado parecía seguir tan resistente como siempre. El monólogo que recitó ante la puerta era la misma mezcla de amenazas y excusas que profería día sí día no. Y entonces se vino abajo. Así de sencillo. Se acuclilló bajo la mesa y se comió la carne hasta el hueso como si fuera un trozo selecto.

Treinta y ocho: duerme. La puerta está abierta. Entra luz. Treinta y nueve: el cuarto está vacío.

—¿Adónde fue?

—Bajó las escaleras. Entró en la cocina, bebió varios vasos de agua y se sentó en una silla tres o cuatro horas sin decir una sola palabra.

—¿Le hablaste?

—Como de pasada. Cuando empezó a salir de su estado amnésico. El experimento había acabado. No quise hacerle daño.

—¿Qué dijo ella?

—Nada.

—¿Nada?

—Absolutamente nada. Durante mucho tiempo creo que ni siquiera se dio cuenta de que yo estaba en la habitación. Luego cociné unas patatas y se las comió.

—¿No intentó llamar a la policía?

—No.

—¿Nada de violencia?

—Nada. Sabía lo que yo había hecho y por qué. No fue premeditado, pero habíamos hablado de experimentos parecidos en conversaciones abstractas. En realidad no había sufrido ningún daño. A lo mejor perdió un poco de peso, pero eso fue todo.

—¿Dónde está ahora?

—Se fue el día siguiente. No sé a dónde.

—¿Y qué demostró todo eso?

—Absolutamente nada, a lo mejor. Pero supuso un interesante punto de partida para mis investigaciones.

—¿Punto de partida? ¿Fue sólo un punto de partida?

Había un asco manifiesto en el tono que empleó Steve con Quaid.

—Stephen…

—¡Podías haberla matado!

—No.

—Podía haberse vuelto loca. Desequilibrada para siempre.

—Posible, pero improbable. Era una mujer de mucho carácter.

—Pero tú pudiste con ella.

—Sí. Era un paso que estaba dispuesta a dar. Habíamos hablado de que se enfrentara a su miedo. Así que ahí estaba yo, permitiendo que Cheryl hiciera justamente eso. Nada importante, en realidad.

—La obligaste a hacerlo. Si no, no habría pasado por ello.

—Cierto. Le resultó instructivo.

—O sea que ahora eres profesor.

Steve habría deseado evitar aquel tono sarcástico, pero no pudo. Sentíase invadido por el sarcasmo y la cólera, y experimentaba un poco de miedo.

—Sí, soy profesor. —Quaid observó de reojo a Steve, con la mirada extraviada—. Enseño terror a la gente.

Steve miró al suelo.

—¿Estás satisfecho con lo que has enseñado?

—Y aprendido, Steve. También he aprendido. Es una perspectiva muy emocionante; todo un mundo de miedos por investigar. Especialmente con sujetos inteligentes. Incluso racionalizándolo…

Steve se levantó.

—¡No quiero oír nada más!

—¿Eh? De acuerdo.

—Mañana temprano tengo clases.

—No.

—¿Qué?

Un latido, un titubeo.

—No. No te vayas aún.

—¿Por qué?

Tenía el corazón acelerado. Nunca había comprendido cuánto temía a Quaid.

—Tengo más libros que darte.

Steve notó que se sonrojaba. Ligeramente. ¿Qué había pensado un momento antes? ¿Que Quaid iba a derribarlo de un puñetazo y a empezar a experimentar con sus temores?

No. Eso era una idiotez.

—Tengo un libro sobre Kierkegaard que te gustará. Arriba. Tardo dos minutos.

Quaid abandonó la habitación sonriendo.

Steve se acuclilló sobre sus caderas y empezó a juntar las fotografías. El momento en que Cheryl cogió por primera vez la carne podrida era el que más le fascinaba. Tenía una expresión en la cara totalmente distinta a la de la mujer que él había conocido. Llevaba marcada la duda, la confusión y un hondo…

Terror.

Era la palabra que usaba Quaid. Una palabra asquerosa. Una palabra obscena, asociada a partir de esa noche a la tortura infligida por Quaid a una chica inocente.

Durante un instante Steve pensó qué expresión tendría su propia cara mientras examinaba la fotografía. ¿No había algo de aquella misma confusión en sus propios rasgos?

Y tal vez también algo de aquel terror, en espera de ser liberado.

Oyó un ruido a su espalda. Era demasiado suave; no podía haberlo producido Quaid.

A no ser que anduviera sigilosamente.

¡Oh, Dios! A no ser que…

Estamparon un paño con cloroformo contra su boca y sus fosas nasales. Inhaló involuntariamente, y los vapores le hicieron cosquillas en la pituitaria y rompió a llorar.

Una mancha negra apareció en una esquina del mundo, fuera de la vista, y ese borrón empezó a crecer, acompasándose con el ritmo de su corazón cada vez más acelerado.

En el centro de su cabeza «veía» la voz de Quaid como si fuera un velo. Pronunciaba su nombre.

—Stephen.

Otra vez.

—… ephen.

—… phen.

—… hen.

—… en.

La mancha ocupaba todo el mundo. El mundo estaba negro; había desaparecido. De la vista, de la mente.

Steve se cayó desgarbadamente sobre las fotografías.

Cuando despertó no era consciente de su propia conciencia. Había oscuridad por todas partes. Estuvo tumbado una hora con los ojos bien abiertos antes de darse cuenta de que los tenía abiertos.

Como prueba, movió primero los brazos y las piernas; luego la cabeza. No estaba atado, como esperaba, salvo por el tobillo. Decididamente, había una cadena o algo similar alrededor de su tobillo izquierdo. Le irritaba la piel cuando trataba de alejarse demasiado.

El suelo que tenía debajo era muy incómodo, y cuando lo investigó detenidamente con la palma de la mano se dio cuenta de que estaba tumbado sobre una gran rejilla o una especie de verja. Era de metal y, hasta donde le alcanzaban los brazos, tenía una superficie completamente regular. Cuando introdujo el brazo por los agujeros de la rejilla no tocó nada. Sólo aire y vacío por debajo de él.

Las primeras fotos infrarrojas que sacó Quaid del encierro de Stephen mostraban su exploración. Como había supuesto, el sujeto estaba haciendo frente a su condición muy racionalmente. Nada de histerias. Nada de blasfemias. Ni una lágrima. Ése era el desafío que planteaba a aquel sujeto en particular. Sabía con precisión qué estaba ocurriendo, y reaccionaría con lógica ante sus temores. Seguramente se protegería con una voluntad más difícil de doblegar que la de Cheryl.

Pero los resultados serían mucho más gratificantes cuando se viniera abajo. ¿No se abriría entonces su alma para que Quaid la viera y la tocara? Aquel hombre tenía dentro tantas cosas que él deseaba estudiar…

Los ojos de Steve se acostumbraron gradualmente a la oscuridad.

Estaba aprisionado en lo que parecía una especie de conducto. Calculó que tendría unos seis metros de profundidad y que era de sección completamente redonda. ¿Se trataría de una especie de pozo de ventilación para un túnel o una fábrica subterránea? El cerebro de Steve se representó el mapa del área de la calle Pilgrim, intentando imaginar dónde estaba. No se le ocurría ningún sitio.

Ningún sitio.

Estaba perdido en un lugar que no podía determinar ni reconocer. El conducto no tenía rincones que pudieran servir de referencia, y las paredes no presentaban grietas ni agujeros en que refugiar la conciencia.

Peor aún: estaba tumbado con los miembros extendidos sobre una rejilla suspendida sobre un pozo. Sus ojos no podían discernir nada de la oscuridad que tenía debajo; parecía que el pozo no tuviera fondo. Y la caída sólo la impedían la delgada red de la rejilla y la frágil cadena que amarraba a ella su tobillo.

Se vio a sí mismo en equilibrio entre un cielo negro vacío y una oscuridad infinita. El aire estaba caliente y viciado. Secó las lágrimas que le habían asomado a los ojos, dejándolos pegajosos. Cuando empezó a gritar pidiendo ayuda, cosa que hizo después de llorar, la oscuridad se tragó en seguida sus palabras.

Después de gritar hasta enronquecer se volvió a tumbar sobre la rejilla. No podía evitar pensar que bajo el frágil lecho se encontraban las tinieblas más absolutas. Era absurdo, naturalmente. «Nada es eterno», dijo en voz alta.

Nada es eterno.

Y, sin embargo, nunca lo sabría. Si cayera en la oscuridad absoluta que tenía a sus pies, caería, caería y caería sin ver el fondo del pozo. Aunque se esforzaba por pensar en imágenes más brillantes y optimistas, su mente sólo evocaba su cuerpo precipitándose por el horrible pozo, con el fondo a medio metro de su cuerpo en vilo y sin que sus ojos lo vieran o su cerebro lo predijera.

Hasta que tocata fondo.

¿Vería luz cuando su cabeza estallara por el golpe?

¿Comprendería la razón de su vida y de su muerte en el momento en que su cuerpo se redujera a menudillos?

Y luego pensó que Quaid no se atrevería.

—¡No se atreverá! —gritó—. ¡No se atreverá!

Las tinieblas se tragaban con glotonería sus palabras. Por mucho que les chillara, era como si nunca hubiera proferido un grito.

Y luego se le ocurrió otra idea: una auténtica perversidad. ¿Y suponiendo que Quaid hubiera encontrado ese infierno circular para depositarlo porque *nunca* lo encontrarían, *nunca* lo investigarían? A lo mejor quería llevar sus experimentos hasta el último extremo.

Hasta el último extremo. La muerte se encontraba en el último extremo. ¿Y no sería ése el experimento definitivo de Quaid? Observar la muerte de un hombre: observar cómo crecía su miedo a la muerte, el filón primigenio del terror. Sartre escribió que ningún hombre podría conocer jamás su propia muerte. Pero conocer íntimamente la muerte ajena —contemplar las acrobacias que seguramente realizaría la mente para disfrazar la amarga verdad—, ésa era toda una clave para descubrir su naturaleza, ¿no? Hasta cierto punto, eso prepararía a un hombre para su muerte. Vivir de forma indirecta el terror de otro era la forma más segura e inteligente de tocar a la bestia.

«Sí —pensó—, Quaid podría matarme a causa de su propio terror». Steve encontró un amargo consuelo en esa idea. Que Quaid, el experimentador imparcial, el futuro educador, estaba obsesionado por los terrores porque el suyo era todavía más profundo.

Por eso tenía que observar a los demás enfrentarse a sus propios miedos. Necesitaba una solución, una fórmula para huir de sí

mismo.

Pensar en todo esto le llevó horas. En la oscuridad el cerebro de Steve era como el azogue, sólo que incontrolable. Le resultaba difícil seguir el desarrollo de una idea demasiado tiempo. Sus pensamientos eran como peces pequeños, rápidos, que se le escurrían de la mano en cuanto conseguía apresarlos.

Pero por debajo de cada pliegue de su pensamiento se encontraba la decisión de dejar a Quaid fuera de juego. Eso era seguro. Debía conservar la calma, demostrar que era un sujeto poco interesante para su estudio.

Las fotografías correspondientes a esas horas mostraban a Stephen tumbado sobre la rejilla con los ojos cerrados y el ceño ligeramente fruncido. Paradójicamente, de vez en cuando una sonrisa asomaba por un segundo a sus labios. A veces resultaba imposible saber si estaba dormido o despierto, pensando o soñando.

Quaid esperaba.

De cuando en cuando, los ojos de Steve se movían bajo sus párpados, un indicio inconfundible de que estaba soñando. Cuando el sujeto dormía era el momento de darle la vuelta a la parrilla…

Steve se despertó maniatado. Pudo ver cerca de sí un cuenco de agua sobre un plato; y otro cuenco lleno de gachas de avena tibias y sin sal, al lado. Comió y bebió agradecido.

Dos cosas ocurrieron mientras comía. Primero, el ruido que hacía al comer sonaba muy fuerte dentro de su cabeza; y segundo, notaba cierta presión y rigidez en las sienes.

En las fotografías se ve a Stephen cogiéndose torpemente la cabeza. Tiene atado un arnés con el cerrojo echado. Los bornes se le hunden en los oídos, evitando que penetre ningún ruido.

Las fotos revelan su desconcierto. Luego su ira. Después su miedo.

Steve estaba sordo.

Todo lo que podía oír eran los ruidos de su cabeza. Los chasquidos de sus dientes. Los sorbidos y el chapoteo de la saliva en el paladar. Los ruidos retumbaban entre sus oídos como cañonazos.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Pegó un puntapié a la rejilla sin oír el choque de sus tacones contra las barras metálicas. Chilló hasta que la garganta le dolió como si sangrara. No oyó ninguno de sus chillidos.

El pánico empezó a hacer mella en él.

Las fotos mostraban cómo surgió. Tenía la cara enrojecida, los ojos muy abiertos, los dientes y encías al descubierto en una mueca.

Parecía un mono asustado.

Le invadieron todas las sensaciones familiares de su infancia. Las recordaba como las caras de viejos enemigos: el temblor de los miembros, el sudor, la náusea. Desesperado, cogió el tazón de agua y se lo volcó en la cabeza. Momentáneamente, la impresión del agua fría apartó su mente de la escalera hacia el pánico por la que trepaba. Se volvió a tumbar sobre la rejilla, con el cuerpo como una tabla, y se propuso respirar despacio y profundamente.

«Relájate, relájate, relájate», dijo en voz alta.

En su cabeza podía oír el chasquido de la lengua. También oía su mucosa evolucionar perezosamente por los pasadizos de la nariz obstruidos por el pánico, que le taponaba y destaponaba los oídos. Ya podía identificar el suave y ligero siseo que se escondía detrás de los demás ruidos. Era el sonido de su cerebro…

Era parecido a ese espacio mudo que hay entre las emisoras de radio; era el mismo quejido que se apoderaba de él bajo la acción de la anestesia, el mismo sonido que zumbaba en sus oídos cuando estaba a punto de dormir.

Sus miembros aún se retorcían convulsivamente, y sólo era consciente a medias de cómo luchaba contra los nudos que lo esposaban, indiferente al hecho de que las cuerdas le despellejaran las muñecas.

Las fotografías grabaron con precisión todas estas reacciones. Su guerra contra la histeria: sus patéticos esfuerzos por impedir que sus miedos volvieran a salir a flote. Las lágrimas. Las muñecas ensangrentadas.

Finalmente, como tantas veces le había ocurrido de pequeño, el cansancio pudo más que el pánico. ¿Cuántas veces se había quedado dormido, incapaz de seguir luchando, con el sabor salado de las lágrimas en la nariz y en la boca?

El esfuerzo había elevado el volumen de los ruidos de su cabeza. Ahora, en vez de entonar una nana, el cerebro le pitaba y gritaba para que se durmiera.

¡Qué bueno era olvidar!

Quaid se sentía defraudado. Desde luego, por la velocidad de su

respuesta quedaba claro que Stephen Grace se iba a derrumbar en seguida. En realidad, a las pocas horas del experimento, ya casi se había venido abajo. Y Quaid había confiado en Stephen. Después de meses de preparar el terreno, parecía que su sujeto iba a enloquecer sin revelar una sola clave.

Una palabra, una miserable palabra era todo lo que necesitaba. Una pequeña señal acerca de la naturaleza de su experiencia. O, mejor aún, algo que sugiriera una solución, un tótem salvador, incluso una plegaria. Seguramente cuando una personalidad se ve arrastrada hacia la locura le acude algún salvador a la boca. Debe haber *algo*.

Quaid esperaba como el ave de presa en el escenario de una carnicería, contando los minutos que le quedaban al alma agonizante, ansiando un pedazo.

Steve se despertó cabeza abajo sobre la rejilla. El aire todavía estaba más viciado, y las barras de metal se le clavaban en las mejillas. Tenía calor y estaba incómodo.

Siguió tumbado tranquilamente, dejando que los ojos se volvieran a acostumbrar a su entorno. Las líneas de la rejilla se alejaban en una perfecta perspectiva hasta la pared del pozo. La sencilla red de barras en cruz le pareció hermosa. Sí, hermosa. Acarició las líneas hacia delante y hacia atrás hasta que se cansó del juego. Aburrido, se dio la vuelta para quedar boca arriba, sintiendo las vibraciones de la rejilla bajo su cuerpo. ¿Era menos estable ahora? Parecía mecerse un poco cuando él se movía.

Caliente y sudoroso, Steve se desabrochó la camisa. Tenía en la barbilla babas segregadas durante el sueño, pero no se ocupó de secárselas. ¿Y qué, si babeaba? ¿Quién lo iba a ver?

Se quitó a medias la camisa, y con un pie, el zapato del otro pie.

Zapato: rejilla: caída. Su cerebro estableció perezosamente la relación. Se sentó. ¡Pobre zapato! Se iba a caer. Resbalaría entre las barras y lo perdería. Pero no. Estaba en perfecto equilibrio entre los dos lados de un agujero de la rejilla; aún lo podía recuperar si lo intentaba.

Se estiró hacia su pobre, miserable zapato, y al moverse hizo que la rejilla cambiara de posición.

El zapato empezó a resbalar.

—Por favor —le suplicó—, no te caigas.

No quería perder su bonito zapato, su hermoso zapato. No debía caerse. No debía.

Al estirarse para agarrarlo, el zapato se desequilibró del lado del tacón y se cayó por la reja a la oscuridad.

Aquella pérdida le arrancó un grito que no pudo oír.

¡Oh, si sólo hubiera podido oír cómo caía su zapato! Contar los segundos de la caída. Oírlo caer ruidosamente al fondo del pozo. Así por lo menos habría sabido cuánto tendría que caer hasta morir.

Ya no podía soportarlo más. Se dio la vuelta sobre el estómago y, boca abajo, introduciendo los dos brazos por sendos huecos, chilló:

—¡Yo también bajaré! ¡Yo también bajaré!

No podía soportar estar esperando caerse en la oscuridad, en el silencio gimoteante; sólo quería ir detrás de su zapato por el oscuro pozo hasta morir, y acabar con el juego de una vez por todas.

—¡Iré! ¡Iré! ¡Iré! —exclamó.

Lo juró solemnemente.

Bajo él, la rejilla se movió.

Algo se había roto. La tuerca, cadena o cuerda que sujetara la rejilla se había partido. Ya no estaba en posición horizontal; estaba resbalando por las barras que lo inclinaban del lado de la oscuridad.

Advirtió sorprendido que ya no tenía los miembros atados.

Se iba a caer.

El hombre quería que se cayera. El hombre malvado… ¿Cómo se llamaba? ¿Quake? ¿Quail? ¿Quarrel? [1]

En un gesto automático, asió la rejilla con las dos manos al inclinarse ésta aún más. A fin de cuentas, a lo mejor no quería caer en busca de su zapato. A lo mejor la vida, un breve instante más de vida, merecía la pena…

La oscuridad al borde de la rejilla era tan profunda… ¿Y quién sabía qué rondaría en ella?

En su cabeza se multiplicaron los ruidos del pánico. El latido de su maldito corazón, el tartamudeo de la mucosa, el chirrido seco del paladar. Las manos, resbaladizas de sudor, estaban perdiendo el control. La gravedad lo atraía. Exigía sus derechos sobre la masa de aquel cuerpo; pedía que se cayera. Por un momento, después de

echar una ojeada a la boca que se abría a sus pies, creyó ver monstruos agitarse en el fondo. Cosas ridículas, estrafalarias, dibujos toscos, negro sobre negro. Infames imágenes lo miraron con malicia desde el fondo de su infancia y abrieron sus garras para atraparlo por las piernas.

—¡Mamá! —llamó, cuando sus manos soltaron presa y quedó a merced del terror.

—¡Mamá!

Ésa era la palabra. Quaid la oyó claramente, en toda la extensión de su banalidad.

—¡Mamá!

Para cuando Steve llegó al fondo del pozo era incapaz de juzgar cuánto había caído. En el momento en que sus manos se soltaron de la rejilla y supo que las tinieblas se lo tragarían, el cerebro se le bloqueó. El instinto animal hizo que su cuerpo se relajara, evitándole cualquier herida grave a causa del impacto. El resto de su vida, excepto las reacciones más simples, estaba destrozado, y los añicos se ocultaron en los recodos de su memoria.

Cuando por fin se hizo la luz, levantó la mirada hacia la persona que estaba en la puerta, con una máscara del ratón Mickey, y le sonrió. Fue una sonrisa de niño, de agradecimiento para con su cómico salvador. Dejó que el hombre lo cogiera de los tobillos y lo sacara a rastras de la gran habitación redonda en que estaba tumbado. Tenía los pantalones mojados y sabía que se había ensuciado mientras dormía. Pero por eso mismo el ratón divertido le daría un beso aún más grande.

La cabeza le bailaba sobre los hombros cuando lo sacaron de la cámara de tortura. En el suelo, al lado de su cabeza, había un zapato. Y unos dos metros y medio por encima de él se encontraba la rejilla de la que había caído.

Aquello ya no significaba nada para él.

Dejó que el ratón lo sentara en una habitación iluminada. Dejó que le devolviera la audición, aunque en realidad no la quería para nada. Resultaba divertido contemplar el mundo sin sonido; le hacía reír.

Bebió un poco de agua y comió un poco de tarta dulce.

Estaba cansado. Quería dormir. Quería a su mamá. Pero el ratón no parecía comprenderlo, así que lloró y pateó la mesa y tiró los

platos y las tazas al suelo. Luego se fue corriendo a la habitación contigua y tiró por el aire todos los papeles que encontró. Era hermoso verlos volar para arriba y caer revoloteando. Unos caían hacia abajo, otros hacia arriba. Unos estaban escritos. Otros eran fotos. Fotos horribles. Fotos que le causaban una sensación muy extraña.

Absolutamente todas las fotos eran de gente muerta. Algunas, de niños pequeños; otras, de niños ya crecidos. Estaban tumbados o medio sentados, y tenían profundos cortes en la cara y en el cuerpo, cortes que ponían al descubierto algo asqueroso, una especie de revoltijo de trocitos brillantes y trocitos que supuraban. Y alrededor de los muertos había pintura negra. No eran manchas definidas, sino más bien salpicaduras, con huellas digitales y marcas de manos y muy caóticas.

En tres o cuatro fotos se veía el instrumento que había realizado los tajos. Sabía cómo se llamaba.

Hacha.

La cara de una mujer tenía un hacha hundida casi hasta el mango. Había un hacha en la pierna de un hombre, y otra tirada en el suelo de una cocina junto a un bebé muerto.

Aquel hombre coleccionaba fotos de muertos y de hachas, cosa que a Steve le resultó extraña.

Ésa fue su última idea hasta que el aroma demasiado familiar del cloroformo invadió su cabeza y perdió la conciencia.

El sórdido pasillo olía a orina rancia y a vómito fresco. Era su propio vómito; le cubría todo el pecho. Trató de levantarse, pero las piernas le temblaban. Hacía mucho frío. Le dolía la garganta.

Entonces oyó pasos. Parecía que el ratón volvía. A lo mejor lo llevaba a casa.

—Levántate, hijo.

No era el ratón. Era un policía.

—¿Qué haces ahí abajo? Te he dicho que te levantes.

Apoyándose contra los ladrillos deshechos del pasillo, Steve logró ponerse de pie. El policía lo enfocó con una linterna.

—¡Jesucristo! —exclamó, con el asco pintado en la cara—. Estás hecho una auténtica mierda. ¿Dónde vives?

Steve negó con la cabeza, mirando su camisa empapada de vómito como un colegial avergonzado.

—¿Cómo te llamas?

No conseguía recordarlo.

—Tu nombre, chico.

Lo estaba intentando recordar. ¡Si por lo menos el policía no gritara tanto!

—Vamos, domínate.

Las palabras no tenían demasiado sentido. Steve notaba que las lágrimas le escocían en el fondo de los ojos.

—Casa.

Ahora estaba haciendo pucheros, tragándose los mocos; se sentía completamente desamparado. Quería morirse; echarse en el suelo y morir.

El policía lo agitó.

—¿Estás en plena subida de algo? —le preguntó, sacando a Steve a la luz de las farolas y examinándole la cara manchada de lágrimas.

—Harías mejor en moverte.

—¡Mamá! —llamó Steve—. Quiero a mi mamá.

Esas palabras cambiaron por completo el curso de la conversación.

De repente, al policía el espectáculo le pareció más que repugnante o lamentable. Aquel pequeño bastardo con los ojos inyectados en sangre y la cena en la camisa le estaba crispando los nervios. Demasiado dinero, demasiada suciedad en las venas y nada de disciplina.

«Mamá» fue la gota que colmó el vaso. Le pegó un puñetazo a Steve en el estómago, un directo limpio, seco, funcional. Steve se encorvó lloriqueando.

—¡Cállate, hijo!

Otro puñetazo remató la faena de noquear al chico, y entonces le cogió por un mechón de pelo y acercó la cara del pequeño drogadicto a la suya.

—¿Quieres ser un paria, no es cierto?

—¡No, no!

Steve no sabía lo que era un paria; sólo trataba de congraciarse con el policía.

—Por favor —dijo, a punto de echarse otra vez a llorar—, lléveme a casa.

El policía pareció sorprendido. El chico no se había puesto a defenderse ni a invocar sus derechos, como hacían casi todos. Así solían acabar: en el suelo, con la nariz partida y llamando a un asistente social. Aquél sólo lloraba. Le empezó a dar mala espina. Quizás estuviera loco o algo parecido. Y le había pegado una paliza de órdago al pequeño mocoso. ¡Joder! Ahora se sentía responsable. Cogió a Steve del brazo y lo llevó hecho un ovillo a su coche, al otro lado de la calle.

—Entra.

—Lléveme…

—Te llevaré a casa, hijo. Te llevaré a casa.

En el refugio nocturno rebuscaron entre la ropa de Steve alguna seña de identidad sin encontrar ninguna, y luego le desinfectaron el cuerpo por si tenía pulgas y el cabello por si estaba infestado de liendres. Entonces se marchó el policía, cosa que tranquilizó a Steve. No le había gustado aquel tipo.

La gente del refugio hablaba de él como si no estuviera en la habitación. Se refería a lo joven que era, discutía acerca de su edad mental, sus ropas, su aspecto. Luego le dieron una pastilla de jabón y le indicaron dónde estaban las duchas. Permaneció diez minutos bajo el agua y se secó con una toalla sucia. No se afeitó, aunque le habían dejado una navaja. Había olvidado cómo se hacía.

Más tarde le dieron ropas viejas, que le gustaron. No eran personas tan malas, aunque hablaran de él como si no estuviera presente. Uno de aquellos hombres incluso le sonrió; era fornido y tenía una barba parda. Le sonrió como a un perro.

Las ropas que le dieron estaban desparejadas. Eran demasiado pequeñas o demasiado grandes. Y de todos los colores: calcetines amarillos, una camisa de un blanco sucio, pantalones a rayas hechos para un glotón, un jersey raído y pesadas botas. Le gustaba vestirse, ponerse dos chaquetas y dos pares de calcetines cuando no lo miraban. Se sentía seguro con varias capas de algodón y lana envueltos a su alrededor.

Luego lo dejaron con un billete para la cama en la mano y se

quedó esperando la apertura de los dormitorios. No estaba impaciente como los que se encontraban con él en el pasillo. Muchos gritaban incoherentemente acusaciones salpicadas de obscenidades y se escupían unos a otros. Le asustaban. Sólo quería dormir. Tumbarse y dormir.

A las once, uno de los guardas abrió la puerta del dormitorio y todos aquellos desechos se precipitaron para hacerse con una cama de hierro donde pasar la noche. El dormitorio, amplio y mal iluminado, apestaba a desinfectante y a gente mayor.

Esquivando los ojos y los brazos agresivos de los otros parias, Steve encontró una cama mal hecha, con una fina manta tirada por encima, y se tumbó a dormir. A su alrededor, los hombres tosían, murmuraban y lloraban. Uno recitaba sus oraciones echado sobre una almohada gris, mirando el techo. Steve pensó que era una buena idea, y se puso a rezar la oración de su infancia:

Dulce Jesús, dócil y bondadoso,
cuida a este niño pequeño,
compadécete de mí…

¿Cómo seguía?

Compadécete de mi simplicidad,
permite que llegue hasta ti.

Eso le hizo sentirse mejor, y su sueño, melancólico y profundo, fue como un bálsamo.

Quaid estaba sentado en la oscuridad. El terror se había vuelto a apoderar de él; era peor que nunca. Tenía el cuerpo rígido de miedo; tanto que ni siquiera podía levantarse de la cama y encender la luz. Además, ¿y si esta vez, esta vez entre todas las veces, el terror estuviera justificado? ¿Y si el hombre del hacha estuviera en carne y hueso detrás de la puerta? Sonriéndole como un bobo, danzando demoníacamente en lo alto de las escaleras, como lo

había visto Quaid en sueños, bailando y riendo, riendo y bailando.

No hubo un solo movimiento. Ni crujidos en la escalera ni risas tontas en las sombras. No era él, después de todo. Quaid viviría hasta la mañana siguiente.

Tenía el cuerpo un poco más relajado. Sacó las piernas del lecho y encendió la luz. La habitación estaba efectivamente vacía. La casa permanecía en silencio. Por la puerta abierta podía ver la parte superior de las escaleras. No había ningún hombre con un hacha, naturalmente.

Unos gritos despertaron a Steve. Todavía era de noche. No sabía cuánto había dormido, pero los miembros ya no le dolían tanto. Con los codos sobre la almohada, se incorporó a medias y miró por el dormitorio para averiguar a qué se debía la conmoción. Cuatro filas de camas más allá, dos hombres estaban luchando. La manzana de la discordia no estaba nada clara. Simplemente luchaban cuerpo a cuerpo, aferrados como mujeres (el espectáculo hizo reír a Steve), chillando y tirándose del pelo. A la luz de la luna, la sangre de sus caras y manos se veía negra. Uno de ellos, el mayor, cayó sobre su cama gritando:

—¡No iré a la calle Finchley! ¡No me obligarás! ¡No me pegues! ¡No soy el que buscas! ¡De verdad!

El otro no lo escuchaba; era demasiado estúpido o estaba demasiado enloquecido para comprender que el viejo suplicaba que lo dejaran en paz. Animado por los espectadores que se hacinaban en torno a la pelea, el atacante del viejo se había quitado el zapato y azotaba con él a su víctima. Steve oía el impacto del tacón contra la cabeza. Cada golpe iba acompañado de muestras de entusiasmo y de quejas menguantes por parte del viejo.

Súbitamente, los aplausos vacilaron nada más entrar alguien en el dormitorio. Steve no podía distinguir quién era; la muchedumbre congregada en torno a la reyerta le impedía ver la puerta.

Sí que vio, sin embargo, al vencedor alzar el zapato en el aire con un grito final de: «¡Cabrón!».

El zapato.

Steve no podía apartar los ojos del zapato. Se elevaba en el aire, volteándose al hacerlo, y luego caía en picado sobre los barrotes

como un pájaro herido. Steve lo vio claramente, más claramente de lo que había visto nada durante muchos días.

Cayó cerca de él.

Cayó con un ruido estentóreo.

Cayó de lado, igual que el suyo. Su zapato. El que se quitó con el pie. Sobre la rejilla. En la habitación. En la casa. En la calle Pilgrim.

El mismo sueño despertó a Quaid. Siempre las escaleras. Siempre se veía mirando por el túnel de las escaleras mientras aquella visión ridícula, medio broma y medio horror, avanzaba de puntillas hacia él, riéndose a cada paso.

Antes no había soñado nunca dos veces en una sola noche. Sacó la mano por encima del borde de la cama y buscó a tientas la botella que guardaba por allí. En la oscuridad bebió de ella un trago muy largo.

Steve cruzó la maraña de hombres furiosos sin importarle los gritos o los gruñidos y maldiciones del viejo. A los guardas les estaba costando apaciguar los ánimos. Era la última vez que dejaban entrar al viejo Crowley: siempre organizaba follones. Aquello tenía todas las trazas de acabar en reyerta; costaría horas tranquilizarlos de nuevo.

Nadie le preguntó nada a Steve mientras paseaba por el pasillo, cruzaba la puerta y entraba en el vestíbulo del refugio nocturno. Las puertas de batientes estaban cerradas, pero el aire nocturno, amargo antes del amanecer, refrescaba al colarse por los resquicios.

La diminuta recepción estaba vacía, y por la puerta Steve vio el extintor de incendios colgado de la pared. Era rojo y brillante. Al lado de él había una manguera larga y negra, enrollada en un tambor rojo como una serpiente dormida. Al lado, colocada sobre dos ganchos en la pared, un hacha.

Un hacha muy bonita.

Stephen entró en la oficina. Cerca de él oyó el ruido de pies corriendo, gritos, un silbido. Pero nadie lo interrumpió mientras hacía amistad con el hacha.

Primero le sonrió.

El filo curvado del hacha le devolvió la sonrisa.

Luego la tocó.

Al hacha pareció gustarle la caricia. Estaba polvorienta y no se había usado en mucho tiempo. Demasiado tiempo. Quería que la cogieran, le hicieran carantoñas y le sonrieran. Steve la descolgó con mucho cuidado y la introdujo bajo su chaqueta para darle calor. Luego salió de la oficina de recepción, atravesó la puerta de batientes y salió a buscar su otro zapato.

Quaid se volvió a despertar.

A Steve le costó poco tiempo orientarse. Dio un saltito al dirigirse hacia la calle Pilgrim. Vestido de tantos colores brillantes, con unos pantalones tan holgados y unas botas tan estúpidas, se sentía como un payaso. Era un chico cómico, ¿verdad? Se rió de sí mismo. Estaba tan gracioso…

El viento empezó a herirlo, poniéndolo frenético al revolotearle en el pelo y dejarle los ojos tan fríos como si fueran dos cubitos de hielo en las cuencas.

Empezó a correr, brincar, bailar, juguetear por entre las calles blancas a la luz de las farolas, y oscuras en los intervalos entre éstas.

Ahora me ves, ahora no. Ahora sí, ahora no…

A Quaid no le había despertado el sueño esta vez. Esta vez había oído un ruido. Era un ruido, sin la menor duda.

La luna se había elevado lo suficiente como para que sus rayos se filtraran por la ventana, la puerta y la parte superior de las escaleras. No había necesidad de encender la luz. Para lo que quería ver no la necesitaba. La parte superior de las escaleras estaba vacía, como siempre.

Entonces crujió el último peldaño; fue un ruido mínimo, como si un suspiro se hubiera posado sobre él.

Así fue como Quaid padeció el terror.

Otro crujido, y el ridículo sueño seguía subiendo las escaleras en su busca. Tenía que ser un sueño. A fin de cuentas no conocía a ningún payaso, a ningún asesino con un hacha. De forma que,

¿cómo iba a ser aquella imagen absurda la misma que lo despertaba noche tras noche, cómo podía ser algo más que un sueño?

Sin embargo, a lo mejor había sueños tan absurdos que sólo podían ser realidad.

«Nada de payasos», se dijo, mientras se quedaba observando la puerta, la escalera y la mancha luminosa de la luna. Quaid sólo había conocido mentes frágiles, tan débiles que no pudieron darle la clave de la naturaleza, el origen o la forma de curar el pánico que ahora lo tenía esclavizado. Cuando se enfrentaban al menor indicio de terror en el corazón de la vida, siempre se venían abajo, quedaban reducidas a polvo.

No conocía payasos; nunca los había conocido ni los conocería jamas.

Y entonces apareció: era el rostro de un idiota. Pálido como una sábana a la luz de la luna, con los rasgos juveniles magullados, hinchados y sin afeitar, una sonrisa franca como la de un niño. Se había mordido el labio de lo excitado que estaba. Tenía la mandíbula inferior llena de sangre y las encías casi negras. Pero no por ello dejaba de ser un payaso. Un payaso, sin discusión posible, aunque el disfraz le quedara mal, incongruente y patético.

El hacha era lo único que no se correspondía con la sonrisa.

Cuando el maníaco realizó pequeños movimientos de carnicero con el arma, la luna se reflejó en ella, y los ojillos negros le brillaron ante la perspectiva de tanta diversión.

Se paró casi en lo más alto de la escalera, pero mientras contempló el terror de Quaid, su sonrisa no decayó en ningún momento.

A Quaid le flaquearon las piernas y cayó de rodillas.

El payaso subió otro peldaño de un brinco, con los ojos relucientes, llenos de una especie de maldad benigna, fijos sobre Quaid. Zarandeaba el hacha con sus manos pálidas, en una pequeña parodia del golpe mortal.

Quaid lo reconoció.

Era su alumno, su conejillo de Indias, transfigurado en la imagen de su propio terror.

Él. Él entre todos los hombres. El niño sordo.

Ahora daba brincos más grandes y hacía ruidos guturales, como imitando la llamada de algún pájaro fantástico. El hacha dibujaba

giros cada vez más amplios en el aire, cada uno de ellos más letal que el anterior.

—Stephen —dijo Quaid.

El nombre no le dijo nada a Steve. Sólo vio abrirse una boca y volverse a cerrar. Tal vez saliera de ella un sonido; tal vez no. No le importaba.

La garganta del payaso emitió un chillido, y el hacha, cogida con las dos manos, se meció sobre su cabeza. En ese preciso instante la pequeña danza alegre se convirtió en una carrera: el hombre del hacha saltó los dos últimos escalones y entró corriendo en la habitación, donde la luz le dio de lleno.

El cuerpo de Quaid se apartó a medias para esquivar el golpe mortal, pero no fue lo suficientemente rápido o elegante. La cuchilla hendió el aire y rajó por detrás su brazo desgarrándole casi todo el tríceps, destrozándole el húmero y abriéndole la carne del antebrazo con un tajo que por poco no le alcanzó la arteria.

El grito de Quaid podría haberse oído a diez casas de distancia, pero esas casas no eran más que escombros. Nadie podía oírlo. Nadie podía acudir a quitarle al payaso de encima.

El hacha, ansiosa de acabar la faena, le estaba rajando el muslo como si fuera un leño. La brillante carne del músculo del filósofo, el hueso y el tuétano quedaban expuestos por profundos tajos de cuatro o diez centímetros de profundidad. A cada golpe, el payaso tiraba del hacha para desclavarla, y el cuerpo de Quaid se sacudía como una marioneta.

Quaid chilló. Quaid suplicó. Quaid intentó convencerlo.

El payaso no oyó una sola palabra.

Sólo oía los ruidos que tenía en la cabeza: los pitidos, los gritos, los aullidos, los zumbidos. Se había refugiado en un lugar del que ningún argumento racional ni amenaza podrían sacarlo. Donde el latido de su corazón era la ley, y el susurro de su sangre, la música.

¡Cómo bailaba el niño sordo! Bailaba como un bobo al ver a su torturador boquear como un pez, con la depravación de su intelecto acallada para siempre. ¡Cómo chorreaba la sangre! ¡Cómo salía a borbotones y a litros!

El pequeño payaso reía contemplando tanta diversión. Tenía un entretenimiento para toda la noche, pensaba. El hacha, amable e inteligente, siempre sería su amiga. Haría cortes transversales y

longitudinales, podría cortar en rodajas y amputar, y además podía mantener vivo a aquel hombre si la utilizaba con astucia; vivo durante un buen rato.

Steve estaba más contento que unas pascuas. Tenía el resto de la noche por delante, y toda la música que le apeteciera oír resonaba en su cabeza.

Y Quaid comprendió, al encontrarse con la mirada ausente del payaso por entre un ambiente ensangrentado, que había algo peor en el mundo que el terror. Peor que la propia muerte.

Era el sufrimiento sin esperanza de salvación. Era la vida que se negaba a acabar mucho después de que el cerebro le hubiera pedido al cuerpo que dejara de existir. Y lo peor de todo: había sueños que se hacían realidad.

ESPECTÁCULO INFERNAL

Aquel septiembre el infierno ascendió a las calles y plazas de Londres, gélido porque procedía del mismo corazón del Noveno Círculo, y demasiado congelado como para que lo calentara el bochorno de un veranillo de San Martín. Lo había planeado todo tan cuidadosamente como siempre, por mucho que los planes no fueran más que eso, y, además, frágiles. Quizás esta vez se mostrara más melindroso que de costumbre, pues comprobó dos o tres veces hasta el último detalle para asegurarse de que tenía todas las posibilidades de ganar aquel juego vital.

Nunca había carecido de espíritu competitivo; su fuego compitió contra la carne en miles de millares de ocasiones a lo largo de los siglos, ganando a veces, pero perdiendo más a menudo. Después de todo, las apuestas constituían su forma de ganar terreno. Sin la necesidad humana de competir; regatear y apostar, Pandemonium podría haber enloquecido al quedar insatisfecha su avidez de ciudadanos. A los abismos les era indiferente que se tratara de bailes, carreras de galgos o de hacer trampas; todos eran juegos en que, con la suficiente astucia, podría cosechar un alma o dos. Por eso subió el infierno a Londres ese día azul y brillante: para ganar una carrera y hacerse, si triunfaba, con bastantes almas como para estar ocupado durante una era más.

Cameron conectó la radio. La voz del comentarista surgía y se desvanecía como si estuviera hablando desde el Polo en lugar de la catedral de San Pablo. Aún quedaba un cuarto de hora largo para que diera comienzo la carrera, pero quería oír los comentarios previos, sólo para enterarse de lo que decían de su chico.

—… la atmósfera es eléctrica… probablemente decenas de miles de personas a lo largo de la pista…

La voz dejó de oírse. Cameron soltó una blasfemia y buscó otra emisora hasta que volvieron a escucharse imbecilidades.

—… la han llamado la carrera del año, y ¡qué día! ¿No es cierto, Jim?

—Magnífico, Mike…

—Éste es el gran Jim Delaney, que está en lo alto de la torre Ojo del Cielo, y que seguirá la carrera durante todo el recorrido y nos la comentará a vista de pájaro, ¿verdad, Jim?

—Claro que lo haré, Mike…

—Bueno, hay mucha actividad detrás de la línea de salida; los corredores se están preparando para la competición. Ahí veo a Nick Loyer, que lleva el dorsal número tres; preciso es reconocer que parece encontrarse en plena forma. Me dijo al llegar que no le suele gustar Correr los domingos pero que, claro, dada la finalidad benéfica de esta convocatoria, esta vez ha hecho una excepción. Toda la recaudación se consagrará a la investigación acerca del cáncer. Joel Jones, nuestro medalla de oro en 800 metros, también está; correrá contra su gran rival Frank McCloud, Y al lado de los grandes se encuentran las caras nuevas, que conocemos ligeramente. Con el número cinco, el sudafricano Malcolm Voight y, completando el elenco, Lester Kinderman, vencedor inesperado del maratón de Austria el año pasado. Y tengo que decir que todos parecen frescos como rosas esta magnífica tarde de septiembre. No podíamos pedir un día mejor, ¿verdad, Jim?

A Joel le habían despertado sueños angustiosos.

—Todo irá bien, deja de preocuparte —le dijo Cameron.

Pero no se sentía bien: le dolía la boca del estómago. No eran los nervios de antes de correr; estaba acostumbrado a ellos y los podía soportar. El mejor remedio que había encontrado para quitárselos expeditivamente de encima era meterse dos dedos en la garganta y vomitar. No, no eran los nervios de antes de correr ni nada parecido. Para empezar, eran más intensos, como si las tripas se le estuvieran cociendo dentro.

Cameron no se dejó conmover.

—Es una carrera benéfica, no las Olimpiadas —dijo mirando al chico por encima del hombro—. No seas niño.

Ésa era la técnica de Cameron. Su voz dulce estaba hecha para engatusar, pero él la utilizaba para intimidar. Sin sus intimidaciones no habría habido medallas de oro ni masas entusiastas, ni admiradoras. Uno de los periódicos deportivos había elegido a Joel

como el negro más popular de Inglaterra. Era una satisfacción que lo saludara como amigo gente desconocida. Le gustaba la fama por efímera que pudiera ser.

—Te quieren —dijo Cameron—. Dios sabrá por qué, pero te quieren.

Después de soltar su pequeño sarcasmo se echó a reír.

—Todo irá bien, hijo —añadió—. Sal y corre como si te fuera la vida en ello.

Ahora, a plena luz, Joel miró al resto de los competidores y se sintió un poco más optimista. Kinderman era resistente, pero no tenía potencia de sprint en distancias medias. En conjunto, la técnica de maratón requería una habilidad muy distinta. Además, era tan miope que llevaba unas gafas con montura de acero que, de puro gruesas, le daban el aspecto de una rana perpleja. Ahí no había peligro. Loyer era bueno, pero aquélla tampoco era su distancia; se trataba de un corredor de vallas y un esprínter ocasional. Su limite eran los 400 metros, y ni siquiera en ellos se sentía cómodo. Voight, el sudafricano… Bueno, no tenía demasiada información acerca de él. Obviamente, a juzgar por su aspecto, estaba en forma, y sería alguien a quien controlar, no fuera a dar alguna sorpresa. Pero el verdadero problema de la carrera era McCloud. Joel había corrido contra Frank *Rayo* McCloud en tres ocasiones. Lo dejó dos veces en segundo lugar, y las posiciones se habían invertido (lamentablemente). Y Frankie tenía algunos desquites que tomarse: especialmente la derrota en las Olimpiadas. No le había gustado quedarse con la medalla de plata. Frank era el más peligroso. Fuera aquella una carrera benéfica o no, McCloud correría lo mejor que pudiera para dar satisfacción a la muchedumbre y a su propio orgullo. Ya estaba en la línea comprobando su posición de salida con las orejas prácticamente erguidas. *Rayo* era su hombre, sin ninguna duda.

Por un momento, Joel sorprendió a Voight mirándolo. Eso era inusual. Los competidores raramente se observaban antes de una carrera; era una especie de cobardía. Aquel hombre tenía la cara pálida y cada día más entradas. Aparentaba treinta y pocos años, pero su físico era más joven y delgado. Piernas largas y manos grandes. Cuando sus ojos se encontraron, Voight desvió la mirada. La bonita cadena que llevaba al cuello reflejó el sol, y el crucifijo

resplandeció, dorado, al mecerse suavemente bajo su barbilla.

Joel también contaba con su amuleto. Tenía un mechón de pelo de su madre que ella le había trenzado diez años antes, con motivo de su primera carrera importante. Lo llevaba metido en la cintura de los pantalones. Ella regresó a Barbados el año siguiente, y allí murió. Le causó un dolor inmenso; su pérdida fue inolvidable. Se habría desmoronado sin Cameron.

Éste observaba los preparativos desde los escalones de la catedral; pensaba ver la salida y luego ir en bici por detrás del varadero para asistir a la llegada. Estaría allí mucho antes que los corredores, y la radio lo mantendría al corriente de la competición. Se sentía a gusto aquel día. Su chico, con náuseas o sin ellas, estaba en buena forma, y la carrera era una manera ideal de mantenerle el humor competitivo sin dejarlo agotado. De acuerdo que era una distancia muy larga: cruzar la glorieta de Ludgate, recorrer la calle Fleet y pasar por el Temple Bar hasta el varadero, atajar luego por la esquina de Trafalgar y pasar por Whitehall hasta llegar al Parlamento. Y sobre asfalto. Pero era una experiencia útil para Joel, y le exigiría un poco de esfuerzo, lo que siempre era bueno. Había un corredor de fondo en aquel chico, y Cameron lo sabía. Nunca había sido un esprínter; no se acompasaba con la suficiente precisión. Necesitaba distancia y tiempo para encontrar su ritmo, tranquilizarse y descubrir la estrategia más idónea. En los 800 metros era un fenómeno: su zancada era un modelo de economía, con su ritmo casi maquiavélico de tan perfecto. Pero lo más importante era su valor. El valor le había valido la medalla de oro, y el valor le permitiría llegar el primero a la meta una y otra vez. Eso era lo que hacía diferente a Joel. Aparecían y desaparecían muchos prodigios de técnica depurada, pero sin el coraje suficiente con el que complementarla no valían casi nada. Arriesgar cuando merecía la pena, correr hasta que el dolor le cegara a uno; eso era algo único, y Cameron lo sabía. Le gustaba creer que él también tuvo algo de eso.

Aquel día, el muchacho no parecía nada contento. Habría apostado a que se trataba de un problema de faldas. Siempre surgían problemas de mujeres, especialmente con la reputación de chico de oro que se había ganado Joel. Le intentó convencer de que ya tendría tiempo para camas y lupanares cuando su carrera tocara

a su fin, pero a Joel no le interesaba mantenerse casto, y Cameron no podía desaprobarlo del todo.

Levantaron la pistola y sonó el disparo. Salió un penacho de humo blanco azulado, seguido por un sonido más de taponazo que de detonación. El disparo despertó a las palomas de la cúpula de San Pablo, que alzaron el vuelo, interrumpida su adoración, en una congregación de aleteos.

Joel salió muy bien. Limpio, elegante y rápido.

La muchedumbre empezó a aclamar inmediatamente su nombre; las voces le resonaban en la espalda y a su alrededor. Fue como una explosión de entusiasmo apasionado.

Cameron lo contempló durante los diez primeros metros, mientras los participantes maniobraban en busca de un puesto en la carrera. Loyer iba a la cabeza del pelotón, aunque Cameron no estaba seguro de si había llegado allí por decisión propia o por azar. Joel seguía a McCloud, que iba detrás de Loyer. «Sin prisas, chico», dijo Cameron, y abandonó la contemplación de la línea de salida. Tenía la bicicleta encadenada en Paternoster Row, a un minuto andando desde la plaza. Siempre odió los coches: eran artefactos descreídos, desvencijados, inhumanos, no cristianos. En una bici eras tu propio amo. ¿No era eso todo lo que podía pedir un hombre?

—… y la salida de lo que puede ser una maravillosa carrera ha sido muy buena. Van cruzando la plaza y el público está enardecido. En realidad, se parece más a una carrera de los Juegos Europeos que a una competición benéfica. ¿Qué opinas tú, Jim?

—Bien, Mike; puedo ver aglomeraciones a lo largo de la pista en la calle Fleet. La policía me pide que aconseje al público que no trate de acercarse en coche a los corredores porque, como es natural, todas esas calles están cortadas al tráfico debido al acontecimiento, y quien intente aproximarse en coche no llegará a ninguna parte.

—¿Quién va en cabeza de momento?

—Bueno, Nick Loyer está marcando el paso en esta fase de la competición aunque, por supuesto, va a haber mucho juego estratégico en una distancia de este tipo. Es más que una distancia media y menos que un maratón, pero todos estos hombres son estrategas, e intentarán que los demás lleven al principio el peso de

la carrera.

Cameron siempre decía: deja que los demás sean los héroes.

Joel descubrió que ésa era una lección difícil de aprender. Cuando se disparaba la pistola costaba trabajo no echarse a correr a pleno pulmón, como un muelle destensado de repente. Darlo todo en los primeros doscientos metros y quedarse sin reservas.

Cameron solía decir que resulta fácil ser un héroe. Pero que no es inteligente, nada en absoluto. No pierdas el tiempo exhibiéndote, deja a los superhombres su pequeño triunfo. Mantente en el pelotón y resérvate un poco. Es mejor ser aclamado al final por un triunfo que ser considerado un perdedor con buena voluntad.

Gana. Gana. Gana.

A cualquier precio. A *casi* cualquier precio.

Gana.

El hombre que no quiere ganar no es amigo mío, decía. Si lo quieres hacer por amor al arte, por diversión, búscate a otro. Sólo los estudiantes de colegios privados se creen esa trola del juego por el juego. No hay alegría para los perdedores, hijo. ¿Qué he dicho?

No hay alegría para los perdedores.

Sé bárbaro. Observa las reglas, pero fuérzalas hasta el límite. Mientras puedas empujar, empuja. No permitas que otro hijo de puta te diga algo distinto. Estás aquí para ganar. ¿Qué he dicho?

Ganar.

En Paternoster Row no se oían aclamaciones y las moles de los edificios ocultaban el sol. Casi hacía frío. Las palomas seguían volando, incapaces de posarse ahora que las habían espantado de sus nidos. Eran los únicos habitantes de aquellos callejones. El resto del mundo vivo parecía estar observando la carrera.

Cameron desató su bicicleta, se metió en el bolsillo la cadena y los candados y montó de un salto. «Estoy bastante ágil para ser un hombre de cincuenta años —pensó— a pesar de mi adicción a los cigarros baratos». Encendió la radio. Las ondas, obstruidas por los edificios, llegaban mal; sólo se oían chisporroteos. Se quedó a horcajadas sobre la bici y trató de sintonizar mejor. Tuvo suerte.

—… y Nick Loyer ya se está quedando atrás…

¡Qué pronto! Cuidado, hacía dos o tres años que Loyer había perdido su plenitud física. Le había llegado la hora de tirar las zapatillas y dejar el sitio a los jóvenes. Lo tendría que hacer por

muy doloroso que resultara. Cameron recordó cómo se sintió a los treinta y tres, cuando se dio cuenta de que sus mejores años de corredor se habían acabado. Era como tener un pie en la tumba, un saludable recordatorio de la rapidez con que florece y empieza a marchitarse el cuerpo.

Al salir pedaleando de las sombras y entrar en una calle más soleada, se cruzó con un Mercedes negro con chófer, que circulaba tan silenciosamente que podría haber sido impulsado por el viento. Pudo entrever a los pasajeros muy brevemente. En uno de ellos reconoció al hombre con el que Voight había estado hablando antes de la carrera, un individuo de cara delgada, de unos cuarenta años, con la boca tan apretada que parecía que le hubieran extirpado quirúrgicamente los labios.

A su lado iba sentado Voight.

Por imposible que pareciera, fue la cara de Voight la que volvió la vista a través de los cristales ahumados; aún iba vestido para la carrera.

A Cameron no le gustó nada todo aquello. Había visto echar a correr al sudafricano cinco minutos antes. Así pues, ¿quién era aquél? Un doble, obviamente. Pero algo olía a chamusquina; hedía a perro muerto.

El Mercedes ya estaba doblando la esquina. Cameron apagó la radio y se puso a pedalear atropelladamente detrás del coche. Al correr, el sol balsámico le hacía sudar.

El Mercedes se iba abriendo camino por las calles estrechas con cierta dificultad, ignorando todas las señales de prohibición. La escasa velocidad del vehículo permitió a Cameron tenerlo a la vista sin que lo descubrieran sus ocupantes, aunque el esfuerzo empezaba a crearle molestias en los pulmones.

El Mercedes se paró en una avenida pequeña y anónima al oeste del callejón Fetter, donde las sombras eran particularmente densas. Cameron, oculto en una esquina a menos de veinte metros del coche, vio al chófer abrir la portezuela y apearse al hombre sin labios y al simulacro de Voight detrás; luego entraron en un edificio indescriptible. Cuando desaparecieron los tres, Cameron apoyó su bici contra una pared y los siguió.

En la calle reinaba un silencio sepulcral. A tanta distancia del rugido de la masa, no llegaba más que un leve murmullo. La calle

podría haber sido de otro mundo. Las sombras revoloteantes de los pájaros, las ventanas de los edificios tapiadas con ladrillos, la pintura desconchada, el olor a podrido de aquel aire ingrávido. Junto a la boca de una alcantarilla yacía un conejo muerto, un conejo negro con un collar blanco, la mascota que alguien habría perdido. Las moscas se levantaban y abalanzaban sobre él, alternativamente asustadas y voraces.

Cameron se acercó a la puerta abierta con todo el sigilo de que fue capaz. No tenía nada que temer. Hacía un buen rato que el trío había desaparecido por el oscuro pasillo de la casa. En el vestíbulo el aire era fresco y olía a húmedo. Haciéndose el intrépido, aunque se sentía asustado, Cameron entró en aquel edificio oculto. El papel de las paredes del pasillo era de color de mierda, igual que la pintura. Era como adentrarse en un intestino, el intestino de un hombre muerto; frío y lleno de caca. Las escaleras que tenía delante se habían hundido, impidiendo el acceso al piso superior. Luego no se habían dirigido arriba, sino que habían bajado.

La puerta que conducía al sótano estaba al lado de la escalera destrozada, y Cameron pudo oír voces procedentes de abajo.

«Cuanto antes mejor», pensó, y abrió la puerta lo suficiente como para poder deslizarse en la oscuridad que había tras ella. Estaba gélida. No fría o húmeda simplemente, sino refrigerada. Por un momento creyó que se había metido en una cámara frigorífica. Su aliento se convirtió en vaho: estuvo a punto de castañetear los dientes.

«No puedo echarme atrás ahora», pensó, y empezó a bajar por las escaleras resbaladizas de hielo. Reinaba una oscuridad inverosímil. Al final de las escaleras, muy abajo, parpadeó una pálida luz, y su brillo mortecino pareció aspirar a la luz del día. Cameron echó una mirada nostálgica a la puerta que tenía tras él. Resultaba tentadora, pero él era curioso, demasiado curioso. Lo único que podía hacer era seguir bajando.

El aroma del lugar le irritó las fosas nasales. Tenía el olfato atrofiado y el paladar aún peor, como a su mujer le gustaba recordarle. Solía decir que no era capaz de distinguir entre una rosa y un ajo, y probablemente fuera cierto. Pero el olor de aquel agujero le sugería algo, algo que le estimulaba los ácidos del estómago.

Cabras. Le habría gustado poder decírselo inmediatamente a su mujer: olía a cabras.

Ya casi había llegado al final de las escaleras; tal vez se encontrara a cinco o diez metros bajo tierra. Las voces aún se oían lejos, detrás de una segunda puerta.

Entró en una pequeña cámara cuyas paredes habían sido encaladas de mala manera y que estaban pintarrajeadas con dibujos obscenos, reproducciones en su mayoría del acto sexual. En el suelo había un candelabro con siete brazos. Sólo estaban encendidas dos velas sucias, y ardían con una llama apagada casi azul. El olor a cabra se hizo más intenso, y se mezcló con un aroma tan dulzón que parecía proceder de un burdel turco.

Dos puertas conducían fuera de la cámara, y detrás de una de ellas Cameron oyó la continuación de la conversación. Cruzó con un cuidado escrupuloso el pavimento resbaladizo que mediaba hasta la puerta, esforzándose por desentrañar el sentido de aquellos murmullos. Había urgencia en los tonos de las voces.

—… de prisa…

—… las habilidades precisas…

—Niños, niños…

Una carcajada.

—Creo que… mañana… todos nosotros…

Otra carcajada.

De repente, las voces parecieron cambiar de dirección, como si los interlocutores volvieran hacia la puerta. Cameron dio tres pasos atrás por el suelo gélido y estuvo a punto de chocar con el candelabro. Cuando pasó frente a las llamas, éstas chisporrotearon y crepitaron.

Tenía que escoger entre las escaleras o la otra puerta. Las escaleras significaban la retirada absoluta. Si las subía se encontraría a salvo, pero no habría descubierto nada. No sabría nunca la razón del frío, de las llamas azules y del olor a cabras. La puerta representaba su única posibilidad. Se volvió hacia ella con los ojos fijos en la de enfrente, y forcejeó con el pomo de cobre, de un frío cortante. Éste acabó por ceder, y Cameron se esfumó de la vista en el preciso instante en que se abría la puerta de enfrente. Los dos movimientos habían sido perfectamente sincrónicos: Dios estaba con él.

En cuanto cerró la puerta, comprendió que había cometido un error. Dios no estaba con él.

El frío le penetró en la cabeza, los dientes, los ojos, los dedos como si de agujas se tratara. Se sintió como si lo hubieran tirado desnudo en pleno corazón de un iceberg. La sangre parecía habérsele paralizado en las venas: la saliva se le cristalizó en la lengua: la agüilla que tenía al borde de la nariz le escoció al congelarse. El frío lo asaetaba de tal forma que ni siquiera podía darse la vuelta.

Moviendo lo menos posible sus articulaciones, rebuscó su mechero con unos dedos tan adormecidos que se los podrían haber cortado sin que le dolieran.

El mechero se le pegó en seguida a la mano, pues el sudor de los dedos se le había congelado. Intentó encenderlo pese a la oscuridad y el frío. Chispeó reticentemente y ardió con una llama vacilante.

La habitación era amplia: una caverna cubierta de hielo. Las paredes y el suelo lleno de costras brillaban y lanzaban destellos. Sobre su cabeza colgaban estalactitas de hielo agudas como lanzas. El suelo que pisaba, mal nivelado, se inclinaba hacia un agujero abierto en mitad del cuarto. A menos de dos metros, la pared tenía tanto hielo que parecía que un río hubiera quedado congelado al irrumpir en la oscuridad.

Pensó en *Xanadú*, un poema que se sabía de memoria. Visiones de otra Albión…

> *Donde Alph, el río sagrado, se deslizaba*
> *por cavernas inconmensurables para el hombre*
> *hasta un mar sin sol*

Si de verdad había un mar allí abajo tenía que estar helado. Era la muerte eterna.

Fue todo lo que pudo hacer para mantenerse de pie, para evitar resbalar por la pendiente hacia lo desconocido. El mechero parpadeó cuando una ráfaga de aire frío lo apagó.

—¡Mierda! —exclamó Cameron al quedarse a oscuras.

Nunca sabría si su voz puso sobre aviso al trío que se encontraba afuera o si Dios lo abandonó por completo en ese instante e invitó al trío a abrir la puerta. Pero cuando ésta se abrió de par en par,

Cameron cayó al suelo. Demasiado entumecido y helado para evitar la caída, se estrelló contra el suelo helado en cuanto entró una vaharada de olor a cabra en el cuarto.

Se dio la vuelta a medias. En la puerta estaban el doble de Voight, el chófer y el tercer hombre del Mercedes. Llevaba un abrigo hecho, a simple vista, con varias pieles de cabra. Todavía le colgaban pezuñas y cuernos por todas partes. La sangre que manchaba esas pieles era marrón y viscosa.

—¿Qué hace aquí, señor Cameron? —le preguntó el hombre del abrigo de cabra.

Cameron apenas podía hablar. La única sensación que le quedaba en la cabeza era una suerte de pinchazo de angustia en medio de la frente.

—¿Qué infiernos está pasando? —preguntó, con los labios tan helados que casi no podía moverlos.

—Precisamente eso, señor Cameron —replicó el hombre—. Los infiernos se han desencadenado.

Al pasar St. Mary-le-Strand, Loyer volvió la vista atrás y dio un traspié. Joel, a unos tres metros de la cabeza, comprendió que Loyer se estaba desfondando. Demasiado rápido; eso le venía mal. Aminoró la velocidad, dejando que lo rebasaran McCloud y Voight. No tenía prisa. Kinderman estaba a una distancia considerable; era incapaz de competir con aquellos muchachos tan rápidos. Era la tortuga de la carrera, sin ninguna duda. Loyer fue superado por McCloud, luego por Voight y finalmente por Jones y Kinderman. Se le había acabado el resuello de repente, y tenía las piernas de plomo. Peor aún, veía el asfalto crujir y agrietarse a sus pies, y emerger dedos de él para tocarlo como niños sin amor. Parecía que era el único en verlos. La muchedumbre seguía rugiendo mientras esas manos imaginarias emergían de sus tumbas bajo el pavimento y lo asían firmemente. Cayó exhausto en brazos de aquellos muertos, con la juventud truncada y la energía consumida. Los ansiosos dedos de los muertos siguieron tirando de él mucho después de que los doctores lo hubieran retirado de la pista, lo examinaran y le administraran calmantes.

Claro que sabía por qué razón le habían asaetado de esa forma

mientras estaba tirado sobre el asfalto caliente. Había vuelto la vista atrás. Eso era lo que les había atraído. Había vuelto…

—Y después de la sensacional caída de Loyer, la carrera aún está por decidirse. Frank *Rayo* McCloud es quien marca la pauta en este momento, y se está alejando sustancialmente de Voight, el nuevo campeón. Joel Jones está aún más atrasado, no parece mantenerse entre los líderes. ¿Qué opinas, Jim?

—Bueno, o bien ya está hundido o confía en que se cansen. Recuerda que esta distancia es nueva para él…

—Sí, Jim.

—Y eso podría hacer que se descuidara. Ciertamente va a tener que trabajar mucho para mejorar su tercer puesto actual.

Joel estaba mareado. Por un momento, al ver a Loyer perder el control de la carrera, le había oído rezar en voz alta. Rogar a Dios que lo salvara. Había sido el único en oír sus palabras…

> *Sí, aunque atraviese*
> *las sombras del Valle de la Muerte*
> *no temeré mal alguno, pues Tú estás*
> *conmigo, con tu vara y tu báculo…*

Ahora el sol calentaba más, y Joel empezaba a oír las quejas familiares de los miembros al cansarse. Correr sobre asfalto era duro para los pies y para las articulaciones, pero no tanto como para obligar a rezar a un hombre. Trató de olvidar la desesperación de Loyer y de concentrarse en lo que hacía.

Aún quedaba mucha carrera por delante; no habían cubierto ni la mitad del recorrido. Tenía tiempo de sobra para alcanzar a los héroes: de sobra.

Mientras corría, repasaba perezosamente las oraciones que su madre le había enseñado por si las necesitaba, pero los años las habían ido erosionando y casi las había olvidado por completo.

—Mi nombre —dijo el hombre del abrigo de cabra— es Gregory Burgess. Miembro del Parlamento. No debería conocerme. Intento pasa inadvertido.

—¿Miembro del Parlamento? —se extrañó Cameron.

—Sí. Independiente. *Muy* independiente.

—¿Es ése el hermano de Voight?

Burgess echó un vistazo a la otra encarnación de Voight. Aquel frío tan intenso no le hacía temblar siquiera, a pesar de que sólo llevaba una camiseta fina y unos pantalones cortos.

—¿Hermano? —dijo Burgess—. No, no. Es mi… ¿cómo se dice? Familiar.

La palabra le sonaba a algo, pero Cameron no había leído demasiado. ¿Qué era un familiar?

—Enséñaselo —concedió magnánimamente Burgess.

La cara de Voight se agitó, su piel pareció encogerse, los labios se enrollaron sobre los dientes, los dientes se deshicieron en una cera blanca que cayó en un esófago que a su vez se estaba transformando en una columna de plata brillante. Aquella cara ya no era humana; ni siquiera la de un mamífero. Se había convertido en un abanico de cuchillos cuyas láminas resplandecían a la luz de las velas que había tras la puerta. En cuanto se formó ese espantajo, empezó a cambiar de nuevo; los cuchillos se deshacían y oscurecían, volvía a brotar piel, reaparecían los ojos y se hinchaban como globos. De esta nueva cabeza surgieron antenas, la masa en transfiguración expulsó sus mandíbulas, y una cabeza de abeja, grande y perfectamente compleja, quedó asentada sobre el cuello de Voight.

A Burgess la demostración le encantó y aplaudió con las manos enguantadas.

—Los dos son familiares —dijo, señalando al chófer, que se había quitado la gorra, dejando que un remolino de pelo castaño le cayera sobre los hombros.

Era arrebatadoramente hermosa, una cara por la que merecía la pena morir. Pero, como el otro, tan sólo una ilusión. Capaz sin duda de encarnar infinidad de personas.

—Los dos son míos, por supuesto —aclaró Burgess con orgullo.

—¿Qué? —Fue todo lo que pudo responder Cameron, y esperó que eso resumiera todas las preguntas que tenía en la cabeza.

—Sirvo al infierno, señor Cameron. Y el infierno a su vez me sirve a mí.

—¿Infierno?

—Detrás de usted se encuentra una de las entradas al Noveno

Círculo. Conoce a Dante, supongo.

¡Aquí Dis! Éste es el lugar
en que debes armar tu corazón con poder.

—¿Por qué está aquí?

—Para ganar esta carrera. Mejor dicho, mi tercer familiar ya está participando en ella. Esta vez no le vencerán. Esta vez se trata de un espectáculo infernal, señor Cameron, y no nos arrebatarán el premio.

—Infierno… —repitió Cameron.

—¿Cree en Dios, no es verdad? Es un buen practicante. Todavía reza antes de comer, como cualquier alma temerosa de Dios. Tiene miedo de que se le atragante la cena.

—¿Cómo sabe que rezo?

—Me lo dijo su mujer. Sí, su mujer me dio mucha información acerca de usted, señor Cameron; se abrió realmente a mí. Era muy acomodaticia. Y una analista consumada gracias a mis consejos. Me dio tanta… información… Es un buen socialista, ¿no? Como su padre.

—Ahora política…

—Oh, la política es el eje de todo, señor Cameron. Sin política estaríamos expuestos a la barbarie, ¿no es cierto? Hasta el infierno necesita orden. Nueve grandes círculos: una ordenación implacable de los castigos. Mire hacia abajo: véalo usted mismo.

Cameron podía sentir el agujero detrás: no necesitaba mirar.

—Defendemos el orden, ¿sabe? No el caos. Eso es mera propaganda celestial. ¿Y sabe qué vamos a ganar?

—Es una carrera benéfica.

—La caridad es lo de menos. No participamos en esta carrera para salvar al mundo del cáncer. Corremos por el gobierno.

Cameron captó a medias la idea.

—Gobierno —dijo.

—Una vez por siglo se celebra esta carrera entre San Pablo y el palacio de Westminster. Antes se corría sin pancartas y sin aplausos. Hoy se hace a pleno sol, con miles de espectadores. Pero sean cuales sean sus circunstancias, siempre se trata de la misma carrera. Sus atletas contra uno de los nuestros. Si ganan ustedes, cien años más

de democracia. Si ganamos nosotros…, como ocurrirá…, el fin del mundo tal como lo conocen.

Cameron Sintió una vibración a su espalda. La expresión del rostro de Burgess cambió bruscamente; desapareció su seguridad, y aquel aire de suficiencia se convirtió en pura excitación nerviosa.

—Bueno, bueno —dijo, agitando las manos como si de pájaros se tratara—. Parece que tenemos visita de los poderes superiores. Cuánto honor…

Cameron se dio la vuelta y se asomó al borde del agujero. Su curiosidad ya no podía empeorar las cosas. Lo tenían en sus manos; así que mejor ver todo lo que había por ver.

De ese circulo sin sol ascendió una ráfaga de aire gélido, a través de la cual pudo ver a una figura asomarse por entre la oscuridad del pozo. Avanzaba con pie firme, y tenía la cabeza inclinada hacia atrás para ver mejor el mundo.

Cameron lo oyó respirar, le vio abrir y cerrar los rasgos magullados, y vio cómo sus huesos aceitosos boqueaban como un cangrejo en el lóbrego agujero.

Burgess estaba arrodillado, flanqueado por los familiares, que yacían en el suelo, con las caras pegadas como lapas al pavimento.

Cameron comprendió que era su última oportunidad. Se levantó tambaleando y avanzó a ciegas hacia Burgess, cuyos ojos estaban cerrados en una súplica reverente. Al pasar, más por accidente que con intención, su rodilla alcanzó a Burgess debajo de la mandíbula, y éste cayó cuan largo era. Las plantas de Cameron se deslizaron por el suelo en dirección a la salida de la caverna de hielo, hasta que entró en la cámara iluminada por el candelabro.

A su espalda el cuarto se estaba llenando de humo y de gemidos. Cameron, como la mujer de Lot cuando escapaba de la destrucción de Sodoma, echó una sola mirada atrás para contemplar la imagen prohibida.

Estaba emergiendo del pozo, tapando el agujero con su masa gris, iluminado por algún resplandor subterráneo. Sus ojos, enterrados en el hueso visible de su cabeza elefantina, se encontraron con los de Cameron. Parecieron tocarlo con la suavidad de un beso, penetrando directamente en sus pensamientos.

No lo habían convertido en sal. Desviando la mirada de aquel rostro, patinó por la antecámara y empezó a trepar las escaleras de

dos en dos y de tres en tres, cayéndose y volviendo a subir una y otra vez. La puerta aún estaba entornada. Detrás de ella se encontraba la luz del día, el mundo.

Abrió la puerta de golpe y cayó en el pasillo, sintiendo que el calor empezaba a despertar sus nervios congelados. En los escalones que había dejado detrás no se oía ningún ruido: estaban manifiestamente demasiado aterrados por la visita de aquel ser incorpóreo como para lanzarse en su persecución. Se arrastró a lo largo de la pared del pasillo con el cuerpo sacudido de temblores y castañeteos.

Todavía no lo seguía nadie.

Afuera el día tenía un brillo cegador, y se dejó contagiar por la hilaridad posterior a la fuga. Era la primera vez que sentía algo parecido. Haber estado tan cerca… y sobrevivir, sin embargo. Dios había estado con él, después de todo.

Se tambaleó por la calle en dirección a su bicicleta, determinado a detener la carrera, a contarle al mundo…

Nadie le había tocado la bici, que tenía el manillar cálido como los brazos de su mujer.

Al pasarle la pierna por encima, sus ojos, que habían intercambiado una mirada con el infierno, se incendiaron. El cuerpo, ignorante de que su cerebro ardía, siguió funcionando un rato. Colocó los pies sobre los pedales y empezó a alejarse.

Cameron sintió que se le incendiaba la cabeza y comprendió que estaba muerto.

Por haber vuelto la vista atrás, por una sola ojeada.

La mujer de Lot.

Como la estúpida mujer de Lot…

Un rayo más certero que el pensamiento le estalló entre las orejas.

Su cráneo se rajó, y el rayo candente salió disparado del horno que era su cerebro. Los ojos se le quedaron en las órbitas como si fueran nueces secas. Su boca y su nariz despedían luz. La combustión lo redujo a una columna de carne negra en cuestión de segundos, sin una sola llama o voluta de humo.

El cuerpo de Cameron estaba incinerado por completo cuando la bicicleta se salió de la calzada y se estrelló contra el escaparate de una sastrería, donde quedó tirada como una marioneta volcada

entre los trajes polvorientos. Él también había vuelto la vista atrás.

La muchedumbre apiñada en la plaza Trafalgar era una masa vibrante de entusiasmo. Aclamaciones, lágrimas y banderas. Era como si esa carrera se hubiera convertido en algo especial para toda aquella gente: un ritual cuyo significado no podían conocer. Y, sin embargo, sentían de una manera confusa que el día estaba cargado de azufre, presentían que sus vidas pendían de un hilo. Especialmente los niños. Corrían a lo largo de la pista chillando plegarias incoherentes, con la cara tensa de miedo. Algunos pronunciaban su nombre.

—¡Joel! ¡Joel!

¿O se lo estaba imaginando? ¿Había imaginado también que Loyer rezaba oraciones? ¿Los presagios grabados en las caras radiantes de los bebés, izados para que contemplaran a los corredores, también eran imaginarios?

Al entrar en Whitehall, Frank McCloud echó una mirada confiada por encima del hombro, y el infierno se apoderó de él.

Fue sencillo, instantáneo.

Se tambaleó: una mano gélida le aplastó el cuello y le arrebató la vida. Joel aminoró el paso al acercarse a su enemigo. Tenía la cara púrpura y los labios llenos de espuma.

—McCloud —dijo, parándose para ver el rostro de su gran rival.

McCloud levantó la vista y lo miró a través de un velo de humo que había vuelto ocres sus ojos grises. Joel se agachó para ayudarlo.

—No me toques —refunfuñó McCloud.

Las venas y filamentos de sus ojos estaban hinchados y sangraban.

—¿Calambre? —preguntó Joel—. ¿Es un calambre?

—Corre, bastardo, corre —le decía McCloud, mientras aquellas manos le arrancaban la vida de las entrañas. De los poros de la cara le empezó a rezumar sangre; lloraba lágrimas rojas—. Corre y no mires atrás. Por el amor de Dios, *no vuelvas la vista atrás*.

—¿Qué ocurre?

—¡Corre, por tu vida!

No se lo pedía, se lo ordenaba.

Corre.

Ni por el oro ni por la gloria. Sólo por la vida.

Joel echó un vistazo arriba. Se acababa de dar cuenta de que tenía una inmensa cabeza detrás echándole un aliento frío en el cuello.

Levantó los talones y *corrió*.

—Bueno, las cosas no les van demasiado bien a los corredores, Jim. Después de la caída tan sensacional de Loyer, acaba de tropezar Frank McCloud. Nunca había visto algo semejante. Pero parece que ha intercambiado unas palabras con Joel Jones cuando éste pasaba a su lado. Así que debe estar bien.

McCloud ya estaba muerto cuando lo metieron en la ambulancia, y putrefacto a la mañana siguiente.

Joel corrió. ¡Cristo, cómo corrió! El sol le golpeaba ferozmente la cara, emborronando la mancha de color que eran las masas excitadas, las caras, las banderas. Todo le parecía una cortina de ruidos desprovista de cualquier rasgo humano.

Conocía la sensación que se estaba apoderando de él, esa sensación de tener el cuerpo dislocado que acompaña el exceso de oxígeno y el cansancio. Estaba corriendo metido en la burbuja que su propia conciencia creaba, pensando, sudando, sufriendo por sí mismo, para sí mismo, en nombre de sí mismo.

Y esa soledad no era tan terrible. La cabeza se le empezó a llenar de canciones: retazos de himnos, dulces frases de canciones de amor, rimas obscenas. Su personalidad consciente se relajó, y el inconsciente, innominado y temerario, salió a la superficie.

Delante de él, difuminado por la luz blanquecina, entreveía a Voight. Ése era el enemigo, el hombre que había que batir. Voight, con su reluciente crucifijo meciéndose al sol. Lo podía conseguir siempre que no volviera, que no volviera…

La vista atrás…

Burgess abrió la portezuela del Mercedes y montó en él. Habían perdido un tiempo precioso. Ya debería estar en el Parlamento, en la línea de meta, preparado para dar la bienvenida a los corredores. Tenía que representar una pantomima en la que se pondría la máscara dulce y sonriente de la democracia. ¿Y mañana? Ya no sería tan dulce.

Le sudaban las manos de emoción, y su traje a rayas olía a la piel de cabra que estaba obligado a llevar en el cuarto. Con todo, nadie se daría cuenta de ello; y aunque así fuera, ¿qué ciudadano inglés iba a incurrir en la descortesía de mencionar que olía a cabras?

Odiaba la Cámara de los Comunes, aquel agujero de bostezos que presentía confusamente su inutilidad, con su atmósfera siempre gélida. Pero ya había acabado todo aquello. Había realizado sus oblaciones, había mostrado su infinita adoración del pozo; ahora llegaba el momento de recoger la recompensa.

Según avanzaba el coche, pensó en los muchos sacrificios que le había ofrecido a su ambición. Al principio fueron cosas de poca monta: gatitos y pollos. Más tarde descubriría lo ridículas que les parecían tales hazañas. Pero al principio obró con inocencia: no sabía qué ofrecer ni cómo hacerlo. Con el pasar de los años empezaron a formular sus exigencias de una manera clara y él, con el tiempo, aprendió las formalidades requeridas para poder vender su alma. Planeaba cuidadosamente y representaba a la perfección sus mortificaciones, aunque le habían dejado sin pezones y sin la posibilidad de tener hijos. Pero el sacrificio mereció la pena: cada día tenía más poder. Un sobresaliente triple en Oxford, una mujer que superaba los sueños de un priapista, un asiento en el Parlamento y pronto, muy pronto, todo el país.

Le empezaron a doler los muñones de sus pulgares, como solía ocurrirle cuando estaba nervioso. Distraídamente, se chupó uno.

—Bueno, ya estamos asistiendo a los últimos momentos de lo que ha sido una carrera verdaderamente infernal, ¿eh, Jim?

—Sí, ha sido toda una revelación, ¿no? Voight parece el vencedor contra pronóstico; ahí está, desmarcándose de sus competidores sin demasiado esfuerzo. Por descontado que Jones tuvo el generoso gesto de comprobar si McCloud se encontraba bien, y eso lo retrasó.

—Eso le ha hecho perder la carrera a Jones, ¿no es cierto?

—Creo que sí. Creo que le ha hecho perder la carrera…

—Claro que se trata de una carrera benéfica.

—Efectivamente. Y en una situación semejante no se trata de

ganar o perder…

—Sino de jugar limpio.

—Cierto.

—Cierto.

—Bueno, ya tenemos el Parlamento a la vista; están doblando la esquina de Whitehall. Y el gentío anima a su favorito, aunque creo sinceramente que se trata de una causa perdida…

—No te precipites. Te recuerdo que en Suecia se sacó un as de la manga.

—Desde luego. Tienes razón.

—A lo mejor lo vuelve a conseguir.

Joel seguía corriendo, y la distancia que lo separaba de Voight empezaba a reducirse. Se concentró en su espalda, le atravesó la camisa con los ojos, estudiando su ritmo, buscando sus debilidades.

Estaba aminorando su velocidad. El hombre no iba tan rápido como antes. Su zancada se había desequilibrado; era un indicio inequívoco de cansancio.

Podía alcanzarlo. Si demostraba su valor lo podía alcanzar.

¿Y Kinderman? Había olvidado a Kinderman. Sin pensar en lo que hacía, Joel echó un vistazo por encima del hombro y miró atrás.

Kinderman estaba muy atrasado; mantenía el mismo paso regular. Era la zancada sempiterna del corredor de maratón. Pero detrás de Joel había otra cosa: otro corredor, pisándole casi los talones; fantasmagórico, gigante.

Apartó los ojos y miró adelante, maldiciendo su estupidez.

Cada paso le acercaba más a Voight. Era evidente que se estaba quedando sin resuello. Joel sabía que si se esforzaba podría adelantarlo. Tenía que olvidar a su perseguidor, fuera quien fuera; olvidarse de todo menos de adelantar a Voight…

Pero la visión que tenía detrás no se le iba de la cabeza.

No vuelvas la vista atrás: ésas fueron las palabras de McCloud. Demasiado tarde; ya lo había hecho. Puestas así las cosas, mejor saber quién era aquel fantasma.

Volvió la vista.

Al principio no vio nada; sólo a Kinderman avanzando poco a

poco. Y entonces el corredor fantasma reapareció, y él supo que había acabado con Loyer y McCloud.

No era un corredor, ni vivo ni muerto. Ni siquiera era humano. Era un cuerpo humeante que abría las tinieblas ante él; era el propio infierno el que lo azuzaba.

No vuelvas la vista atrás.

Tenía la boca, si es que aquello era una boca, abierta. Su aliento era tan frío que hizo que a Joel se le atragantara su propio jadeo. Por eso había murmurado Loyer sus oraciones mientras corría. De poco le habían servido; a fin de cuentas había muerto.

Joel apartó la vista; ya no le interesaba ver el infierno tan de cerca. Trató de ignorar la súbita debilidad de sus rodillas.

Voight también echaba vistazos por encima del hombro. El aspecto de su cara era sombrío y desasosegado; y Joel, sin saber muy bien por qué, comprendió que formaba parte del infierno, que la sombra a su espalda era el amo de Voight.

—Voight. Voight. Voight. Voight —Joel pronunciaba su nombre a cada zancada.

Voight oyó que lo nombraban.

—¡Bastardo negro! —dijo en voz alta.

La zancada de Joel se alargó un poco. Estaba a menos de dos metros del corredor venido del infierno.

—Mira… detrás… de ti —dijo Voight.

—Ya lo veo.

—Ha… venido… a… buscarte.

Era evidente que pretendía engañarlo. *Él* era el amo de su propio cuerpo, ¿no? Y no temía la oscuridad porque también él era negro. ¿No era eso lo que le hacía menos humano en su trato con muchísima gente? O más, más que humano: con más sangre, más sudor y más carne. Más brazo, más pierna, más cabeza. Más fuerza, más apetito. ¿Qué podía hacer el infierno? ¿Comérselo? Habría tenido mal sabor. ¿Congelarlo? Tenía la sangre demasiado caliente, era demasiado rápido, estaba demasiado vivo.

Nadie lo atraparla: era un bárbaro con modales de caballero.

En realidad, ni una cosa ni otra.

Voight estaba sufriendo: había dolor en su aliento entrecortado, en los prolongados titubeos de su zancada. Sólo quedaban cincuenta metros entre las gradas y la línea de meta, pero la ventaja de Voight

se reducía constantemente; cada paso acercaba más a los corredores.

Entonces empezaron las ofertas.

—Escúcha… me.

—¿Qué eres?

—Poder… Te daré poder… Basta con que… nos… dejes… ganar.

Joel ya estaba casi a su lado.

—Demasiado tarde.

Se le alegraron las piernas: la cabeza le daba vueltas de placer. Tenía el infierno delante, el infierno al lado, pero ¿qué más daba? Aún podía correr.

Adelantó a Voight con las articulaciones distendidas: era una máquina perfecta.

—Bastardo. Bastardo. Bastardo… —le decía el familiar con el rostro contraído por la angustia y el cansancio.

¿No parpadeó su cara cuando Joel lo rebasó? ¿No pareció que sus rasgos perdían por un momento la apariencia de humanidad?

Voight quedó detrás: las masas rugieron y el mundo se volvió a inundar de colores. Tenía la victoria delante. No sabía qué causa estaba defendiendo, pero tenía la victoria al alcance de la mano.

Por fin vio a Cameron en las gradas, de pie al lado de un hombre al que no conocía, un hombre con un traje a rayas. Cameron sonreía y chillaba con un entusiasmo poco característico de él, le hacía señas.

En todo caso, corrió más de prisa hacia la línea de meta; Cameron le había infundido renovadas fuerzas.

Entonces pareció que le cambiaba la cara. ¿Era la calima solar lo que hacía que su pelo brillara? No; también le burbujeaba la carne de las mejillas, y tenía manchas oscuras en el cuello y en la frente que cada vez se oscurecían más. El pelo se le puso de punta y su cráneo lanzó destellos intermitentes de luz cegadora. Cameron estaba ardiendo. Cameron ardía, pero aún le sonreía y lo señalaba con la mano.

Joel sintió una desesperación súbita.

El infierno detrás. El infierno delante.

Ése no era Cameron. A Cameron no se le veía por ninguna parte, luego Cameron estaba muerto.

Lo comprendió como si hubiera tenido una revelación. Cameron había muerto, y esa parodia negra que le sonreía y le daba la bienvenida eran sus postreros momentos, representados por última vez para solaz de sus admiradores.

El paso de Joel se hizo vacilante, perdió el ritmo de zancada. Detrás oyó el aliento de Voight, horriblemente denso, cercano, cada vez más cercano.

De repente, todo su cuerpo se encrespó. Su estómago quería expulsar lo que llevaba dentro, su cabeza se negaba a pensar, las piernas empezaron a flaquearle; sólo tenía miedo.

—Corre —se dijo—. Corre. Corre. Corre.

Pero tenía el infierno delante. ¿Cómo podía correr a lanzarse en brazos de tamaña infamia?

Voight había reducido el intervalo que los separaba y estaba a la altura de su hombro. Le dio un empellón al adelantarlo. A Joel le estaban robando la victoria con la misma facilidad con que se le quitan los caramelos a un bebé.

La meta estaba a doce pasos y Voight iba de nuevo en cabeza. Sin darse cuenta cabal de lo que hacía, Joel agarró y golpeó a Voight, cogiéndolo por la camiseta. Fue una trampa que advirtieron todos los espectadores. Pero ¡qué diantre!

Tiró fuerte de Voight y los dos tropezaron. La muchedumbre les abrió paso cuando salieron haciendo eses de la pista y cayeron pesadamente al suelo, Voight encima de Joel.

El brazo de éste, estirado para impedir que la caída fuera demasiado brusca, quedó aplastado por el peso de los dos cuerpos. Cogido en mala posición, se le rompió el hueso del antebrazo. Joel lo oyó partirse antes de sentir el espasmo; el dolor le arrancó un grito de los labios.

En las gradas, Burgess chillaba como un loco. Toda una exhibición. Las cámaras fotográficas se disparaban, los locutores hacían comentarios.

—¡Levántate! ¡Levántate! —gritaba el hombre.

Pero Joel había agarrado a Voight con su brazo sano y no lo iba a soltar por nada del mundo.

Los dos rodaron por la grava, y cada vuelta aplastaba el brazo de Joel y le provocaba accesos de náusea en las entrañas.

El familiar que hacía el papel de Voight estaba exhausto. Nunca

se había sentido tan cansado: no estaba preparado para la carrera que su amo le había obligado a correr. Tenía poca resistencia; estaba casi a punto de perder el control. Joel podía oler su aliento: era el olor de una cabra.

—Muéstrate —le dijo.

Los ojos de esa cosa habían perdido las pupilas: estaban completamente blancos. Joel amasó un coágulo de flema en el fondo de su boca llena de saliva y se lo escupió al familiar.

Éste perdió los estribos.

Su cara se disolvió. Lo que había parecido carne adoptó una nueva apariencia; era como una trampa devoradora, sin ojos, nariz, orejas ni pelo.

En torno a ellos la multitud se echó atrás. La gente chillaba y se desmayaba. Joel no vio nada de eso, pero oyó con satisfacción los gritos. Esta transformación no se realizaba sólo para él: era de conocimiento público. Todos estaban contemplando la verdad, la asquerosa y despiadada verdad.

Tenía la boca inmensa, llena de dientes en fila como la mandíbula de algún pez abisal. Era ridículamente grande. Joel sujetaba con su brazo sano la mandíbula inferior de su enemigo, consiguiendo mantenerla a raya a duras penas, mientras pedía socorro.

Nadie dio un paso adelante.

El gentío se mantuvo a una prudente distancia, observando y chillando, pero sin intención de entrometerse. Era una especie de deporte-espectáculo: la lucha contra el demonio. Los presentes no se sentían involucrados.

Joel sintió que se quedaba sin fuerzas, y su brazo dejó de contener la mandíbula. Desesperado, sintió cómo los dientes se le clavaban en la frente y en la barbilla, cómo atravesaban su carne y sus huesos y, por último, sintió cómo le invadía la blanca noche cuando aquella boca le arrancaba la cara de un mordisco.

El familiar se levantó del suelo donde yacía el cadáver, con jirones de la cabeza de Joel colgándole de los dientes. Le había despojado de sus rasgos como si fuera una máscara, dejando tan sólo un revoltijo de sangre y músculo desgarrado. En lo que fue la boca de Joel, la raíz de su lengua se agitaba espasmódicamente y echaba borbotones de sangre, incapaz de lamentarse.

A Burgess no le preocupaba que el mundo lo conociera. La carrera lo era todo: había que ganarla como fuera, costara lo que costara. A fin de cuentas, Joel también había hecho trampas.

—¡Aquí! —le chilló al familiar—. ¡Date prisa!

Éste volvió la cara ensangrentada hacia él.

—Ven aquí —le ordenó Burgess.

Los separaban unos cuantos metros: unas pocas zancadas en dirección a la meta y la carrera estaba ganada.

—¡Corre hacia mí! —gritaba Burgess—. ¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!

El familiar estaba cansado, pero reconoció la voz de su amo. Dio unos pasos largos en dirección a la meta, siguiendo a ciegas las llamadas de Burgess.

Cuatro pasos. Tres…

Y Kinderman lo superó y cruzó la línea de meta. El miope Kinderman ganó la carrera un paso por delante de Voight sin saber qué victoria había alcanzado, sin ver siquiera los horrores que yacían a sus pies.

No hubo aclamaciones ni felicitaciones cuando cruzó la línea de llegada.

Alrededor de las gradas el aire pareció oscurecerse, y el ambiente se llenó de un frío que no correspondía a aquella estación.

Agitando la cabeza como si pidiera perdón, Burgess cayó de rodillas.

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre… Era un truco demasiado viejo. Una reacción demasiado ingenua. La multitud empezó a retirarse. Algunos habían empezado a correr. Los niños, conociendo la naturaleza de la oscuridad por acabar de salir de ella, fueron los menos afectados. Tomaron a sus padres de la mano y los sacaron del lugar como si fueran corderos, diciéndoles que no volvieran la vista atrás, y sus padres recordaron a medias el útero, el primer túnel, la primera salida dolorosa de un paradero hechizado, la primera tentación terrible de volver la vista atrás y morir. Y, mientras lo iban recordando, desaparecían con sus hijos.

Sólo Kinderman parecía indiferente a todo. Se sentó en las gradas y se limpió las gafas, sonriente por su triunfo e impertérrito ante el frío.

Burgess, sabiendo que sus plegarias eran inútiles, puso pies en

polvorosa y desapareció dentro del palacio de Westminster.

El familiar, desamparado, renunció a toda pretensión de apariencia humana y se convirtió en sí mismo. Etéreo, insípido, escupió la carne repelente de Joel. La cara del corredor, mascada a medias, cayó sobre la grava, al lado de su cuerpo. El familiar se adentró en el aire y volvió al Circulo que llamaba su casa.

El aire de los pasillos del poder estaba viciado: no había en él vida ni esperanza de socorro.

Burgess no estaba en forma, y su carrera se convirtió pronto en paseo. Anduvo tranquilamente por los pasillos revestidos de penumbra; la mullida alfombra amortiguaba sus pasos.

No sabía exactamente qué hacer. Estaba claro que le echarían en cara no haber previsto todas las eventualidades, pero confiaba en que podría justificarse. Les daría todo lo que pidieran como castigo por su falta de previsión. Una oreja, un pie; sólo tenía carne y sangre que perder.

Pero debía preparar cuidadosamente su defensa, porque ellos odiaban la lógica defectuosa. Si iba a su encuentro con excusas a medio tramar se jugaba más que la vida.

Detrás hacía un frío espantoso; él sabía cuál era su causa. El infierno le había seguido por esos pasillos silenciosos hasta llegar a las mismas entrañas de la democracia. A pesar de ello sobreviviría, siempre que no se diera la vuelta: mientras tuviera los ojos fijos en el suelo, o en sus manos sin pulgares, no le harían daño. Negociar con los abismos era una de las primeras lecciones que se aprendían.

El aire estaba lleno de escarcha. Burgess veía su aliento, le dolía la cabeza de frío.

—Lo siento —le dijo sinceramente a su perseguidor.

La voz que le contestó era más suave de lo que había esperado.

—No fue culpa tuya.

—No —le contradijo Burgess, tranquilizado por un tono tan conciliador—. Fue un error y estoy contrito. Pasé por alto a Kinderman.

—Eso fue una equivocación. Todos las cometemos —le disculpó el infierno—. Con todo, dentro de cien años lo volveremos a intentar. La democracia todavía es una religión reciente; aún no ha

perdido su brillo superficial. Le concederemos otro siglo y entonces acabaremos con ella.

—Sí.

—Pero tú…

—Ya lo sé.

—No tendrás poder, Gregory.

—No.

—No es el fin del mundo. Mírame.

—De momento no, si no le importa.

Burgess reemprendió la marcha, dando un paso cauteloso detrás de otro. Conservemos la calma, seamos racionales.

—Mírame, por favor —rogó el infierno en un arrullo.

—Más tarde, señor.

—Sólo te pido que me mires. Se apreciaría un poco de respeto por tu parte.

—Lo haré. De verdad que lo haré. Más tarde.

El camino se dividía en dos. Burgess tomó la desviación a la izquierda, creyendo que el simbolismo podría resultar halagador. Era un callejón sin salida.

Se quedó mirando la pared. Tenía el aire frío metido en la médula y lo que quedaba de sus pulgares le estaba desgarrando. Se quitó los guantes y se chupó los muñones detenidamente.

—Mírame. Date la vuelta y mírame —le dijo con voz cortés.

¿Qué iba a hacer ahora? Presumiblemente, darse la vuelta, salir del pasillo y encontrar un camino mejor. Sólo tendría que andar en círculos y más círculos hasta que hubiera defendido lo bastante su causa para que su perseguidor lo dejara en paz.

Mientras estaba de pie considerando qué alternativa escoger sintió una ligera presión en el cuello.

—Mírame —repitió la voz.

Y le apretaron la garganta. Hubo un extraño ruido de trituración en su cabeza, el ruido de un hueso frotándose contra otro. Parecía que le estuvieran introduciendo un cuchillo en la base del cráneo.

—Mírame —dijo por última vez el infierno, y la cabeza de Burgess se dio la vuelta.

Pero su cuerpo no. Éste se quedó tal como estaba, de pie ante la pared lisa del callejón sin salida.

Su cabeza se dio la vuelta como una manivela sobre su eje,

contraviniendo las leyes de la razón y de la anatomía. Burgess se asfixió cuando su cuello giró sobre sí mismo como una cuerda de carne, sus vértebras se redujeron a polvo, sus cartílagos a un montón de fibras desvencijadas. Le sangraron los ojos, le estallaron los oídos, y murió mirando aquella cara apagada y nonata.

—Te dije que me miraras —dijo el infierno, y siguió por su camino lleno de amarguras, dejándolo allí de pie, para que los demócratas encontraran una curiosa paradoja cuando llegaran, en plena cháchara, al palacio de Westminster.

JACQUELINE ESS:
SU VOLUNTAD Y SU TESTAMENTO

«¡Dios mío —pensó ella—, esto no puede ser vivir! Siempre igual: tedio, estrés y frustración.

»Jesucristo —rezó—, sácame de aquí, libérame, crucifícame si es necesario, pero líbrame de mis sufrimientos».

En lugar de recibir su bendición eutanásica, tuvo que coger, un día gris de finales de marzo, una cuchilla de la máquina de Ben. Se encerró en el cuarto de baño y se cortó las muñecas.

Por detrás de los latidos que le resonaban en los oídos, oyó débilmente a Ben que le hablaba al otro lado de la puerta del cuarto de baño.

—¿Estás ahí dentro, querida?

—Vete —creyó decirle.

—He vuelto pronto, cariño. Había poco tráfico.

—Vete, por favor.

El esfuerzo de intentar hablar la hizo resbalar de la taza del retrete y caer sobre las baldosas blancas del suelo, donde ya se enfriaban los charcos que su sangre había formado.

—¿Querida?

—Vete.

—Querida.

—Largo.

—¿Te encuentras bien?

«Se puso a forcejear con la puerta aquella rata. ¿No se daba cuenta de que ni podía ni quería abrirla?»

—Contéstame, Jackie.

Ella gruñó. No pudo contenerse. El dolor no era tan terrible como esperaba, pero tenía la horrible sensación de que la habían golpeado en la cabeza. Con todo, él no podía llegar a tiempo, era demasiado tarde. Ni siquiera echando la puerta abajo.

Echó la puerta abajo.

Levantó la vista hacia él mirándolo a través de un aire tan espeso de muerte que se podría haber cortado con un cuchillo.

—Demasiado tarde —creyó decir.

Pero no lo era.

«Dios mío —pensó—, esto no puede ser el suicidio. No he muerto».

El doctor que Ben había contratado para ella era demasiado benevolente. Lo mejor, le prometió; sólo lo mejor para mi Jackie.

—No tiene nada que no podamos solucionar con un pequeño remedio —la tranquilizó el médico.

«¿Por qué no lo revela de una vez? —pensó—. Le importa un comino. No sabe lo que me ocurre».

—Trato con muchos problemas femeninos de éstos —le confesó, destilando una compasión estudiada por todos los poros—. Adquiere proporciones de epidemia a partir de cierta edad.

Ella apenas tenía treinta años. ¿Qué le estaba contando? ¿Que era una menopáusica prematura?

—Depresión, abstinencia total o parcial, neurosis de todo tipo y calibre. No es la única, créame.

«Oh, sí lo soy. Estoy aquí en mi cabeza, sola, y tú no puedes saber lo que ocurre en ella».

—La curaremos en un dos por tres.

«¿Soy como un cordero, no es eso? ¿Se cree que soy un cordero?» Musitando, él echó una ojeada a sus títulos enmarcados, a sus uñas arregladas y a los bolígrafos y el cuaderno de notas que tenía sobre la mesa del despacho. Pero no miró a Jacqueline. Miró a todas partes salvo a Jacqueline.

—Sé —decía ahora— por lo que ha pasado, y ha sido traumático. Las mujeres tienen ciertas necesidades. Si no son satisfechas…

¿Qué iba a saber de las necesidades femeninas?

«No eres una mujer», creyó pensar.

—¿Qué?

¿Había hablado? Sacudió la cabeza en señal de que no. Él prosiguió, encontrando otra vez el hilo:

—No la voy a someter a interminables sesiones de terapia. No es eso lo que quiere, ¿verdad? Quiere un poco de tranquilidad, y algo que la ayude a dormir de noche.

La estaba empezando a irritar lo indecible. Su actitud

condescendiente era tan profunda que no tenía fondo. Jugaba a ser el padre que todo lo sabe y todo lo ve. Como si poseyera alguna maravillosa capacidad de intuir la naturaleza de un alma femenina.

—Claro que he probado los cursos de terapia con los pacientes, hace años. Pero entre usted y yo…

Le dio una leve palmada en la mano. La palma del padre sobre el dorso de su mano. Se suponía que debía sentirse adulada, tranquilizada, a lo mejor incluso seducida.

—… entre usted y yo, es pura verborrea. Una verborrea tediosa. Francamente, ¿para qué sirve? Todos tenemos problemas y no se pueden superar hablando, ¿verdad?

«No eres una mujer. No tienes el aspecto de una mujer, no sientes como una mujer…»

—¿Ha dicho algo?

Negó con la cabeza.

—Creí que sí. Por favor, no tenga reparos en mostrarse sincera conmigo.

Ella no contestó, y el doctor pareció cansarse de hacer ver que entre ellos había algo de intimidad. Se levantó y fue hacia la ventana.

—Pienso en qué es mejor para usted…

Se quedó de pie contra la luz, dejando la habitación a oscuras, impidiendo que se vieran los cerezos del jardín, detrás de la ventana. Observó sus anchos hombros y sus caderas estrechas. Era todo un hombre, como habría dicho Ben. No era de los que aguantan a los niños. Un cuerpo como aquél estaba hecho para recomponer el mundo. Y si no podía con el mundo, tendría que conformarse con los cerebros.

—Pienso en qué es mejor para usted…

¿Qué sabía él, con esos labios y esos hombros? Era demasiado hombre para comprender algo de ella.

—Creo que lo mejor para usted sería un tratamiento a base de sedantes…

Ahora posó ella los ojos sobre la cintura del doctor.

—… y unas vacaciones.

Su espíritu se concentró en el cuerpo que había detrás del barniz de los vestidos. En el músculo, el hueso y la sangre que había debajo de la piel elástica. Se lo imaginó desde todos los ángulos,

midiéndolo, calculando su capacidad de resistencia y, finalmente, enfocándolo de frente. Pensó:

«Sé una mujer».

Nada más ocurrírsele esa extravagante idea, empezó a convertirse en realidad. Lamentablemente, no fue una transformación de cuento de hadas; la carne del hombre se resistía a ese tipo de magia. Ella deseó que su pecho masculino diera lugar a dos mamas, y empezó a hincharse de una manera encantadora, hasta que la piel cedió y se le desprendió el esternón. Su pelvis, estirada y a punto de estallar, se rasgó por el centro; desequilibrado, se derrumbó sobre su despacho y la contempló con la cara amarilla por la conmoción. Se chupaba los labios sin parar, a fin de encontrar algo de humedad que le permitiera hablar. Tenía la boca seca y las palabras se le morían antes de nacer. Todo el ruido procedía ahora de entre sus piernas: el chorreo de la sangre y el golpe sordo del intestino al caer sobre la alfombra.

Chilló ante la absurda monstruosidad que había ideado y se retiró a la esquina opuesta de la habitación, donde vomitó en la maceta del gomero.

«¡Dios mío! —pensó—. Esto no puede ser un asesinato. Ni siquiera lo he tocado».

Jacqueline guardó secreto acerca de lo que había hecho aquella tarde. No tenía ningún sentido provocarle insomnios a nadie obligándole a pensar en un talento tan peculiar.

La policía fue muy amable. Buscó muchas explicaciones para justificar la súbita muerte del doctor Blandish, aunque ninguna de ellas daba cuenta de que su pecho se hubiera levantado de una manera tan extraordinaria, convirtiendo sus pectorales en dos hermosas (aunque peludas) cúpulas.

Se dio por hecho que algún psicópata desconocido había irrumpido en la habitación en un acceso de locura, cometió el desaguisado con manos, martillos y sierras y salió, encerrando a la inocente Jacqueline Ess en un mutismo aterrado del que ningún interrogatorio logró arrancarla.

Una o varias personas desconocidas habían despachado según toda evidencia al doctor a un lugar en el que ni los sedantes ni las

terapias podrían servirle de ayuda.

Jacqueline olvidó el episodio casi por completo durante algún tiempo. Pero con el paso de los meses, se apoderó gradualmente de ella, como si fuera el recuerdo de un adulterio mantenido en secreto. La idea del placer prohibido la excitaba. Se olvidó de las náuseas que sintió y recordó el poder. Olvidó lo sórdida que fue su actuación y recordó la fuerza. Olvidó la sensación de culpabilidad que se apoderó luego de ella y deseó volver a hacerlo con toda su alma.

Sólo que mejor.

—Jacqueline.

«¿Es mi marido —pensó— quien me llama por mi nombre completo?» Normalmente era Jackie, Jack o nada en absoluto.

—Jacqueline.

La miraba con sus grandes ojos azules de niño, como el colegial del que se había enamorado a primera vista. Pero ahora tenía la boca más dura, y sus besos sabían a pan rancio.

—Jacqueline.

—Sí.

—Hay algo de lo que quiero hablarte.

«¿Una conversación?», pensó. Debía de ser un día de fiesta nacional.

—Ponme a prueba —sugirió.

Sabía que podía obligarle a hablar con su pensamiento si le apetecía. Hacerle decir lo que ella quería oír. Palabras de amor, tal vez, si es que aún podía recordar cómo sonaban. Pero ¿qué sentido tendría eso? Era mejor la verdad.

—Querida, me he apartado un poco del buen camino…

—¿Qué quieres decir? —inquirió.

«¿De verdad, de verdad, bastardo?», pensó.

—Fue cuando no estabas en tus cabales. ¿Sabes? Cuando las cosas habían dejado de funcionar más o menos entre los dos. Habitaciones separadas… Tú quisiste habitaciones separadas… y me volví loco de frustración. No quería molestarte, así que no dije

nada. Pero no tiene sentido que intente vivir dos vidas.

—Puedes tener una aventura si lo deseas, Ben.

—No es una aventura, Jackie. La amo…

Estaba preparando uno de sus discursos, podía ver cómo se gestaba detrás de sus dientes. Las justificaciones que se convertían en acusaciones, las excusas que degeneraban en ataques a su forma de ser. En cuanto cogiera carrerilla no podría detenerlo. No lo quería oír.

—… No se parece en nada a ti, Jackie. Es frívola a su manera. Supongo que te parecería superficial.

«Tal vez sea mejor interrumpirlo ahora, antes de que se haga un lío, como de costumbre».

—No es caprichosa como tú. Es sólo una mujer normal, ¿sabes? No quiero decir que tú no seas normal: no puedes evitar tener depresiones. Pero ella no es tan sensible…

—No hace falta, Ben…

—¡No, narices! Quiero sacármelo del pecho.

«Y echármelo encima», pensó ella.

—Nunca me has dejado que me explique —decía—, siempre me echas una de tus malditas miradas, como si quisieras que yo…

«Me muriera».

—… me callara.

Callarse.

—¡No te importa cómo me siento! —Ahora gritaba—. Siempre encerrada en tu pequeño mundo.

«Cállate», pensó.

Tenía la boca abierta. Ella pareció desear que se cerrara, y al tener esa idea sus mandíbulas se cerraron en seco, cortándole la punta de la lengua rosa. Se le cayó de los labios y se alojó en una arruga de su camisa.

«Cállate», volvió a pensar.

Las dos legiones perfectas de dientes se enterraron una dentro de otra, rasgándose y abriéndose en canal; los nervios, el calcio y la saliva dejaron caer una espuma rosada sobre su barbilla a medida que la boca se le resbalaba hacia delante.

«Cállate», seguía pensando, mientras sus ojos azules y asustados de bebé volvían a entrar en su cráneo y la nariz se deslizaba en dirección al cerebro.

Ya no era Ben; era un hombre con la cabeza de un lagarto rojo, que se aplastaba, se encerraba en sí misma y, gracias a Dios, ya nunca más podría pronunciar discursos.

Ahora que le había cogido el tranquillo, empezó a demorarse en los cambios que deseaba provocar en su marido.

Lo tiró al suelo de un papirotazo y empezó a comprimir sus piernas y brazos, encastrando la carne y el resistente hueso en un espacio cada vez más reducido. Los vestidos se le doblaron hacia adentro, y el tejido de su estómago fue arrancado de sus entrañas bien empaquetadas y estirado alrededor de su cuerpo para envolverlo. Los dedos le sobresalían de las aristas de los hombros, y los pies, que aún pataleaban furiosos, se le hundieron en el intestino. Le dio una última vuelta para aplastar su espina dorsal y convertirla en una columna de porquería de treinta centímetros de altura, y dio por finalizada la sesión.

Cuando salió de su éxtasis vio a Ben sentado en el suelo, encerrado en un espacio del tamaño aproximado de una de sus bonitas maletas de cuero, mientras la sangre, la bilis y el líquido linfático manaban débilmente de su cuerpo mudo.

«¡Dios mío —pensó—, ése no puede ser mi marido! Nunca ha sido así de pequeño».

Esta vez no esperó que la ayudasen. Comprendió la gravedad de lo que había hecho (supuso, incluso, cómo lo había hecho) y asumió el crimen porque era de justicia que actuara así. Hizo las maletas y se fue de casa.

«Estoy viva —pensó—. Por primera vez en toda mi miserable vida me siento viva».

Testimonio de Vassi (primera parte)

Dedico esta historia a quienes sueñan con mujeres dulces y fuertes. Es una promesa tanto como una confesión, así como las últimas palabras de un hombre perdido que sólo quería amar y ser amado. Aquí estoy sentado, temblando, esperando que caiga la noche, aguardando a que el chulo quejica de Koos llame otra vez a mi puerta y se lleve todo lo que tengo a cambio de la llave de su habitación.

No soy un hombre valiente y nunca lo he sido, de forma que me asusta lo que me pueda ocurrir esta noche. Pero no puedo pasarme la vida soñando a todas horas, viviendo en la oscuridad y entreviendo el sol de vez en cuando. Tarde o temprano, uno tiene que disponerse a la lucha (bonita expresión), levantarse y participar en ella. Aunque eso signifique dar la vida a cambio.

Probablemente no estoy diciendo más que tonterías. Quiénes se tropezaron con este testimonio estarán pensando, se estarán preguntando quién fue ese imbécil.

Mi nombre es Oliver Vassi. Tengo treinta y ocho años. Fui abogado hasta hace un año o más; hasta que emprendí la búsqueda que finaliza esta noche con un chulo, una llave y la reina de las reinas.

Pero la historia empieza hace más de un año. Hace muchos que Jacqueline vino a verme por primera vez.

Llegó como llovida del cielo a mi despacho, diciendo ser la viuda de un amigo mío de la Facultad de Derecho, Benjamin Ess, y cuando hice memoria recordé su cara. Un amigo común que asistió a la boda me mostró una fotografía de Ben y de su deslumbrante novia. Y allí la tenía, con una belleza tan inaprehensible como prometía la foto.

Recuerdo que me sentí muy azarado durante ese primer encuentro. Llegó en un momento delicado, y yo estaba hasta el cuello de trabajo. Pero me cautivó tanto que fui olvidándome de todas las citas del día, y cuando entró mi secretaria me dirigió una de sus miradas de acero, como si quisiera echarme un cubo de agua fría encima. Supongo que me enamoré desde el principio, y ella se dio cuenta de la atmósfera eléctrica que reinaba en mi despacho. Yo hice ver que trataba con cortesía a la viuda de un antiguo amigo. Me negaba a pensar en pasiones: no formaba parte de mi naturaleza, o eso creía. ¡Qué poco sabemos —quiero decir, sabemos *realmente*— de nuestras aptitudes!

La primera vez que nos vimos, Jacqueline me contó bastantes mentiras. Que Ben había muerto de cáncer, que cuánto le había hablado de mí y con cuánto cariño. Supongo que me podría haber dicho directamente la verdad, y yo no la habría tenido en cuenta. Creo que estuve completamente sometido a ella desde el principio.

Pero es difícil recordar exactamente cómo o cuándo el interés

por otro ser humano se convierte en algo más comprometido, más apasionado. Puede que me invente la impresión que me causó en este primer encuentro, que recree la historia simplemente para justificar mis excesos posteriores. No estoy seguro. De cualquier forma, ocurriera cuando y donde ocurriera, despacio o de prisa, sucumbí ante sus encantos y me embarqué en esta aventura.

No soy un hombre particularmente inquisitivo en lo que concierne a mis amigos o compañeras de cama. Como abogado me paso la vida examinando la porquería de las vidas ajenas y, francamente, ocho horas al día de un trabajo parecido me resultan más que suficientes. Cuando salgo del despacho me gusta dejar en paz al prójimo. No curioseo ni profundizo en él; sólo le considero desde el punto de vista de su aspecto exterior.

Jacqueline no fue una excepción a esta regla. Era una mujer que me alegraba tener en mi vida, fuera cual fuera su pasado. Tenía una sangre fría maravillosa, era inteligente, obscena y fina. Nunca había conocido a una mujer más encantadora. No era asunto mío cómo había vivido con Ben, cómo había ido el matrimonio, etc… Ésa era su historia. A mí me bastaba con vivir en el presente y dejar que el pasado muriera por sí solo. Creo que llegué a jactarme de que por mucho que hubiera sufrido podría ayudarla a que lo olvidara.

Cierto que sus historias eran incoherentes. Como abogado estaba entrenado para tener vista de águila en lo referente a las invenciones, y por mucho que intentara no conceder crédito a lo que me decía la intuición, notaba que no era franca conmigo. Pero sabía que todo el mundo tiene sus secretos. «Permitamos que ella también tenga los suyos», pensé.

Sólo una vez le discutí un detalle sobre la pretendida historia de su vida. Al hablar de la muerte de Ben, se le escapó decir que había recibido lo que merecía. Le pregunté qué significaba eso. Ella se sonrió con aquella sonrisa suya de Gioconda y me dijo que pensaba que había que restablecer el equilibrio entre hombres y mujeres. Hice caso omiso de la observación. A fin de cuentas, por entonces ya me tenía obsesionado al margen de toda esperanza de salvación; me hacía feliz poder asentir ante cualquier argumento suyo.

Era tan hermosa… No en toda la extensión de la palabra: no era joven, ni inocente, ni tenía esa simetría prístina que goza del favor de los publicitarios y los fotógrafos. Su cara era la de una mujer de

cuarenta y pocos años: estaba acostumbrada a reír y a llorar, y la costumbre deja huellas. Pero tenía la capacidad de transformarse de la manera más sutil, haciendo que su cara fuera tan mudable como el cielo. Al principio creí que se trataba de un truco de maquillaje. Pero cuando empezamos a dormir juntos con más frecuencia y la observé por las mañanas con los ojos soñolientos, y por las noches, caídos de cansancio, pronto me di cuenta de que sobre el esqueleto no tenía más que carne y sangre. Lo que la transformaba era interno: era efecto de su voluntad.

Y ¿saben ustedes? Eso me hizo quererla aún más.

Fue entonces cuando me desperté una noche con ella al lado. A menudo dormíamos en el suelo, que ella prefería a la cama. Las camas, decía, le recordaban el matrimonio. Sea como sea, aquella noche estaba tumbada bajo un edredón sobre la alfombra de mi habitación, y yo, por mera adoración, contemplaba su cara mientras dormía.

Si uno se ha entregado por completo, observar dormir a la persona amada puede convertirse en una experiencia horrible. A lo mejor algunos de ustedes han conocido esa parálisis que se produce al estudiar unos rasgos impenetrables. Se llega entonces a la conclusión de que algo permanece siempre escondido en algún lugar inaccesible de la mente ajena. Como digo, para quienes nos hemos entregado, eso es un horror. En esos momentos uno se da cuenta de que sólo existe en relación con esa cara, esa personalidad. Por lo tanto, cuando esa cara está cerrada y la personalidad queda oculta en su propio mundo inaccesible, uno se siente completamente inútil. Como un planeta sin sol girando en la oscuridad.

Así me sentí aquella noche al observar sus extraordinarios rasgos, y mientras meditaba sobre la pérdida de mi alma, su cara empezó a alterarse. Era evidente que soñaba, pero ¡menudos sueños debía de tener! Toda su constitución estaba movilizada: sus músculos, su pelo, la parte inferior de las mejillas se movían bajo los dictados de algún acontecimiento interno. Los labios se le despegaban del hueso y se convertían, hirviendo, en una torre de piel babosa; tenía el pelo revuelto alrededor de la cabeza como si estuviera tumbada sobre el agua; la sustancia de sus mejillas formaba estrías y ondulaciones semejantes a las escarificaciones

rituales de un guerrero; trozos de tejido inflamados y palpitantes se le hinchaban. El conjunto volvía a cambiar en cuanto se formaba una nueva careta. Aquella fluctuación me aterrorizaba, y debí de hacer algo de ruido. No se despertó, pero se acercó un poco a la superficie del sueño, abandonando las aguas profundas de donde procedían aquellas energías. Las caretas desaparecieron instantáneamente, y su rostro volvió a ser el de una mujer que duerme apaciblemente.

Ésa fue, como se comprenderá, una experiencia decisiva, aunque me pasé los días siguientes tratando de convencerme de que no la había visto.

El esfuerzo fue inútil. Sabía que había algo raro en ella, y por entonces estaba convencido de que ella no sabía nada. Estaba seguro de que había algo anormal en ella, y que haría mejor en investigar su pasado antes de decirle lo que había visto.

Después de reflexionar, parece ridículamente ingenuo pensar que ignoraba poseer un poder semejante. Pero me resultaba más fácil imaginármela como una víctima de ese maleficio que como su maestra. Así hablan los hombres de las mujeres; no se trata tan sólo de Oliver Vassi hablando acerca de Jacqueline Ess. Nosotros, los hombres, no podemos concebir que el poder se encuentre a gusto en el cuerpo de la mujer, a no ser que se trate de un niño. Ella no tiene poder real. El poder debe estar en manos masculinas, como un don divino. Eso es lo que nos dicen nuestros padres, los muy idiotas.

En resumidas cuentas, investigué el pasado de Jacqueline tan subrepticiamente como pude. Tenía un contacto en Nueva York, donde vivió la pareja, y no me resultó difícil poner en marcha algunas averiguaciones. A mi contacto le costó una semana volver, porque tuvo que desenmarañar una cantidad considerable de explicaciones policiales para conseguir intuir algo de la verdad, pero trajo noticias, y eran malas.

Ben estaba muerto; en eso no había mentido. Pero no podía haber muerto de cáncer. Mi contacto sólo consiguió unas pistas muy vagas acerca del estado del cadáver de Ben, pero le permitieron llegar a la conclusión de que lo habían mutilado espectacularmente. ¿El principal sospechoso? Mi amada Jacqueline Ess. La misma mujer inocente que ocupaba mi apartamento y dormía todas las noches a mi lado.

Así que le dije que me estaba ocultando algo. No sé qué esperaba que me contestara. Lo que obtuve fue una demostración de su poder. La dio de buena gana, sin maldad, pero habría sido un estúpido si no hubiera comprendido que aquello era un aviso. Primero me contó cómo había descubierto su capacidad única de controlar por completo a los seres humanos. Cuando estaba a punto de suicidarse, desesperada, encontró en los recovecos más escondidos de su ser facultades cuya existencia jamás había sospechado. Poderes que iban emergiendo de esas zonas remotas a medida que se recuperaba, como los peces se asoman a la luz.

Luego me hizo una pequeña exhibición de esos poderes, arrancándome uno a uno los pelos de la cabeza. Sólo doce; fue suficiente como demostración de sus formidables habilidades. Noté cómo se iban. Ella se limitaba a decir: uno de detrás de la oreja, y yo sentía un hormigueo y un tirón en la piel cuando los dedos de su voluntad me quitaban un pelo. Luego otro y otro. Fue una demostración increíble: había convertido ese poder en un arte sutil; localizaba y eliminaba uno a uno los pelos de mi cráneo con la precisión de unas pinzas.

En realidad me tenía sentado, rígido de miedo, y yo sabía que se limitaba a jugar conmigo. Tarde o temprano estaba seguro de que llegaría el momento de hacerme callar para siempre.

Pero tenía dudas. Me confesó que, aunque los hubiera perfeccionado, sus poderes la asustaban. Dijo que necesitaba que alguien le enseñara a sacarles el máximo partido. Y yo no era ese alguien. Sólo era un hombre que la amaba, que la había amado antes de su revelación y la seguiría amando a pesar de todo.

De hecho, después de esa demostración, me forjé rápidamente un nuevo concepto de Jacqueline. En lugar de temerla, me sentí aún más vinculado a aquella mujer que toleraba que yo poseyera su cuerpo.

El trabajo empezó a irritarme: era una distracción que me impedía pensar en mi amada. Toda la reputación de que pude gozar alguna vez empezó a empañarse. Perdí clientes y respetabilidad. En el transcurso de dos o tres meses, mi vida profesional quedó reducida a casi nada. Mis amigos se cansaron de mí y los colegas me esquivaban.

No es que me estuviera chupando la sangre. Quiero dejar eso

absolutamente claro. No era una lamia ni un súcubo. Lo que me ocurrió, mi caída en desgracia dentro de la vida ordinaria, si quieren, fue cosa mía. Ella no me embrujó; ésa es una mentira romántica para justificar la caída. Era un océano y yo tuve que nadar en su interior. ¿Tiene eso algún sentido? Me había pasado la vida en la orilla, en el mundo sólido de la ley, y estaba cansado de él. Ella era líquida, como un mar sin fronteras contenido en un solo cuerpo, un diluvio en una habitación pequeña, y yo me ahogaré contento en él, si me concede la oportunidad. Pero fue decisión mía. Quede claro. Siempre lo ha sido. He decidido ir a su habitación esta noche, y estar por última vez con ella. Lo he decidido libremente.

¿Y qué hombre no lo haría? Ella era (es) sublime.

El mes que siguió a esa demostración de poder viví en un éxtasis permanente en su presencia. Mientras estuve con ella me enseñó maneras de amar inaccesibles para cualquier otra criatura sobre la tierra. Digo inaccesible, pero es que con ella nada era inaccesible. Y cuando no estaba a mi lado se prolongaba el hechizo: parecía haber transformado mi mundo.

Y entonces me dejó.

Yo sabía por qué: buscaba a alguien que le enseñara a usar su fuerza. Pero comprender sus razones no alivió mi desmoronamiento.

Me vine abajo: perdí mi trabajo, mi identidad, los pocos amigos que me quedaban en el mundo. Apenas si me di cuenta. Fueron pérdidas menores comparadas con la de Jacqueline…

—Jacqueline.

«¡Dios mío! —pensó—. ¿Es éste de verdad el hombre más influyente del país?» Parecía tan poco atractivo y tan poco espectacular… Ni siquiera tenía fuerte la barbilla.

Pero Titus Pettifer era el poder.

Dirigía tantos monopolios que no podía ni contarlos. Sus comentarios en el mundo financiero podían destrozar compañías como si fueran de papel, acabar con las ambiciones de cientos y con las carreras de miles de personas. A su sombra se amasaban fortunas de la noche a la mañana, empresas enteras se desmoronaban cuando les soplaba encima, víctimas de su capricho.

Si algún hombre conocía el poder, era él. Tenía cosas que enseñar.

—No le importará que le llame J., ¿verdad?

—No.

—¿Ha esperado mucho?

—Lo suficiente.

—Normalmente no hago esperar a las mujeres hermosas.

—Sí que lo hace.

Ella ya lo conocía: dos minutos en su presencia le habían bastado para tomarle la medida. Se metería con más rapidez en su terreno si se mostraba insolente.

—¿Siempre llama por sus iniciales a las mujeres a quienes acaba de conocer?

—Es útil para archivarlas. ¿Le importa?

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que me dé a cambio de ese privilegio.

—Así que es un privilegio conocer su nombre.

—Sí.

—Bueno… Me siento honrado. A no ser, naturalmente, que le conceda ese privilegio a cualquiera.

Negó con la cabeza, No; comprendió que no era pródiga en afectos.

—¿Por qué ha esperado tanto tiempo para verme? ¿Por qué he tenido que recibir informes de sus asedios a mis secretarias con exigencias continuas de verme? ¿Quiere dinero? Porque si es así se irá con las manos vacías. Me hice rico gracias a la mezquindad, y cuanto más rico me hago, más mezquino me vuelvo.

La observación era correcta: la hizo con absoluta sencillez.

—No quiero dinero —dijo ella con la misma sencillez.

—Eso es reconfortante.

—Los hay más ricos que usted.

Levantó las cejas, sorprendido. Aquella belleza sabía morder.

—Cierto.

Había por lo menos media docena de hombres más ricos que él en el hemisferio.

—No soy una pequeña admiradora insignificante. No he venido aquí a hacerme con un nombre. He venido porque tenemos intereses comunes; mucho que ofrecernos el uno al otro. —¿Como

qué?

—Yo tengo mi cuerpo.

Él sonrió. Era la oferta más directa que le habían hecho desde hacia años.

—¿Y qué le doy yo en recompensa por tanta generosidad?

—Quiero aprender…

—¿Aprender?

—… a utilizar el poder.

Aquella mujer cada vez le resultaba más extraña.

—¿Qué quiere decir? —preguntó para hacer tiempo.

No le había tomado la medida; le molestaba, lo desconcertaba.

—¿Tendré que decírselo otra vez, pero a la manera burguesa? —preguntó a su vez, afectando insolencia, con una sonrisa que le empezó a parecer atractiva.

—No hace falta. Quiere aprender a usar el poder. Supongo que le podría enseñar…

—Sé que puede.

—Hágase cargo; soy un hombre casado. Virginia y yo llevamos dieciocho años juntos.

—Tiene tres hijos, cuatro casas, una doncella llamada Mirabelle. Odia Nueva York y le encanta Bangkok; usa el dieciséis y medio de cuello de camisa; su color favorito, el verde.

—Turquesa.

—Conforme envejece se vuelve usted más ingenioso.

—No soy viejo.

—Dieciocho años de casado envejecen prematuramente a cualquiera.

—No a mí.

—Demuéstrelo.

—¿Cómo?

—Tómeme.

—¿Qué?

—Tómeme.

—¿Aquí?

—Baje las persianas, cierre la puerta, desenchufe el terminal del ordenador y tómeme. Le desafío.

—¿Desafiar?

¿Cuánto tiempo hacia que alguien lo *desafiaba* a algo?

—¿Desafiar?

Estaba excitado. No se había excitado tanto desde hacia doce años. Bajó las persianas, cerró la puerta y apagó la gráfica de sus fortunas en la pantalla.

«¡Dios mío —pensó ella—, ya lo tengo!»

No fue una pasión tan espontánea como la que sintió por Vassi. Por una razón: Pettifer era un amante torpe e inexperto. Por otra: tenía demasiado miedo a su esposa como para ser un adúltero consumado. Creía ver a Virginia en todas partes: en los vestíbulos de los hoteles en que alquilaban una habitación para pasar la tarde, en los taxis que se acercaban a sus lugares de cita, una vez incluso (juró que el parecido era absoluto) vestida de camarera y limpiando la mesa de un restaurante. No eran más que imaginaciones, pero empañaban la espontaneidad del romance.

A pesar de todo, ella estaba aprendiendo de él. Era tan brillante en las finanzas como inepto en el amor. Aprendió a ser poderosa sin utilizar el poder, a no dejarse afectar por la estupidez que las personas con carisma provocan entre los seres ordinarios, a tomar las decisiones sencillas de una forma sencilla, a no tener piedad. Aunque a este último respecto no necesitaba aprender mucho. Tal vez fuera más exacto decir que la enseñó a no echar nunca de menos su instintiva falta de compasión, a juzgar fríamente quién merecía la extinción y quién podía contarse entre los justos.

Ella no se mostró ante él ni una sola vez, aunque utilizó sus habilidades con absoluta discreción para engendrar el placer en su avejentado sistema nervioso.

La cuarta semana de su aventura estaban tumbados uno al lado del otro en una habitación lila, mientras el tráfico de media tarde rugía a sus pies. Había sido una mala relación sexual; él estaba nervioso y no consiguió sacarle de su ensimismamiento con ningún truco. Fue muy rápida y casi sin pasión.

Le iba a decir algo. Ella lo sabía: la revelación estaba aguardando detrás de su garganta. Dándose la vuelta hacia él, le dio masajes en las sienes con su mente, tranquilizándolo para que hablara.

Estaba a punto de arruinar el día.

Estaba a punto de arruinar su carrera.

Estaba a punto —«¡Dios, socórreme!»— de arruinar su vida.

—Tengo que dejar de verte.

No se atrevería, pensó ella.

—No estoy seguro de lo que sé acerca de ti o, más bien, de lo que creo saber acerca de ti, pero me hace… ser precavido contigo, J. ¿Lo comprendes?

—No.

—Me temo que sospecho… que has cometido crímenes.

—¿Crímenes?

—Tienes pasado.

—¿Quién ha estado hurgando en él? —inquirió—. ¿Seguro que no fue Virginia?

—No; Virginia, no. No es nada curiosa.

—Entonces, ¿quién?

—No es asunto tuyo.

—¿Quién?

Ejerció una ligera presión sobre las sienes de Titus. Éste gimió de dolor.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella.

—Me duele la cabeza.

—Estrés, no es más que estrés. Puedo quitártelo, Titus.

Le tocó la frente con los dedos, suavizando al mismo tiempo la presión que ejercía sobre él. Suspiró al aliviarse.

—¿Estás mejor?

—Sí.

—¿Quién ha estado fisgoneando, Titus?

—Tengo un secretario personal, Lyndon. Ya te he hablado de él. Conoció nuestras relaciones desde el principio. Claro, alquila los hoteles y prepara las historias que sirven de tapadera.

Había algo infantil en su discurso que resultaba conmovedor. Como si estuviera avergonzado de dejarla con el corazón destrozado.

—Lyndon es todo un milagrero. Ha inventado un montón de historias para hacer que las cosas entre nosotros fueran más sencillas. Así que no tiene nada en contra tuya. Sólo que vio por casualidad una de las fotografías que te hice. Se las había dado para que las tirara.

—¿Por qué?

—No debí hacerlas; fue un error. Virginia podría haber… —Se paró y volvió a empezar—. Sea como sea, te reconoció aunque no podía recordar cuándo te había visto antes.

—Pero acabó por acordarse.

—Solía trabajar como gacetillero para uno de mis periódicos. Así es como llegó a convertirse en mi ayudante personal. Te recordó por tu encarnación anterior, por decirlo de alguna forma. Jacqueline Ess, mujer de Benjamin Ess, muerta.

—Muerta.

—Me trajo otras fotos, no tan bonitas como las tuyas.

—Fotografías ¿de qué?

—De tu casa. Y del cuerpo de tu marido. Dijeron que era un cuerpo, aunque no le quedaba nada de humano.

—Desde el principio hubo poco de ser humano en él —dijo con sencillez, pensando en los fríos ojos de Ben y en sus manos aún más frías.

Sólo merecía que lo encerraran y lo olvidaran.

—¿Qué le ocurrió?

—¿A Ben? Fue asesinado.

—¿Cómo?

¿Le había temblado un poco la voz?

—De una manera muy sencilla.

Se había levantado de la cama y estaba de pie junto a la ventana. Una intensa luz de verano penetraba por las rendijas de la persiana y los contornos de su cara quedaban dibujados por franjas de luz y sombra.

—Tú lo hiciste.

—Sí. —Le había enseñado a ser franca—. Sí, fui yo.

También le había enseñado a ser parca en amenazas.

—Déjame y volveré a hacerlo.

Él negó con la cabeza.

—Nunca. No te atreverás.

Estaba de pie ante ella.

—Tenemos que comprendernos, J. Soy poderoso y puro. ¿Comprendes? Mi rostro público no puede verse afectado por el escándalo. Me podría permitir una querida, o una docena, aunque se dieran a conocer. Pero, ¿una asesina? No, eso me arruinaría la

vida.

—¿Te está chantajeando ese Lyndon?

Contempló el día a través de las persianas con una mirada angustiada en el rostro. Tuvo una contracción en los nervios de la mejilla, bajo el ojo izquierdo.

—Sí, ya que lo quieres saber —reconoció con una voz apagada —. El bastardo me tiene bien cogido.

—Comprendo.

—Y si él puede sospechar, también pueden hacerlo los demás. ¿Comprendes?

—Yo soy fuerte; tú eres fuerte. Podemos hacerles dar vueltas sobre la punta de los meñiques.

—No.

—Sí. Tengo poderes, Titus.

—No lo quiero saber.

—Lo sabrás —repuso ella.

Lo miró, cogiéndolo por las manos sin tocarlo. Él observaba con los ojos como platos cómo sus manos se alzaban sin quererlo para tocarle la cara, acariciarle el pelo con el más cariñoso de los gestos. Hizo que sus dedos temblones le recorrieran los pechos con más ardor del que podía reunir por iniciativa propia.

—Siempre eres demasiado indeciso, Titus —dijo, mientras le obligaba a manosearla hasta casi hacerle daño—. Así es como me gusta.

Ahora las manos de Titus se encontraban más abajo, haciendo que una expresión distinta aflorara a la cara de Jacqueline. Estaba invadida de mareas, se sentía completamente viva…

—Más adentro…

Introdujo el dedo, la acarició con el pulgar.

—Me gusta esto, Titus. ¿Por qué no me lo puedes hacer sin que te lo tenga que pedir?

Él se sonrojó. No le gustaba hablar de lo que hacían juntos. Ella le obligó a que entrara más profundamente, susurrando.

—No me voy a romper, ¿sabes? Virginia puede ser de porcelana de Dresde, pero yo no. Quiero sentimiento, quiero algo que me permita recordarte cuando no esté contigo. Nada es eterno, ¿no es cierto? Pero quiero algo que me dé calor durante la noche.

Se estaba cayendo de rodillas con las manos puestas, por

decisión de Jacqueline, sobre su cuerpo y dentro de él, recorriéndola como dos cangrejos lujuriosos. Tenía el cuerpo empapado de sudor. Ella pensó que era la primera vez que lo veía sudar.

—No me mates —gimoteó.

—Podría hacerte desaparecer.

«Borrar», pensó, pero se quitó la imagen de la mente antes de hacerle daño.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo él—. Me puedes matar fácilmente.

Estaba llorando. «¡Dios mío —pensó ella—, el hombre eminente está a mis pies, lloriqueando como un bebé! ¿Qué puedo aprender sobre el poder en una representación tan pueril como ésta?» Le arrancó las lágrimas de las mejillas empleando más energía de la necesaria. La piel se le enrojeció bajo la mirada de Jacqueline.

—Déjame tranquilo, J. No te puedo ayudar. No te sirvo de nada.

Era cierto. Era absolutamente inútil. Le liberó las manos despreciativamente. Se le cayeron fláccidamente a ambos costados.

—No intentes encontrarme jamás, Titus. ¿Comprendido? No mandes jamás a tus secuaces en mi busca para salvaguardar tu reputación, porque seré más despiadada de lo que tú hayas sido jamás.

Él no dijo nada; se quedó de rodillas de cara a la ventana, mientras ella se lavaba la cara, bebía el café que habían pedido y se marchaba.

A Lyndon le sorprendió encontrar la puerta de su oficina abierta de par en par. Sólo eran las siete y treinta y seis. Ninguna de las secretarias llegaría antes de una hora. Una de las mujeres de la limpieza se debía haber descuidado y dejó la puerta sin cerrar. Descubriría quién fue y la despediría.

Empujó la puerta abierta.

Jacqueline estaba sentada de espaldas a ella. Reconoció su cabeza por atrás, la cascada de pelo castaño. Se estaba exhibiendo como una mujerzuela; era demasiado obscena, demasiado salvaje. Lyndon tenía su oficina, adyacente a la del señor Pettifer, meticulosamente ordenada. Le echó una ojeada: todo parecía en su sitio.

—¿Qué hace aquí?

Tomó un poco de aliento, preparándose.

Aquélla era la primera vez que lo hacía premeditadamente. Hasta entonces siempre se había tratado de decisiones impremeditadas.

Él se acercó al despacho, dejó su maleta y su ejemplar bien doblado del *Financial Times*.

—No tiene derecho a entrar sin mi permiso.

Ella se dio la vuelta lentamente sobre el eje de la silla, tal como solía hacer él cuando tenía gente a quien castigar.

—Lyndon.

—Nada de lo que diga o haga modificará los hechos, señora Ess —dijo, ahorrándole la dificultad de introducir el tema—. Es usted una asesina a sangre fría. No me quedó más remedio que informar de ello al señor Pettifer.

—¿Lo hizo por el bien de Titus?

—Por supuesto.

—Y el chantaje también es por el bien de Titus, ¿verdad?

—Salga de mi oficina…

—¿Verdad, Lyndon?

—¡Eres una puta! Las putas no saben nada: son ignorantes, animales enfermos —le escupió—. De acuerdo, eres astuta, eso te lo concedo. Pero tanto como cualquier mujerzuela que se busca la vida.

Se levantó. Él esperaba una réplica. No obtuvo ninguna o, por lo menos, no fue verbal. Pero sintió que la cara se le ponía rígida, como si alguien la estuviera presionando.

—¿Qué… estás… haciendo?

Le estaba reduciendo los ojos a rajas como las de un chico que imitara a un monstruoso oriental, le estiraba la boca por las dos esquinas, estrechándola y confiriéndole una sonrisa resplandeciente. Le costaba trabajo pronunciar las palabras…

—Para…

Ella negó con la cabeza.

—Puta… —repitió, desafiándola una vez más.

Ella no hizo más que mirarlo. Su cara empezaba a sacudirse y contraerse bajo la presión, los músculos se agitaban espasmódicamente.

—La policía… —intentó decir—. Si me pones un dedo encima…

—No te lo pondré —dijo ella sin necesidad de mentir.

Sintió la misma presión en el cuerpo, por debajo de sus vestidos, estirándole la piel, aprisionándolo cada vez más. Comprendió que algo iba a ceder. Tendría alguna parte débil que se desgarraría ante aquel ataque despiadado. Y si empezaba a resquebrajarse nada le impedirla a Jacqueline rajarlo. Se le ocurrió todo esto fríamente, mientras el cuerpo se le contraía y le lanzaba maldiciones con su sonrisa forzada.

—¡Zorra! —La insultó—. ¡Zorra sifilítica! No parecía estar asustado, pensó.

In extremis, dio rienda suelta a todo el odio que sentía hacia Jacqueline, de forma que perdió por completo el miedo. Ahora la volvía a llamar puta, aunque tenía la cara tan distorsionada que era casi imposible reconocerlo.

Y entonces empezó a rasgarse.

La raja empezó en el puente de su nariz y fue hacia arriba, cruzándole la frente, y hacia abajo, seccionando los labios, la barbilla y luego el cuello y el pecho. En cuestión de segundos tenía la camisa teñida de rojo, el traje oscuro se había vuelto todavía más oscuro, y chorreaba sangre por los puños y los pantalones. La piel le salió volando de las manos como los guantes de un cirujano, y dos círculos de tejido escarlata le quedaron colgando a ambos lados de la cara como las orejas de un elefante.

Había dejado de insultarla.

Llevaba diez minutos muerto a causa de la conmoción, pero ella seguía trabajando vengativamente con su cuerpo, despellejándolo y repartiendo los pedazos por la habitación. Por último, lo puso de pie, con el traje, la camisa y los brillantes zapatos rojos. Satisfecha por el espectáculo, lo liberó. Lyndon cayó suavemente sobre un charco de sangre y se durmió.

«¡Dios mío —pensó al encarar con tranquilidad las escaleras traseras— esto es un asesinato en primer grado!»

No encontró mención alguna de la muerte de Lyndon en los periódicos ni en los boletines informativos. Por lo visto murió igual que vivió, al margen del conocimiento público.

Pero ella sabía que habrían empezado a girar ruedas tan grandes que los individuos insignificantes como ella no podían ver sus ejes. Apenas si lograba imaginar lo que harían, qué modificaciones iban a introducir en su vida. Y es que el asesinato de Lyndon no había estado motivado sólo por el dolor, aunque éste se hubiera llevado su parte. No; había pretendido movilizar al mismo tiempo a los enemigos que tenía en el mundo, y hacer que la persiguieran, obligarlos a enseñar las garras: que mostraran su desprecio, su terror. Era como si se hubiera pasado la vida buscando un indicio que le permitiera comprenderse; sólo era capaz de determinar su naturaleza en función de la mirada de los ojos ajenos. Pero ahora iba a acabar con aquello. Era hora de enfrentarse a sus perseguidores.

Seguramente todos los que la habían visto —Pettifer el primero y luego Vassi— se lanzarían en su busca, y Jacqueline les cerraría los ojos para siempre: así la olvidarían. Sólo podría liberarse mediante la destrucción de los testigos.

Pettifer no acudió en persona, naturalmente. Le resultaba más sencillo encontrar agentes, hombres sin escrúpulos ni compasión, pero con un olfato para la persecución que haría sonrojarse a un sabueso.

Le estaban tendiendo una trampa, aunque todavía no pudiera verle las fauces. Todo eran presagios. Un vuelo de pájaros detrás de una pared, una luz peculiar en una ventana alejada, ruidos de pasos, silbidos, hombres con trajes oscuros leyendo periódicos a prudente distancia. Con el paso de las semanas no se le fueron acercando, pero tampoco se marcharon. Aguardaban como gatos subidos a un árbol, con la cola erizada y los ojos perezosos.

Pero la persecución tenía la impronta de Pettifer. Había aprendido lo suficiente de él como para reconocer su circunspección y su astucia. Acabarían yendo a por ella, no cuando ella los esperara, sino cuando ellos quisieran. A lo mejor ni siquiera cuando quisieran ellos, sino él. Y aunque no le vio jamás la cara, era como si tuviera a Titus en persona pisándole los talones.

«¡Dios mío —pensó—, mi vida está en peligro y a mí no me importa!»

Sin un plan que les diera sentido, sus poderes sobre la carne no servían para nada. Ella los había utilizado por razones mezquinas,

para satisfacer un placer nervioso y una cólera absoluta. Pero esas demostraciones no la habían acercado a los demás: al contrario, la habían convertido en un monstruo.

A veces pensaba en Vassi, y se preguntaba por su paradero, por lo que hacía. No era un hombre fuerte, pero guardaba un poco de pasión en el alma. Más que Ben, más que Pettifer, y ciertamente más que Lyndon. Y recordó con cariño que era el único hombre que la llamara Jacqueline. Todos los demás le habían deformado sin gracia el nombre: Jackie, J. o, en los momentos más irritantes de Ben, Ju-ju. Sólo Vassi la había llamado Jacqueline, lisa y llanamente, aceptándola, a su manera formal, en su totalidad. Y cuando pensaba en él y trataba de imaginarse cómo podría volver a su lado, sentía miedo por Vassi.

Testimonio de Vassi (segunda parte)

Claro que la busqué. Sólo cuando has perdido a alguien te das cuenta de lo absurdo de la frase «el mundo es un pañuelo». No lo es. Es un ámbito inmenso, devorador, especialmente si uno está solo.

Cuando era abogado y frecuentaba siempre a las mismas personas, solía ver idénticas caras uno y otro día. Con unos intercambiaba palabras, con otros sonrisas, con otros asentimientos. Pertenecíamos, aunque pudiéramos ser enemigos ante el tribunal, al mismo circulo satisfecho. Comíamos a la misma mesa, bebíamos codo con codo. Hasta compartíamos a las queridas, aunque por entonces no siempre lo supiéramos. En circunstancias semejantes, resulta sencillo pensar que el mundo no te quiere mal. Cierto que uno crece, pero los demás hacen lo mismo. Incluso crees, de puro satisfecho que estás contigo, que el paso de los años te hace un poco más inteligente. La vida es llevadera: hasta los sudores de las tres de la mañana, cuando se inclina la balanza de la justicia, se vuelven menos frecuentes.

Pero creer que el mundo no es malvado equivale a engañarse a uno mismo, como creer en las llamadas certezas, que de hecho no son más que ilusiones compartidas.

Cuando ella se fue, se desmoronaron todas las ilusiones, y todas las mentiras a cuyo amparo había vivido siempre adquirieron una

claridad cegadora.

El mundo no es un pañuelo cuando en él no hay más que una cara cuya contemplación puedas soportar, y esa cara está perdida en alguna parte del torbellino. El mundo no es un pañuelo cuando los pocos recuerdos vitales del objeto de tu cariño corren el peligro de ser pisoteados por los miles de depresiones que te asaltan cada día como niños tirándote de la solapa, exigiendo tu atención exclusiva.

Era un hombre deshecho.

Me encontraba a mí mismo (y nunca mejor dicho) durmiendo en pequeñas habitaciones de hoteles desolados, bebiendo más a menudo de lo que comía y escribiendo su nombre, como el típico obsesivo, una y otra vez. En las paredes, en la almohada, en la palma de mi mano. Me rasgué la piel de la palma con el bolígrafo y la tinta la infectó. Aún tengo la marca, la estoy mirando. «Jacqueline —dice—, Jacqueline».

Y entonces, un día, la vi por casualidad. Suena melodramático, pero en ese momento creí que iba a morir. Llevaba tanto tiempo imaginándomela, torturándome para volver a verla, que cuando lo conseguí me empezaron a flaquear los miembros, y vomité en medio de la calle. No fue un encuentro clásico. El amante, al ver a su amada, se vomita en la camisa. Pero es que nada de lo que ocurrió entre Jacqueline y yo fue jamás normal del todo. O natural.

La seguí, aunque me resultó difícil. Había aglomeraciones y ella andaba de prisa. No sabía si gritar su nombre o no. Decidí que no. De todas formas, ¿qué habría hecho ella al ver a un lunático sin afeitar, acercársele arrastrando los pies y llamándola por su nombre? Probablemente habría echado a correr. O, peor aún, se habría metido en mi pecho, agarrándome el corazón con su voluntad, y habría acabado con mis miserias antes de que pudiera decirle al mundo quién era.

Así que permanecí en silencio y me limité a seguirla resignadamente a lo que, supuse, sería su apartamento. Y allí me quedé, o en las proximidades, los dos días y medio siguientes, sin saber bien qué hacer. Era un dilema ridículo. Después de tanto tiempo de persecución, ahora que la tenía al alcance de la voz, del tacto, no me atrevía a acercarme.

A lo mejor temía la muerte. Pero aquí estoy, en esta apestosa

habitación de Amsterdam, prestando testimonio y esperando que Koos me traiga su llave, y ahora ya no le tengo miedo a la muerte. Probablemente fue la proximidad lo que me impidió acercarme a ella. No quería que me viera destrozado y desolado; quería llegar limpio ante ella, como su amante soñado.

Mientras la esperaba, se presentaron a buscarla.

No sé quiénes eran. Dos hombres, vestidos de manera corriente. No creo que fueran policías; eran demasiado educados. Cultos incluso. Y ella no se resistió. Se fue sonriente, como si se dirigiera a la ópera.

En cuanto pude, volví al edificio un poco mejor vestido, localicé su apartamento con ayuda del portero e irrumpí en él. Había vivido de una manera sencilla. En una esquina del cuarto había colocado una mesa y se había puesto a escribir sus memorias. Me senté a leerlas y acabé por llevarme las hojas. No había pasado de los siete primeros años de su vida. Me pregunté, por vanidad, si me citaría en el libro. Probablemente no.

También me llevé algunos de sus vestidos; sólo los que llevó mientras la conocí. Y nada intimo: no soy un fetichista. No me iba a ir a casa a enterrar la cabeza entre el olor de su ropa interior. Pero quería algo que me la recordara y me permitiera imaginármela. Aunque, después de reflexionar, he llegado a la conclusión de que no sé de otro ser humano mejor preparado para vestir exclusivamente su piel.

Así que la perdí por segunda vez, más por culpa de mi propia cobardía que por las circunstancias.

Pettifer pasó cuatro semanas sin acercarse por la casa en que custodiaban a la señora Ess. Le concedían más o menos todo lo que pedía, salvo la libertad, aunque ella quería una cosa abstracta. No le interesaba escaparse, cosa que le habría resultado fácil. A veces se preguntaba si Titus les habría dicho a los dos hombres y a la mujer que la tenían prisionera en aquella casa de qué era capaz exactamente. Supuso que no. La trataban como si fuera simplemente una mujer en quien se había fijado Titus y a quien deseaba. Le habían proporcionado una señora con quien acostarse, así de sencillo.

Con una habitación propia y todo el papel que quisiera, volvió a empezar sus memorias desde el principio.

El verano estaba avanzado y las noches empezaban a refrescar. A veces se tumbaba en el suelo (les habla pedido que se llevaran la cama) para calentarse y deseaba que su cuerpo ondulara como la superficie de un lago. Su cuerpo, sin sexo, se convirtió de nuevo en un misterio para ella. Se dio cuenta por primera vez de que el amor físico había sido una forma de explorar la región más íntima pero también más ignorada de su ser: la carne. Se había comprendido mejor abrazando a otra persona: sólo había visto claramente su sustancia cuando otros labios, adoradores y gentiles, se posaban sobre ella. Volvió a pensar en Vassi y, al hacerlo, el lago se encrespó como en plena tormenta. Sus pechos se alzaron como montes erizados, su estómago fue recorrido por extraordinarias mareas, su cara parpadeante la atravesaban en todos los sentidos corrientes que le restallaban en los labios y dejaban su huella como las olas sobre la arena. Y se hizo tan líquida como lo era en el recuerdo de Vassi.

Pensó en las pocas ocasiones en que se habla encontrado a gusto, y el amor físico, descargándola de la ambición y la vanidad, siempre había precedido a esos instantes. Era posible que hubiera otros caminos; pero tenía poca experiencia. Su madre siempre decía que las mujeres, por estar más de acuerdo consigo mismas que los hombres, necesitaban evadirse menos de sus conflictos. Pero la experiencia le había demostrado lo contrario. Su vida estaba llena de heridas, pero desprovista de medios para evitarlas.

Dejó de escribir sus memorias cuando llegó a los nueve años. No quiso seguir contando su historia a partir del primer aviso de la inminente pubertad. Quemó los papeles en una hoguera que prendió en su cuarto el día en que llegó Pettifer.

«¡Dios mío —pensó—, esto no puede ser el poder!»

Pettifer parecía enfermo; estaba tan cambiado físicamente como un amigo que se le murió a Jacqueline de cáncer. Hacía un mes parecía sano, y un mes después estaba chupado, como si se hubiera devorado a si mismo. Parecía el cascarón de un hombre; tenía la piel gris y moteada. Sólo brillaban sus ojos, pero como los de un perro loco.

Iba vestido inmaculadamente, como para una boda.

—J.

—Titus.

La miró de arriba abajo.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias.

—¿Te dan todo lo que pides?

—Son unos anfitriones perfectos.

—No te has resistido.

—¿Resistido?

—A estar aquí. Encerrada. Después de lo de Lyndon esperaba otra matanza de inocentes.

—Lyndon no era inocente, Titus. Estas personas sí lo son. No les has dicho nada.

—No lo consideré necesario.

Él era su captor, pero acudía como un emisario al territorio de una potencia más poderosa. Le gustaba su manera de comportarse con ella: estaba acobardado pero contento. Cerró la puerta y echó el pestillo.

—Te amo, J. Y te tengo miedo. De hecho, creo que te amo porque te temo. ¿Es un vicio?

—Yo diría que sí.

—Sí, yo también.

—¿Por qué has tardado tanto en venir?

—Tenía que ordenar mis asuntos. Si no, cuando me fuera, habría sido el caos.

—¿Te vas?

La miró fijamente, con los músculos de la cara tensos por lo que tenía que decir.

—Espero que sí.

—¿Adónde?

Aún no había conseguido averiguar qué le había empujado hasta aquella casa después de ordenar sus asuntos, pedir perdón a su esposa mientras dormía, cerrar todas las vías de escape y olvidar sus contradicciones.

Aún no se le había ocurrido que su propósito era morir.

—Sólo me quedas tú, J. No me queda nada. Y no puedo ir a ninguna parte. ¿Me sigues?

—No.

—No puedo vivir sin ti.

El tópico era imperdonable. ¿No se le podía ocurrir una manera mejor de expresar sus sentimientos? Estuvo a punto de echarse a reír de su trivialidad. Pero él no había acabado.

—… Y ciertamente no puedo vivir *contigo*. —El tono cambió abruptamente—. Porque me das asco, mujer; todo tu ser me repugna.

—¿Y entonces? —preguntó ella suavemente.

—Entonces… —Se volvió tierno de nuevo, y ella empezó a comprender—… mátame.

Era grotesco. La estaba mirando fijamente con los ojos brillantes.

—Es lo que deseo. Créeme, es todo lo que deseo en este mundo. Mátame de la manera que más te guste. Me iré sin resistencia, sin una sola queja.

Recordó el viejo chiste. El masoquista le dice al sádico: «¡Pégame! ¡Por el amor de Dios, pégame!». Y el sádico al masoquista: «No».

—¿Y si me niego? —respondió.

—No puedes negarte. Soy odioso.

—Pues yo no te odio, Titus.

—Deberías. Soy débil. Te soy inútil. No te he enseñado nada.

—Me has enseñado mucho. Ahora puedo controlarme.

—La muerte de Lyndon fue controlada, ¿no?

—Ciertamente.

—Me pareció un poco excesiva.

—Recibió su merecido.

—Dame lo que merezco, pues, también a mí. Te he encerrado. Te rechacé cuando me necesitabas. Castígame por ello.

—He sobrevivido.

—¡J.!

Ni siquiera en ese momento supremo fue capaz de llamarla por su nombre.

—Te lo pido por Dios. Es lo único que quiero de ti. Hazlo por cualquier rencor oculto que me guardes. Por compasión, por desprecio o por amor. Pero hazlo; hazlo, por favor.

—No.

Súbitamente, Titus cruzó la habitación y la abofeteó con rudeza.

—Lyndon dijo que eras una puta. Tenía razón; lo eres. Una rata

de alcantarilla; nada más que eso.

Se apartó, dio la vuelta, se encaró otra vez a ella, la volvió a golpear con más rapidez, con más fuerza, una y otra vez, seis o siete veces, adelante y atrás.

Luego se detuvo jadeando.

—¿Quieres dinero?

Ahora ofertas. Primero golpes y luego ofertas. Estaba lleno de lágrimas, conmocionado, y Jacqueline no podía hacer nada por evitarlo.

—¿Quieres dinero? —repitió.

—¿Tú qué crees?

No captó el sarcasmo y empezó a sembrar billetes a sus pies, docenas y más docenas, como ofrendas alrededor de la estatua de la Virgen.

—Todo lo que quieras, *Jacqueline*.

Sintió algo parecido al dolor de estómago cuando le entraron prisas por matarlo, pero se dominó. Eso significaría echarse en sus brazos, convertirse en el instrumento de su voluntad, quedarse sin poder. La volvían a utilizar: eso era lo único que había conseguido en su vida. La habían criado como si fuera una vaca: para que rindiera algo. Algo de cariño para los maridos, de leche para los bebés, de muerte para los viejos. Y, como una vaca, se esperaba que fuera complaciente con cualquier petición que se le hiciera y en las circunstancias que fuesen. Bueno, pues esta vez no.

Se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué estás haciendo?

Cogió la llave.

—Tu muerte es asunto tuyo, no mío.

Titus corrió hacia ella y la alcanzó antes de que pudiera abrir la puerta, y el golpe que le dio —por su fuerza y su maldad— fue totalmente inesperado.

—¡Puta! —chilló, y una lluvia de golpes sucedieron al primero.

La cosa que en su estómago quería matar creció un poco más.

Titus tenía los pelos liados en el pelo de Jacqueline. La llevó a rastras a la habitación, gritándole un torrente interminable de obscenidades, como si hubiera abierto un dique lleno de agua de alcantarilla que se derramara encima de ella. Para él era sólo una forma más de conseguir lo que quería, se dijo a sí misma: «Si

sucumbes estás perdida: te está manipulando». Los insultos seguían arreciando: las mismas palabras sucias que se les habían escupido a generaciones de mujeres insumisas. Puta, herética, zorra, perra, monstruo.

Sí, ella era todo eso.

«Si —pensó—, soy un monstruo».

La idea lo hizo más sencillo. Se dio la vuelta. Él supo lo que se proponía aun antes de que lo mirara. Dejó caer las manos de encima de su cabeza. Jacqueline ya tenía la cólera en la garganta, estaba a punto de inundarlo con ella.

«Me llama monstruo, luego soy un monstruo. Hago esto por mí, no por él. Nunca por él. ¡Para mí!»

Se quedó boquiabierto cuando ella lo tocó con su voluntad, y los ojos brillantes dejaron de brillarle por un momento; el deseo de morir se hizo deseo de sobrevivir. Demasiado tarde, claro. Rugió. Ella oyó un eco de gritos, pasos y amenazas procedente de las escaleras. Estarían en el cuarto en cuestión de segundos.

—Eres un animal.

—No —respondió Titus, convencido de que ya estaba sujeto a su mando.

—No existes —dijo, avanzando hacia él—. Jamás encontrarán los restos de lo que fue Titus. Titus ha desaparecido. El resto sólo es…

El dolor fue terrible. Le impidió articular palabra alguna. ¿O era ella quien le modificaba la garganta, el paladar y toda la cabeza? Le estaba separando las placas del cráneo y reorganizándolas.

«No —quiso decir—; éste no es el ritual refinado que yo había previsto. Quería morir doblado dentro de ti, quería irme con los labios soldados a los tuyos, encontrando dentro de ti la tranquilidad de la muerte. No es así como lo quiero».

No. No. No.

Los hombres que la habían vigilado estaban golpeando la puerta. No los temía, naturalmente, pero podían estropear su obra antes de que le diera los últimos retoques.

Alguien se abalanzó contra la puerta. La madera se resquebrajó y la puerta se abrió de golpe. Los dos hombres estaban armados. Tenían las armas firmemente empuñadas y la apuntaron.

—¿Señor Pettifer? —preguntó el más joven.

En la esquina del cuarto, bajo la mesa, brillaron los ojos de Pettifer.

—¿Señor Pettifer? —repitió, ignorando a la mujer.

Pettifer negó con su cabeza aplastada. «No te acerques más, por favor», pensó.

El hombre se acuclilló y miró por debajo de la mesa la repugnante bestia que estaba agazapada allí, ensangrentada a causa de la transformación, pero viva. Ella le había matado los nervios, de forma que no sintió nada de dolor. Sobrevivió con las manos dobladas como zarpas, las piernas enrolladas alrededor de la espalda, las rodillas rotas de tal guisa que parecía un cangrejo de cuatro patas, el cerebro a la vista, los ojos sin párpados, la mandíbula inferior destrozada y doblada sobre la superior como un bulldog, sin lágrimas, la espina dorsal partida; se había reencarnado en algo que no era humano.

«Eres un animal», había dicho ella. Y lo que estaba a la vista no era una mala réplica de su condición de bestia.

El pistolero tuvo arcadas al reconocer fragmentos de su jefe. Se levantó con la barbilla grasienta y le echó una ojeada a la mujer.

Jacqueline se encogió de hombros.

—¿Tú has hecho esto? —inquirió con una mezcla de respeto y repugnancia.

Ella asintió.

—Ven, Titus —dijo, chasqueando los dedos.

La bestia negó con la cabeza, sollozando.

—Ven, Titus —insistió con más fuerza, y Titus Pettifer salió contoneándose de su escondite, dejando tras él un reguero como el de un saco de carne agujereado.

El hombre disparó sobre los restos de Pettifer por puro instinto. Cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa con tal de evitar que aquella asquerosa criatura se le acercara.

Titus dio dos pasos atrás tambaleándose sobre sus zarpas ensangrentadas, se agitó como si quisiera quitarse la muerte de encima y murió sin conseguirlo.

—¿Contento? —preguntó ella.

El pistolero levantó la mirada del cadáver. ¿Estaba hablando el poder con él? No; quien le hacia la pregunta era Jacqueline, que contemplaba los restos de Pettifer.

—¿Contento?

El pistolero dejó caer su arma. Su compañero hizo lo mismo.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —preguntó el hombre que estaba junto a la puerta.

Era una pregunta sencilla: una pregunta infantil.

—Él lo pidió —dijo Jacqueline—. Era todo lo que yo le podía dar. El hombre de la pistola asintió y cayó de rodillas.

Testimonio de Vassi (última parte)

El azar ha desempeñado un papel extrañamente importante en mi romance con Jacqueline Ess. A veces parece que haya estado sujeto a cualquier acontecimiento que estremeciera el mundo, afectado por el más mínimo capricho del destino. Otras, he tenido la sospecha de que era ella quien estaba dirigiendo mi vida con su mente, como hacía con centenares, con millares de personas, preparando todos mis encuentros casuales, coreografiando mis victorias y mis derrotas, guiándome ciegamente hasta el último encuentro.

La encontré sin saber que la había encontrado, ésa fue la ironía. Primero le había seguido la pista hasta una casa en Surrey, una casa que el año anterior había sido testigo de la muerte de un tal Titus Pettifer, un multimillonario asesinado de un disparo por uno de sus guardias personales. En el piso de arriba, donde había tenido lugar el crimen, todo era serenidad. Si de verdad ella estuvo allí, habían borrado todas sus huellas. La casa, ahora casi en ruinas, fue objeto de todo tipo de pintadas, y sobre la pared de yeso manchada del cuarto alguien había dibujado el garabato de una mujer. Tenía unos atributos exageradamente obscenos, y en su sexo abierto relucía lo que parecía un rayo. A sus pies se encontraba una criatura de una especie indeterminable. Tal vez un cangrejo o un perro, a lo mejor incluso un hombre. Fuera lo que fuera, no tenía control sobre sí mismo. Estaba sentado a la luz de la presencia atormentadora de aquella mujer, y por su expresión parecía contarse a sí mismo entre los elegidos. Mirando a aquella criatura marchita con los ojos vueltos para contemplar a la *madonna* ardiente, supe que el cuadro era un retrato de Jacqueline.

No sé cuánto tiempo estuve mirando la pintada, pero me interrumpió un hombre que parecía hallarse en peores condiciones que yo. Iba sin afeitar ni lavar, y su porte reflejaba tal abatimiento que me sorprendió que consiguiera mantenerse derecho. Despedía un olor que no habría avergonzado a una mofeta.

No llegué a saber su nombre, pero me dijo que era el autor del cuadro de la pared. Era fácil creerlo. Su desesperación, su hambre, su confusión; todo eran indicios de que aquel hombre había visto a Jacqueline.

Estoy seguro de que si fui duro al interrogarlo; me lo perdonó. Contar todo lo que había visto el día en que Pettifer fue asesinado y saber que yo lo creía a pies juntillas fue para él un alivio. Me dijo que su compañero de servicio, el hombre que efectuó los disparos que acabaron con Pettifer, se había suicidado en la cárcel.

Su vida, dijo, carecía de sentido. Ella se lo había quitado. Le consolé como pude, diciéndole que ella no era malvada y que no debía temer que volviera a por él. Cuando le dije eso se echó a llorar, en mi opinión más desamparado que aliviado.

Por último le pregunté si sabía dónde se encontraba Jacqueline. Creo que dejé para el final esa pregunta, la que más me interesaba, porque no me atreví a suponer que pudiera contestarla. Pero, gracias a Dios, conocía su paradero. No abandonó la casa inmediatamente después de la muerte de Pettifer. Se sentó junto a él y él le habló tranquilamente de sus hijos, su sastre y su coche. Le preguntó por su madre, y él le contestó que fue prostituta. ¿Había sido feliz?, le preguntó Jacqueline. Le respondió que lo ignoraba. ¿Lloró ella alguna vez?, inquirió. Él le dijo que nunca la oyó reír o llorar en su vida. Y Jacqueline asintió y le dio las gracias.

Más tarde, antes de suicidarse, el otro pistolero le dijo que Jacqueline se había ido a Amsterdam. Eso lo sabía a ciencia cierta por un hombre llamado Koos. Y así empieza a cerrarse el círculo, ¿verdad?

Pasé siete semanas en Amsterdam sin encontrar una sola pista de su paradero hasta ayer por la tarde. Fueron siete semanas de castidad, lo que resulta inhabitual en mí. Decaído y frustrado, me dirigí al barrio de las prostitutas en busca de una mujer. Se sentaban junto a las ventanas, ¿saben?, como maniquíes, al lado de lámparas de flecos rosados. Unas tenían perros enanos en el regazo,

otras leían. La mayoría de ellas se limitaban a mirar la calle como hipnotizadas.

No encontré caras que me interesaran. Todas parecían tristes, apagadas, muy distintas a la suya. Sin embargo, no me podía ir. Era como un niño gordo en una tienda de caramelos; demasiado asqueado para comprar algo, pero demasiado goloso para alejarme de allí.

Mediada la noche, un hombre joven entre la multitud se dirigió a mí. Después de una inspección más detallada, advertí que no tenía nada de joven, sino que iba muy maquillado. No tenía cejas, sólo trazos de lápiz sobre la piel brillante. Un racimo de pendientes dorados en la oreja izquierda, un melocotón a medio comer en la mano enguantada de blanco, sandalias abiertas, uñas pintadas con laca. Me cogió de la manga como si fuera de su propiedad.

Seguramente me sonreí burlonamente ante su aspecto enfermizo, pero no pareció que mi desprecio le molestara. «Pareces un hombre juicioso», dijo. No me parecía en nada a eso: debe de estar equivocado, contesté. «No —replicó—, no estoy equivocado. Eres Oliver Vassi».

Absurdamente, mi primera idea fue que pretendía matarme. Intenté escapar, pero me tenía asido fuertemente de la muñeca.

«Quieres una mujer», dijo. ¿Dudé lo suficiente como para que interpretara como un sí mi negativa? «Tengo una mujer que no se parece a ninguna —prosiguió—; es un milagro. Sé que la querrás conocer carnalmente».

¿Qué me hizo saber que me hablaba de Jacqueline? A lo mejor el que me hubiera reconocido entre el gentío, como si ella estuviera en alguna ventana ordenando que le llevaran hasta allí a sus admiradores, igual que un comensal escogiendo su langosta del acuario. A lo mejor también la forma en que le brillaron los ojos, sin miedo, al encontrarse con los míos, porque el miedo, como el éxtasis, sólo lo sentía en presencia de una criatura en este mundo cruel. ¿No pudo ocurrir también que yo me viera reflejado en su aspecto de delincuente? Conocía a Jacqueline sin duda alguna.

Sabía que yo estaba fascinado, porque en cuanto vacilé se dio la vuelta con un ligero encogimiento de hombros como diciendo: perdiste tu oportunidad. «¿Dónde está?» inquirí cogiéndolo por un brazo tan delgado como una ramita. Señaló con la cabeza calle

abajo y lo seguí, tan estúpido de repente como cualquier idiota del tropel. La calle se vaciaba a medida que avanzábamos, y las luces rojas dieron paso a la penumbra primero y luego a la oscuridad. Si no le pregunté una vez a dónde nos encaminábamos, se lo pregunté una docena, pero prefirió no contestar hasta que llegamos a una puerta estrecha de una casa estrecha de una callejuela de la anchura de una cuchilla de afeitar. «Aquí estamos», anunció, como si aquel tugurio fuera el palacio de Versalles.

En la casa, que por lo demás estaba vacía, había una habitación con una puerta negra en lo alto de dos tramos de escaleras. Me empujó hacia ella. Estaba cerrada.

—Mire —me propuso—. Está dentro.

—Está cerrada —repliqué.

Tenía el corazón a punto de estallar: estaba cerca; seguro, sabía que ella estaba cerca.

—Mire —volvió a decir, y me indicó un pequeño agujero en el entrepaño de la puerta.

Devoré la luz que salía por él, apretando el ojo para verla por el agujerito. El pequeño cuarto estaba vacío, salvo un colchón y Jacqueline. Yacía con los miembros extendidos, las muñecas y los tobillos atados a gruesos postes clavados en el suelo en las cuatro esquinas del colchón.

—¿Quién hizo eso? —pregunté sin apartar los ojos de su desnudez.

—Ella lo quiere —replicó—. Es deseo suyo, eso quiere.

Había oído mi voz; irguió la cabeza con cierta dificultad y miró directamente a la puerta. Al mirarme ella, todos los pelos de la cabeza se me erizaron, lo juro, en señal de bienvenida, y ondularon a su voluntad.

—Oliver —llamó.

—Jacqueline.

Pronuncié su nombre dándole un beso a la madera. Todo su cuerpo hervía; su sexo afeitado se abría y cerraba como una planta exquisita, púrpura, lila y rosa.

—Déjeme entrar —le pedí a Koos.

—No sobrevivirá a una noche con ella.

—Déjeme entrar.

—Es cara —me previno.

—¿Cuánto quiere?

—Todo lo que tiene. La camisa que lleva puesta, el dinero, las joyas; luego será suya.

Quería echar la puerta abajo o romperle uno a uno los dedos manchados de nicotina hasta que me diera la llave. Él adivinó mis pensamientos.

—La llave está escondida —advirtió— y la puerta es resistente. Tiene que pagar, señor Vassi. Además, usted quiere pagar.

Era cierto. Quería pagar.

—Quiere darme todo lo que ha tenido alguna vez, todo lo que ha sido. Quiere irse con ella sin que nada lo retenga. Ya lo sé. Así es como van todos a ella.

—¿Todos? ¿Son muchos?

—Es insaciable —dijo sin entusiasmo. No era presunción de chulo; por el contrario, constituía un sufrimiento para él, según comprendí claramente—. No paro de traérselos y de enterrarlos.

Enterrarlos.

Ésa, supongo, es la tarea de Koos: deshacerse de los muertos. Y después de esta noche me pondrá encima sus manos de uñas esmaltadas; me arrancará del lado de Jacqueline cuando esté reseco y le sea inútil y encontrará algún pozo, canal u horno en el que echarme. La idea no resulta demasiado atractiva.

Y sin embargo, aquí estoy. Todo el dinero que he sacado de la venta de lo poco que me quedaba, lo he puesto en la mesa que tengo delante, sin dignidad, con la vida pendiendo de un hilo, esperando a un chulo y una llave.

La noche ya está avanzada y no ha sido puntual. Pero creo que está obligado a venir. No por el dinero; probablemente tenga pocas necesidades al margen del rimmel y la heroína. Vendrá a negociar conmigo porque ella lo exige y lo tiene tan aterrorizado como a mí. Sí, vendrá. Por supuesto que vendrá.

Bueno, creo que ya es suficiente.

Éste es mi testimonio. No tengo tiempo de volver a leerlo. Ya se oyen sus pasos en la escalera (cojea) y debo irme con él. Dejo esto a quien lo encuentre para que lo use como crea conveniente. Por la mañana estaré muerto y seré feliz. Créanme.

«¡Dios mío —pensó—, Koos me ha engañado!»

Vassi había estado al otro lado de la puerta, había notado mentalmente la presencia de su carne y ella lo había abrazado. Pero Koos no le permitió entrar, pese a sus órdenes explícitas. Entre todos los hombres sólo Vassi debía tener acceso libre, y Koos lo sabía. Pero la había engañado, igual que todos, salvo Vassi. Con él (tal vez) había habido amor.

Se pasaba toda la noche tumbada en la cama, sin dormir jamás. Raramente dormía más de unos pocos minutos, y sólo cuando Koos la vigilaba. Se hería mientras dormía; se mutilaba sin darse cuenta, se despertaba sangrando y chillando, con agujas clavadas por todas partes, agujas que había fabricado con su propia piel y sus propios músculos; parecía un cacto de carne.

Supuso que sería de noche otra vez, aunque resultaba difícil estar segura. En aquel cuarto de cortinas opacas y una sola bombilla por toda iluminación, siempre era de día para los sentidos, y una noche perpetua para el alma. Moriría con dolores en la espalda y en las nalgas, escuchando los lejanos sonidos de la calle, a veces dormitando un poco, otras comiendo de la mano de Koos, siendo lavada, aseada y utilizada.

Una llave giró en la cerradura. Se encorvó sobre el colchón para ver quién era. La puerta se estaba abriendo… Se abría… Se abrió del todo.

Vassi. ¡Dios, era Vassi, por fin! Lo vio cruzar el cuarto y dirigirse hacia ella.

«Esperemos que no sea otro recuerdo —imploró—; por favor, que sea él esta vez, en carne y hueso».

—Jacqueline.

Pronunció el nombre de su carne, el nombre entero.

—Jacqueline.

Era él. Detrás, Koos le miraba la entrepierna, fascinado por la danza de sus labios.

—Koos… —llamó intentando sonreír.

—Lo traje —le dijo con una sonrisa, pero sin apartar los ojos de su sexo.

—Un día —susurró ella—. He esperado un día, Koos. Me has hecho esperar…

—¿Qué es un día para ti? —objetó sin dejar de sonreír.

Ya no necesitaba más al chulo, aunque éste lo ignoraba. En su inocencia, creyó que Vassi era sólo un hombre más de los que había seducido en su camino; un hombre a quien esquilmar y despachar, como el resto. Koos estaba convencido de que al otro día seguiría siendo necesario; por eso jugaba limpiamente aquel juego mortal.

—Cierra la puerta —le pidió ella—. Quédate si quieres.

—¿Quedarme? —Su tono era impúdico—. ¿De verdad? ¿Y mirando? Miraba de todas formas. Ella sabía que la observaba por el agujero que había hecho en la puerta; a veces lo oía jadear. Pero esta vez dejó que se quedara para siempre.

Cuidadosamente, Koos sacó la llave, cerró la puerta, deslizó la llave en la cerradura interior y la hizo girar. Lo mató en cuanto se cerró el pestillo, antes de que pudiera darse la vuelta y mirarla de nuevo. No hubo nada espectacular en la ejecución; se limitó a meterse en su pecho de paloma y a aplastarle los pulmones. Koos se desplomó contra la puerta y se deslizó hasta el suelo, manchando la madera con la cara.

Vassi ni siquiera se volvió para verlo morir; ella era todo lo que quería ver.

Se acercó al colchón, se acuclilló y empezó a desatarle los tobillos. Tenía la piel rasgada; la cuerda estaba llena de costras de sangre vieja. Le deshizo los nudos con parsimonia, encontrando una calma que creía haber perdido, la sencilla alegría de estar por fin allí, incapaz de volver, y sabiendo que el camino que tenía delante le conducía hacia ella.

Cuando hubo liberado los tobillos empezó con las muñecas, tapándole la vista del techo al inclinarse sobre ella. Su voz era suave.

—¿Por qué le dejaste que te hiciera esto?

—Tenía miedo…

—¿De qué?

—De moverme. Hasta de vivir. Cada día era una agonía.

—Sí.

Él comprendió perfectamente aquella incapacidad total de existir. Notó que estaba a su lado, desnudándose, y luego depositando un beso en la piel cetrina del estómago del cuerpo que ocupaba. Llevaba la impronta de sus sufrimientos; la piel había sido tensada más de lo que daba de sí y se quedó cubierta de estrías para

siempre.

Se tumbó al lado de ella, y la sensación de pegar su cuerpo al de la mujer no le resultó desagradable.

Ella le tocó la cabeza. Tenía las articulaciones rígidas, sus movimientos eran dolorosos, pero quería atraerle la cara hacia la suya. Él entró sonriente en su campo de visión y se besaron.

«¡Dios mío —pensó ella—, estamos juntos!»

Y pensando que estaban juntos, su voluntad se materializó. Bajo los labios de Oliver se disolvieron los rasgos de Jacqueline, que se convirtió en el mar rojo en que él había soñado y se estrelló contra su rostro, que también se estaba disolviendo en el caudal común, hecho de voluntad y de huesos.

Ella lo atravesó con sus pequeños pechos como flechas; él, con la erección agudizada por voluntad de la mujer, la mató con su solo empuje. Revueltos en una sola ola de amor, pensaron en su extinción y, en efecto, se extinguieron.

Afuera, el mundo cruel seguía lamentándose, y la charla de compradores y vendedores se prolongó toda la noche. Finalmente, la indiferencia y la fatiga hicieron presa del más ávido de los mercaderes. Dentro y fuera de las casas reinaba un silencio reparador: era el fin de los encuentros y las despedidas.

LAS PIELES DE LOS PADRES

El coche tosió, renqueó y se caló. Davidson advirtió entonces cómo soplaba el viento sobre la carretera desierta, colándose por las rendijas de las ventanillas de su Mustang. Intentó reanimar el motor, pero éste se negó a volver a la vida. Exasperado, dejó resbalar sus manos sudorosas por el volante e inspeccionó el territorio. No había más que aire caliente, rocas calientes y arena caliente en cualquier dirección. Estaba en Arizona.

Abrió la portezuela y bajó al polvo ardiente de la autopista. Ésta se extendía por delante y por detrás sin una sola curva, hasta el pálido horizonte. Entrecerrando los ojos sólo podía discernir las montañas, pero cuando intentaba distinguir su contorno la neblina solar las disipaba. El sol ya le estaba corroyendo la cabeza, cuyo pelo rubio empezaba a ralear. Levantó el capó y se asomó desesperanzado al motor, lamentando su falta de conocimientos mecánicos. «¡Jesús! —pensó—. ¿Por qué no harán estos malditos cacharros a prueba de estúpidos?»

Y entonces oyó la música.

Tan lejana, que al principio resonó en sus oídos como un silbido, pero fue creciendo en intensidad.

Era música, aunque extraña.

¿A qué sonaba? Al viento recorriendo los cables telefónicos; era una onda de aire sin origen, ritmo ni corazón que le erizaba los pelos del cogote y los mantenía tiesos. Trató de ignorarla, pero no desaparecía.

Sacó la cabeza de la sombra del capó para tratar de descubrir a los intérpretes, pero la carretera estaba vacía en ambas direcciones. Sólo cuando escrutó el desierto hacia el Sudeste pudo ver una línea de pequeñas figuras andando, arrastrándose o bailando en el límite de su visión; era una línea líquida debido al calor que emanaba de la tierra. La procesión, si era tal, parecía larga, y se abría por el desierto un camino paralelo a la autopista. Sus senderos no se cruzarían.

Davidson echó otra mirada a las entrañas de su vehículo, que se estaban enfriando, y luego volvió a mirar la comitiva de bailarines.

Indudablemente, necesitaba ayuda.

Empezó a andar por el desierto en dirección a ellos.

Fuera de la autopista, el polvo, que los coches no apisonaban, estaba suelto: a cada paso le saltaba a la cara. Progresaba lentamente: empezó a trotar, pero seguían alejándose. Echó a correr.

Por encima del estruendo de los latidos de su corazón pudo oír más fuerte la música. No tenía aparentemente ninguna melodía, sino que era una subida y bajada constante de muchos instrumentos; aullidos y tarareos, silbidos, redobles de tambor y rugidos.

La cabeza de la procesión ya había desaparecido, absorbida por la distancia, pero aún se veía la cola de los celebrantes (si lo eran). Modificó un poco su rumbo para adelantarse a ellos, echando una breve ojeada a su espalda para ver el camino de vuelta. Su vehículo daba una sensación de soledad que le revolvió el estómago, tan pequeño como un escarabajo en la carretera, aplastado por un cielo en ebullición.

Siguió corriendo, y tal vez un cuarto de hora más tarde empezó a ver con más claridad la procesión, aunque quienes la encabezaban se mantenían fuera del alcance de su vista. Comenzó a pensar que se trataba de una especie de carnaval, por extraordinario que resultara en aquel lugar, en medio de semejante tierra de nadie. Con todo, los últimos bailarines del desfile sin duda iban disfrazados. Se cubrían la cabeza con ropas y máscaras que les daban una altura muy superior a la de un hombre, y sus plumas de colores revoloteaban y las serpentinas se enrollaban en el aire. Fuera cual fuera el motivo de la celebración, describían eses como borrachos, apresurándose un momento y saltando poco después, retorciéndose algunos por el suelo, con el estómago contra la tierra caliente.

Los pulmones de Davidson se hallaban destrozados a causa del agotamiento, y estaba claro que perdía la carrera. Cuando ya se acercaba a la procesión, ésta empezó a progresar a un ritmo más rápido del que su fuerza o su voluntad le permitían mantener.

Se detuvo apoyando los brazos sobre las rodillas para apaciguar su torso dolorido, y miró por debajo de las cejas empapadas de sudor hacia sus salvadores, que ya desaparecían. Luego, utilizando

toda la energía que le restaba, gritó:

—¡Alto!

Al principio no obtuvo respuesta. Luego, a través de las hendiduras de los ojos, creyó ver que algunos juerguistas se detenían. Se irguió un poco más. Sí, uno o dos lo estaban mirando. Más que verlo lo notó: tenían los ojos clavados en él.

Empezó a dirigirse hacia ellos.

Algunos de los instrumentos habían dejado de sonar, como si sus tañedores estuvieran comentando su presencia. Definitivamente lo habían visto: no cabía la menor duda.

Siguió andando, ahora con más rapidez, y empezó a distinguir entre la neblina los detalles de la procesión.

Redujo un poco el paso. El corazón, que ya le martilleaba de cansancio, le dio un vuelco en el pecho.

—¡Dios mío! —exclamó, y por primera vez en sus treinta y seis años de ateísmo, esas palabras fueron una auténtica oración.

Estaba a unos ochocientos metros de ellos, pero lo que veía era inconfundible. Sus ojos doloridos sabían distinguir el cartón piedra de la carne, la ilusión de la realidad contrahecha.

Las criaturas que iban al final de la procesión, los últimos de los últimos, los parásitos, eran monstruos cuyo aspecto superaba todas las pesadillas de la locura.

Uno tal vez tuviera seis metros de altura. Su piel, que le colgaba arrugada de los músculos, era una funda de pinchos; su cabeza, un cono de dientes al aire, implantados sobre encías escarlata. Otro tenía tres alas, y con su cola de tres puntas sacudía el polvo con un entusiasmo de reptil. El tercero y el cuarto estaban cosidos en una unión de monstruosidades, cuyo conjunto era más repelente que cada una de sus partes. A pesar de su longitud y su amplitud, ese horror simbiótico estaba unido en un matrimonio viscoso, con los miembros alojados en la carne de su compañero, atravesándola. Aunque tenían entrelazadas las lenguas, conseguían proferir un aullido cacofónico.

Davidson dio un paso atrás y miró el coche y la autopista. Al hacerlo, una de aquellas cosas, negra y roja, empezó a chillar con el sonido de un silbato. A casi un kilómetro de distancia, el silbido perforó la cabeza de Davidson. Volvió a mirar la procesión.

El monstruo silbante había abandonado su puesto en el desfile, y

las zarpas de sus pies aporreaban el desierto al correr en dirección a Davidson. Un pánico incontrolable se apoderó de éste, y notó que se le cargaban los pantalones cuando sus intestinos lo traicionaron.

La cosa estaba corriendo a por él con la velocidad de un guepardo, creciendo a cada segundo, de forma que a cada zancada podía ver más detalles de su anatomía alienígena: las manos sin pulgares y con palmas dentadas, la cabeza con un solo ojo tricolor, el tendón de los hombros y del pecho, y los genitales erectos de furia o (Dios se apiade de mí) de lujuria, bífidos y golpeándole el abdomen.

Davidson profirió un grito que casi igualó al del monstruo, y se puso a correr en sentido inverso por el camino que lo había llevado hasta allí.

El coche estaba a dos o tres kilómetros de distancia, y sabía que no le iba a servir de refugio aunque llegara a él antes de que lo atrapara el monstruo. En ese momento se dio cuenta de lo cerca que estaba la muerte, de lo cerca que había estado siempre, y deseó comprender, aunque sólo fuera un instante, la razón de aquel estúpido horror.

El monstruo ya estaba muy cerca de él, y sus malditas piernecillas se le doblaban; se cayó, se arrastró y empezó a reptar hacia el coche. Cuando oyó el resonar de los pies de la cosa a su espalda, se acurrucó instintivamente, haciéndose un ovillo de carne quejumbrosa, y esperó el golpe mortífero.

Aguardó por espacio de dos latidos.

Tres, Cuatro. Y seguía sin llegar.

La voz silbante había alcanzado un volumen intolerable y ahora estaba disminuyendo un poco. Las manos rechinantes no tocaron su cuerpo. Cuidadosamente, esperando que le separaran la cabeza del cuello en cualquier momento, miró por entre los dedos.

La criatura lo había adelantado.

A lo mejor, desdeñoso de su fragilidad, lo había superado y seguía corriendo hacia la autopista.

Davidson percibió el olor de su excremento y de su miedo. Se sintió curiosamente ignorado. Detrás, el desfile había reanudado la marcha. Sólo uno o dos monstruos inquisitivos seguían mirando por encima del hombro hacia él, mientras se adentraban en el polvo.

El silbido cambió de volumen. Davidson levantó cuidadosamente

la cabeza del suelo. El ruido estaba casi fuera del alcance de sus oídos; sólo era un quejido agudo resonándole en la cabeza dolorida.

Se levantó.

La criatura había saltado sobre el coche. Tenía la cabeza echada atrás en una especie de éxtasis, su erección era más evidente que nunca y el ojo de su cabeza lanzaba destellos. Con una última caída de la voz, que hizo inaudible el silbido para un hombre, se inclinó sobre el coche, destrozando el parabrisas y enrollando sus manos gigantes en el techo. Procedió entonces a rajar el metal como si fuera papel, con el cuerpo contraído por el júbilo y sacudiendo la cabeza. En cuanto desgajó el techo saltó sobre la autopista y tiró el metal al aire. Éste revoloteó por el cielo y cayó sordamente al suelo del desierto. Davidson pensó fugazmente qué podría contar en el parte del seguro. Ahora la criatura estaba destrozando el vehículo. Arrancó las portezuelas, machacó el motor, reventó los neumáticos y sacó las ruedas de sus ejes.

Hasta las narices de Davidson llegó el inconfundible hedor a gasolina. Tan pronto como percibió aquel olor, una lámina de metal se reflejó en otra, y la criatura y el coche quedaron envueltos en una encrespada columna de fuego, que se volvió negra a causa del humo cuando los dos se hicieron un ovillo sobre la autopista.

La cosa no pidió ayuda, o si lo hizo no se oyeron sus gritos. Salió tambaleándose de aquel infierno con la carne ardiendo y cada centímetro de su cuerpo en llamas; agitó salvajemente los brazos en un vano intento de apagar el fuego, y empezó a alejarse corriendo por la autopista hacia las montañas, huyendo de la causa de su agonía. De su espalda emergían llamas, y el aire se espesaba con el olor a carne achicharrada.

Pero, aunque el fuego debía estar devorándolo, no se cayó. La carrera siguió interminablemente hasta que el calor disolvió a lo lejos la autopista y desapareció.

Davidson cayó de rodillas. La mierda de sus piernas ya se había secado con el calor. El coche seguía ardiendo. La música había desaparecido por completo, así como la procesión.

Fue el sol el que lo arrancó de la arena y lo condujo de nuevo hacia su coche destrozado.

Su cara estaba desprovista de expresión cuando un vehículo paró en la autopista para recogerlo.

El sheriff Josh Packard miró con reticencia las huellas de garras que había en el suelo, ante él. Estaban dibujadas sobre una grasa que se solidificaba lentamente: la carne líquida del monstruo que había atravesado corriendo la calle principal (y única) de Welcome unos minutos antes. Se desplomó exhalando el último aliento, y murió hecho una bola reseca a escasa distancia del banco. Las ocupaciones habituales de Welcome, el comercio, los debates, los hola-qué-tal, se interrumpieron. Uno o dos individuos nauseabundos habían sido recibidos en el vestíbulo del hotel mientras el olor a carne chamuscada espesaba el limpio aire desértico del pueblo.

El hedor recordaba una mezcla de pescado demasiado cocido y cadáver en descomposición. Packard estaba indignado. Aquélla era su ciudad; él la controlaba y la protegía. No podía ver con buenos ojos la intromisión de semejante bola de fuego.

Desenfundó la pistola y empezó a caminar hacia aquellos restos. Las llamas casi se habían apagado, después de comerse lo mejor de su plato. A pesar de estar tan consumida por el fuego, la cosa conservaba una masa considerable. Lo que una vez pudieron ser sus miembros estaban repartidos alrededor de lo que pudo ser su cabeza. El resto era irreconocible. A fin de cuentas, Packard estaba contento de recibir aquel regalo. Pero entre el amasijo de carne derretida y huesos ennegrecidos percibía las suficientes formas inhumanas como para sentirse nervioso.

Era un monstruo; de ello no cabía duda.

Una criatura procedente de la tierra; salida de ella, desde luego. Salida del mundo subterráneo y en camino hacia la gran cuenca para participar en una noche de fiesta. Más o menos una vez cada generación, le había dicho su padre, el desierto vomita sus demonios y los libera temporalmente. Siendo un niño con criterio propio, Packard jamás se había creído las patrañas de su padre, pero ¿no era aquél un demonio?

Fuera cual fuera la desgracia que había llevado a la ciudad a morir a aquella monstruosidad ardiente, a Packard le gustó tener esa prueba de su vulnerabilidad. Su padre nunca había hecho referencia a ella.

Sonriendo a medias ante la idea de dominar aquella aberración, Packard dio un paso hacia los restos humeantes y les pegó un puntapié. Los espectadores, aún a cubierto en los porches, corearon

con admiración su valentía. La media sonrisa le atravesó la cara. Ese puntapié le valdría una noche de bebida, a lo mejor incluso una mujer.

La cosa estaba boca arriba. Con la mirada desapasionada de un pateador profesional de demonios, Packard examinó el revoltijo de miembros que era la cabeza. Estaba bien muerto, eso era obvio. Enfundó la pistola y se inclinó sobre el cuerpo.

—Saca una cámara, Jedediah —ordenó, impresionándose incluso a sí mismo.

Su ayudante salió disparado hacia la oficina.

—Lo que necesitamos es una foto de esta belleza.

Packard se apoyó sobre sus caderas y tocó los miembros ennegrecidos de la cosa. Se le iban a destrozar los guantes, pero la molestia quedaría recompensada por lo que el gesto iba a beneficiar a su imagen pública. Sintió que lo miraban con admiración cuando tocó la carne, y empezó a separar un miembro de la cabeza del monstruo.

El fuego había soldado sus componentes, y tuvo que arrancar el miembro de un tirón. Pero salió con un ruido amortiguado, dejando al descubierto, en la cara que había debajo, un ojo reseco por el fuego. Dejó caer el miembro donde estaba, con un gesto de repugnancia. No fue más que un latido.

De repente, el brazo del demonio se irguió sinuoso, demasiado súbitamente para que Packard pudiera apartarse, y en un momento sublime de terror el sheriff vio cómo la boca que tenía a sus pies se abría y se volvía a cerrar en torno a su propia mano.

Gimiendo, perdió el equilibrio y se sentó en la grasa, tirando de aquella boca, mientras le masticaban los guantes y los dientes entraban en contacto con su mano, arrancándole los dedos. La mandíbula áspera se llevó sus dedos, su sangre y sus muñones a las entrañas.

Las nalgas de Packard resbalaron en el revoltijo sobre el que estaba sentado y, chillando, se retorció para liberarse. Aún había vida en aquella cosa del mundo subterráneo. Packard imploró perdón al ponerse de pie tambaleando, arrastrando consigo la masa de aquella cosa.

Al lado de sus oídos retumbó un disparo. Cuando aquel miembro que parecía formar parte del hombro se redujo a añicos y la boca

soltó su presa sobre el sheriff, éste quedó salpicado de líquidos, sangre y pus. La masa deshecha de músculo devorado cayó al suelo, y la mano de Packard, o lo que quedaba de ella, quedó libre. Había perdido los dedos de la mano derecha, salvo medio pulgar; los huesos destrozados de sus falanges sobresalían irregularmente de su palma parcialmente mascada.

Eleanor Kooker quitó el dedo del gatillo que acababa de apretar y gruñó satisfecha.

—Has perdido la mano —dijo con una simplicidad brutal.

Packard recordó que su padre le había dicho que los monstruos nunca mueren. Se acordó demasiado tarde, y ahora ya había sacrificado su mano, la mano de beber y de hacer el amor. Una ola de nostalgia por los años pasados con esos dedos se apoderó de él, mientras los ojos se le llenaban de chiribitas. Lo último que vio antes de caer al suelo fue a su servicial adjunto con una cámara levantada para grabar toda la escena.

La choza que había detrás de aquella casa era el refugio de Lucy y siempre lo había sido. Cuando Eugene volvía borracho de Welcome, o se encolerizaba porque el guiso estuviera frío, Lucy se iba a la choza, donde podía llorar tranquilamente. No había compasión en su vida. Desde luego, no por parte de Eugene, y ella tenía poquísimo tiempo para autocompadecerse.

Aquel día, el viejo motivo de irritación había degenerado en ira: el niño.

El fruto engendrado y cuidadosamente criado de su amor; llamado como el hermano de Moisés, Aaron, que significa «el exaltado». Un niño dulce. El niño más hermoso de toda la zona; con cinco años ya era tan encantador y educado como cualquier madre de la costa Este habría deseado.

Aaron.

El orgullo y la alegría de Lucy, un niño hecho para alegrar cualquier álbum de fotos, hecho para bailar y para encantar al propio Demonio.

Ésa era la objeción de Eugene.

—Este jodido chaval tiene de chico lo mismo que tú —le decía a Lucy—. Ni siquiera es medio chico. Sólo sirve para calzar zapatos

bonitos y vender perfume. O para cura; tiene madera de cura.

Señaló al niño con una uña mordida y un pulgar artrítico.

—Avergüenzas a tu padre.

La mirada de Aaron se encontró con la de su padre.

—¿Me oyes, chico?

Eugene apartó la mirada. Los ojazos del niño le producían dolor de estómago; se parecían más a los de un perro que a los de un ser humano.

—Quiero que se vaya de esta casa.

—¿Qué ha hecho?

—No hace falta que haga nada. Basta con que sea como es. Se ríen de mí, ¿sabes? Se ríen de mí por culpa suya.

—Nadie se ríe de ti, Eugene.

—Oh, sí…

—No por culpa del niño.

—¿Eh?

—Si se ríen, no es del chico. Es de ti.

—Cierra el pico.

—Saben lo que eres, Eugene. Te ven claramente, tan claramente como yo.

—Te digo, mujer…

—Enfermo como un perro en la calle, hablando de lo que has visto y de lo que temes…

La golpeó como tantas otras veces. El golpe la hizo sangrar, igual que tantos golpes semejantes durante cinco años, pero, aunque le dolió, sus primeros pensamientos fueron para el niño.

—Aaron —llamó, entre las lágrimas que le había arrancado el dolor—. Ven conmigo.

—¡Deja en paz al bastardo!

Eugene estaba temblando.

—Aaron.

El chico se quedó entre el padre y la madre, sin saber a quién obedecer. La mirada de confusión que le asomó a la cara hizo que las lágrimas de Lucy fueran más copiosas.

—Mamá —dijo el niño con mucha suavidad.

Había una expresión grave en sus ojos que era más que confusión. Antes de que Lucy pudiera encontrar una forma de apaciguar los ánimos, Eugene agarró al chico por el pelo y lo

arrastró hacia sí.

—Haz caso a tu padre, niño.

—Sí.

—A un padre se le dice «sí, señor», ¿no es así? Se le dice «sí, señor».

Apretó la cara de Aaron contra la entrepierna hedionda de sus vaqueros.

—Sí, señor.

—Se queda conmigo, mujer. No te lo vas a llevar a esa jodida choza otra vez. Se queda con su padre.

Lucy había perdido la escaramuza y lo sabía. Seguir insistiendo sólo serviría para exponer al niño a mayores peligros.

—Si le haces daño…

—Soy su padre, mujer. —Eugene sonrió despectivamente—. ¿Es que me crees capaz de hacer daño a mi propia carne y mi propia sangre?

El niño quedó apresado entre las caderas de su padre, en una postura casi obscena. Pero Lucy conocía a su marido y sabía que estaba a punto de estallar y perder el control. Ya no se preocupaba por sí misma —había tenido sus alegrías—, pero el niño era muy vulnerable.

—Fuera de mi vista, mujer. ¿Por qué no te vas? El chico y yo queremos estar solos, ¿no?

Eugene arrancó la pálida cara de Aaron de su entrepierna y le sonrió burlonamente.

—¿No?

—Sí, papá.

—Sí, papá. Claro que sí, papá.

Lucy salió de la casa y se retiró a la tibia oscuridad de la choza, donde rezó por Aaron, llamado igual que el hermano de Moisés. Aaron, cuyo nombre significa «el exaltado». Pensó en cuánto podría sobrevivir su hijo a las brutalidades que le depararía el futuro.

El chico estaba desnudo. De pie, pálido, frente a su padre. No tenía miedo. La paliza que le iba a dar le dolería, pero no le asustaba de verdad.

—Eres enfermizo, chico —dijo Eugene, recorriendo con su mano grande el abdomen de su hijo—. Débil y enfermizo como un cerdo enano. Si fuera granjero y tú fueras un cerdo, chico, ¿sabes lo que

haría?

Volvió a coger al niño del pelo. Le puso la otra mano entre las piernas.

—¿Sabes lo que haría, chico?

—No, papá. ¿Qué harías?

La mano deforme recorrió el cuerpo de Aaron mientras su padre imitaba el ruido de una sierra.

—Pues te cortaría en cachitos y te daría como comida al resto de la pocilga. A un cerdo lo que más le gusta comer es carne de cerdo. ¿Qué te parecería?

—No, papá.

—¿No te gustaría?

—No, gracias, papá.

La cara de Eugene se endureció.

—Bueno, me gustaría verlo, Aaron. Me gustaría ver qué harías si fuera a abrirte y a echar una ojeada a tu interior.

Había una violencia nueva en los juegos de su padre que Aaron no lograba comprender: nuevas amenazas, una intimidad nueva. Por incómodo que estuviera, el chico sabía que era su padre y no él quien tenía miedo de verdad; el miedo era patrimonio de Eugene, igual que el de Aaron era observar, esperar y sufrir hasta que llegara el momento. Sabía (sin comprender cómo o por qué) que sería un instrumento en la destrucción de su padre. Tal vez más que un instrumento.

Eugene explotó de ira. Miró al chico y apretó tanto sus puños morenos que los nudillos empalidecieron. El chico lo había arruinado de alguna manera; había acabado con la buena vida de casados de la que habían disfrutado antes de que él naciera; era como si hubiese matado a sus padres. Casi sin pensar en lo que estaba haciendo, las manos de Eugene se cerraron alrededor del frágil cuello del niño.

Aaron no dijo nada.

—Podría matarte, chico.

—Sí, señor.

—¿Qué tienes que decir a eso?

—Nada, señor.

—Deberías decir «gracias, señor».

—¿Por qué?

—¿Por qué, niño? Porque esta vida no vale ni lo que un cerdo podría cagar, y te haría un favor enorme, como todo padre debería hacer con su hijo.

—Sí, señor.

En la choza, detrás de la casa, Lucy había dejado de llorar. No tenía sentido; y además, algo que vio en el cielo por los agujeros del techo le había traído recuerdos que disiparon las lágrimas. Era un cielo especial: de un azul puro, de una claridad deslumbrante. Eugene no le haría daño al niño. No se atrevería nunca a hacerle daño a aquel niño. Sabía qué era el chico, aunque jamás lo quiso admitir.

Recordó aquel otro día, hacía ya seis años, en que el cielo también brilló y el aire se quedó lívido de calor. Eugene y ella se habían puesto tan calientes como el aire; no se habían quitado los ojos de encima en todo el día. Él era más fuerte por entonces; estaba en la flor de la vida. Era un hombre altísimo, espléndido, con el cuerpo endurecido por el trabajo y las piernas tan recias que parecían rocas cuando les pasaba la mano por encima. Ella también estaba de buen ver: el mejor trasero de Welcome, firme y suave; un pubis con el vello tan delicado que Eugene no podía dejar de besarla incluso allí, en el lugar prohibido. La hacía gozar todo el día y a veces toda la noche; en la casa que estaban construyendo, o fuera, sobre la arena, avanzada ya la tarde. El desierto era un lecho magnífico, y podían retozar sin interrupción bajo el ancho cielo.

Ese día, seis años antes, el cielo se había oscurecido demasiado pronto; la noche aún debería haber tardado en llegar. Pareció ensombrecerse en un momento, y los amantes sintieron frío de repente en su precipitada desnudez Ella vio por encima del hombro de Eugene las formas que había adoptado el cielo: las criaturas vastas y monumentales que los estaban observando. Él, apasionado, seguía haciéndole el amor, introduciéndose por completo y volviendo a salir como sabía que le gustaba, hasta que una mano de color remolacha y del tamaño de un hombre lo agarró por el cuello y lo arrancó del regazo de su mujer. Ella lo vio levantado en el cielo, retorciéndose como una liebre, escupiendo por dos hendiduras, la de arriba y la de abajo, pues acabó de eyacular en el

aire. Entonces abrió un segundo los ojos y vio a su mujer a seis metros por debajo de él todavía desnuda, abierta de piernas como una mariposa y rodeada de monstruos. Sin maldad, sin darle siquiera importancia, éstos lo tiraron fuera de su círculo admirador, fuera de la vista.

Recordaba perfectamente la hora que siguió, los abrazos de los monstruos. No tenían nada de torpes, groseros o perniciosos; eran abrazos de amante. Ni los aparatos de reproducción con que la penetraron uno tras otro le hicieron daño, aunque algunos eran tan largos como el brazo y el puño de Eugene, y duros como huesos. ¿Cuántos de aquellos seres extraños la poseyeron aquella tarde? ¿Tres, cuatro, cinco? Mezclaron su semen en el cuerpo de Lucy provocándole orgasmos con sus pacientes y cariñosas sacudidas. Cuando se marcharon y la luz del sol volvió a acariciarle el cuerpo, se sintió desamparada, aunque después de reflexionar le pareciera vergonzoso, como si hubiera vivido el momento cumbre de su vida y el resto de sus días debiera ser un frío tránsito hacia la muerte.

Finalmente, se levantó y se acercó a donde yacía Eugene, inconsciente por la caída y con una pierna rota, sobre la arena. Lo besó y luego se puso en cuclillas para hacer aguas. Deseó, porque fue deseo, que germinara un fruto de la semilla de aquel día de amor para tener un recuerdo de su dicha.

Dentro de la casa Eugene golpeó al niño. Aaron sangró por la nariz, pero no se quejó.

—Habla, niño.

—¿Qué debo decir?

—¿Soy tu padre o no?

—Sí, padre.

—¡Mentiroso!

Lo volvió a golpear sin previo aviso, y esta vez lo tiró al suelo. Cuando sus pequeñas palmas delicadas se extendieron sobre las baldosas de la cocina para levantarse, notó algo en el suelo. Había música en el pavimento.

—¡Mentiroso! —seguía diciendo su padre.

Le iban a llover más golpes, pensó el chico, más dolor, más sangre. Pero lo podía soportar; y la música era una promesa,

después de una espera tan larga, de que los golpes se iban a acabar de una vez por todas.

Davidson entró tambaleándose en la calle principal de Welcome. Era media tarde, supuso (el reloj se le había parado, tal vez como muestra de solidaridad), pero la ciudad parecía vacía, hasta que descubrió una pila humeante en mitad de la calle, a cien metros de donde se encontraba.

De ser posible, se le habría helado la sangre ante esa visión.

Reconoció lo que el amasijo de carne quemada había sido, a pesar de la distancia, y la cabeza le dio vueltas de horror. A fin de cuentas, todo fue real. Trastabilló un par de pasos más, luchando vanamente contra el vértigo, hasta que notó que lo sujetaban brazos fuertes y oyó, entre un tumulto de zumbidos en la cabeza, palabras de aliento. No las comprendía, pero al menos eran suaves y humanas: podía desistir de mantenerse consciente. Se desmayó, pero cuando volvió a ver el mundo, tan odioso como siempre, le pareció que sólo había tenido un momento de tregua.

Lo habían metido en una casa y estaba tumbado sobre un sofá incómodo, mientras una cara de mujer, la de Eleanor Kooker, lo miraba. Le sonrió cuando recobró el sentido.

—El hombre sobrevivirá —dijo, y su voz parecía el ruido de una zanahoria al ser rallada.

Se inclinó un poco más.

—¿Has visto la cosa, verdad?

Davidson asintió.

—Mejor será que nos digas la verdad.

Le pusieron un vaso en la mano y Eleanor lo llenó generosamente de whisky.

—Bebe —exigió—, y luego dinos lo que tengas que decir.

Se bebió el whisky de dos tragos y le llenaron el vaso inmediatamente. Bebió el segundo vaso más despacio y empezó a sentirse mejor.

El cuarto estaba lleno de gente: era como si todo Welcome estuviera apretujado en casa de Kooker. Toda una audiencia, pero tenía toda una historia que contarles. Con la lengua suelta por el whisky, empezó el relato lo mejor que pudo, sin adornos, dejando que le vinieran las palabras. A cambio, Eleanor describió las circunstancias del «accidente» del sheriff Packard con el cuerpo del

destrozador de coches. Packard estaba en la habitación, aparentando tener mal aspecto para que le dieran confortadores whiskies y analgésicos, con la mano mutilada tan bien vendada que más parecía un palo que una extremidad.

—No es el único monstruo que hay afuera —dijo cuando se acabaron los relatos.

—Eso es lo que tú dices —replicó Eleanor, con poca convicción en sus ojos vivos.

—Mi papá lo decía —contestó Packard, mirando su mano vendada—. Y me lo creo; por Dios que me lo creo.

—Entonces, mejor que hagamos algo al respecto.

—¿Como qué? —preguntó un individuo de aspecto agrio, apoyado contra la repisa de la chimenea—. ¿Qué se puede hacer con los colegas de una cosa que se come los coches?

Eleanor se puso rígida y dirigió una risa intencionada a quien preguntaba eso.

—Bueno, disfrutemos del beneficio de tu sabiduría, Lou. ¿Qué crees *tú* que deberíamos hacer?

—Creo que deberíamos quedarnos quietos y dejar que se vayan.

—No soy una avestruz —objetó Eleanor—, pero si quieres enterrar tu cabeza te dejaré una pala, Lou. Hasta te cavaré el hoyo.

Estalló una carcajada general. El cínico, molesto, se calló y se mordió las uñas.

—No podemos quedarnos sentados y dejar que nos pasen por encima —dijo el adjunto de Packard, haciendo globos con un chicle.

—Se dirigían hacia las montañas —informó Davidson—. Se alejaban de Welcome.

—¿Y quién les va a impedir que cambien sus jodidas intenciones? —replicó Eleanor—. ¿Eh?

No obtuvo respuesta. Hubo unos cuantos asentimientos y movimientos de cabeza.

—Jedediah, tú eres el adjunto. ¿Qué piensas de esto?

El joven de la chapa y el chicle se sonrojó un poco y tiró de su delgado bigote. Obviamente, no tenía la solución.

—Veo lo que ocurrirá —soltó la mujer antes de que el agente pudiera responder—. Tan claro como el agua. Estáis todos demasiado acojonados para ir a sacar a los demonios de su guarida, ¿o no?

Hubo murmullos de autojustificación en la sala, seguidos de nuevos movimientos de cabeza.

—Sólo pensáis en sentaros y dejar que devoren a vuestras mujeres.

Devoradas: era una buena palabra, de mucho más efecto que comidas. Eleanor hizo una pausa para redondear ese efecto. Luego dijo sombríamente:

—O algo peor.

¿Peor que ser devorado? Por el amor de Dios, ¿qué era peor que ser devorado?

—No te va a tocar ningún demonio —le aseguró Packard, levantándose de su silla con cierta dificultad.

Se meció sobre los pies al dirigirse al auditorio.

—Vamos a atrapar a esos comemierdas y a lincharlos.

Su grito de batalla no animó a ninguno de los machos de la habitación. La credibilidad del sheriff había perdido puntos desde su encuentro en la calle principal.

—La discreción es la mejor muestra de valor —murmuró Davidson para su coleto.

—Eso es una patraña —rebatió Eleanor.

Davidson se encogió de hombros y apuró el whisky de su vaso. No se lo volvieron a llenar. Comprendió claramente que debía sentirse agradecido de seguir vivo. Pero se había echado a perder su programa de trabajo. Tenía que hacerse con un teléfono y alquilar un coche; en caso necesario, alguien debería acudir a buscarlo. Los «demonios», fueran lo que fueran, no eran asunto suyo. Tal vez le interesara leer unas cuantas columnas acerca del tema en el *Newsweek*, cuando estuviera de vuelta en el Este y descansara junto a Barbara; pero ahora lo único que deseaba era acabar su trabajo en Arizona y regresar a casa cuanto antes.

Packard sin embargo, tenía otras ideas.

—Eres un testigo —dijo, señalando a Davidson—, y como sheriff de la comunidad te ordeno que te quedes en Welcome hasta que hayas respondido satisfactoriamente a todas las preguntas que debo formularte.

A su boca babosa no le cuadraba ese lenguaje tan formal.

—Tengo trabajo… —empezó a decir Davidson.

—Pues manda un telegrama y cancela el trabajo, señorito

Davidson. Davidson comprendió que aquel hombre estaba haciendo méritos a su costa, poniendo remiendos a su reputación perdida, atacando al azar al forastero del Este. Con todo, Packard era la ley: no había nada que hacer. Davidson expresó su asentimiento con toda la gracia que consiguió reunir. Ya tendría tiempo de dirigir una queja formal contra aquel Mussolini cateto cuando estuviera en casa, sano y salvo. De momento, mejor enviar un telegrama y olvidarse del trabajo.

—Así pues, ¿cuál es el plan? —le preguntó Eleanor a Packard.

El sheriff hinchó los carrillos, brillantes de alcohol.

—Nos enfrentaremos a los demonios —decidió.

—¿Cómo?

—Con escopetas, mujer.

—Necesitarás algo más que escopetas si son tan grandes como dice éste…

—Lo son… —confirmó Davidson—, creedme; es verdad.

Packard se sonrió burlonamente.

—Nos llevaremos todo el jodido arsenal —dispuso, apuntando con el pulgar que le quedaba a Jedediah—. Vete a sacar las armas pesadas, hijo. El material anticarro. Los lanzagranadas.

Hubo una sorpresa general.

—¿Tienes lanzagranadas? —preguntó Lou, el cínico situado junto a la repisa.

Packard le dedicó una sonrisa de soslayo.

—Material militar sobrante de la primera guerra mundial.

Davidson suspiró para sus adentros. Aquel hombre era un psicótico, con su pequeño arsenal de armas obsoletas que probablemente serían más letales para quien las utilizara que para la víctima. Iban a morir todos. «¡Dios me ampare!» Iban a morir todos.

—Puede que hayas perdido los dedos —dijo Eleanor Kooker, encantada por la baladronada—, pero eres el único hombre de la habitación, Josh Packard.

El sheriff sonrió y se tocó la entrepierna, absorto. Davidson no pudo soportar más la atmósfera de machismo atávico que se respiraba en la habitación.

—Bueno —gorjeó—, os he dicho todo lo que sé. ¿Por qué no os dejo que hagáis lo que mejor os parezca?

—No te vas a ir —dijo Packard—, si es eso lo que pretendes.

—Sólo estoy diciendo…

—Sabemos qué estás diciendo, hijo, y no te escucho. Si se te suben los humos como para largarte te colgaré de los cojones. Si es que los tienes.

El muy bastardo era capaz de hacerlo, pensó Davidson, aunque sólo tuviera una mano para ello. «Limítate a seguirles la corriente», se dijo, intentando no poner cara de asco. Que Packard saliera a buscar a los monstruos y se le disparara el lanzagranadas por detrás era asunto suyo. Mejor dejarlo en paz.

—Según este hombre, son toda una tribu —señaló tranquilamente Lou—. ¿Cómo nos cargamos a tantos?

—Estrategia —sentenció Packard.

—No conocemos sus posiciones.

—Vigilancia.

—Podrían hacernos papilla de verdad, sheriff —observó Jedediah, despegándose un globo del bigote.

—Éste es nuestro territorio —proclamó Eleanor—. Es nuestro y lo vamos a conservar.

Jedediah asintió:

—Sí, mama.

—¿Y suponiendo que desaparecieran? ¿Suponiendo que no los volvamos a encontrar? —razonaba Lou—. ¿No podríamos dejar que se metieran bajo tierra?

—Claro —se mofó Packard—. Y entonces nos quedaríamos esperando a que vuelvan y devoren a nuestras mujeres.

—A lo mejor no quieren hacernos daño… —aventuró Lou.

La respuesta de Packard consistió en alzar su mano vendada.

—Me han hecho daño.

Eso era indiscutible.

El sheriff prosiguió con la voz ronca de rencor:

—¡Mierda! Ansío tanto cargarme a esos desechos que voy a irme a por ellos con o sin ayuda. Pero tenemos que ser más listos que ellos, superarlos en estrategia para que no haya ningún herido.

«Por fin dice algo inteligente», pensó Davidson. Desde luego, toda la habitación parecía impresionada. Hubo murmullos de aprobación por todas partes, hasta del que seguía junto a la repisa.

Packard se volvió de nuevo hacia su adjunto.

—Mueve el culo, hijo. Quiero que llames a ese bastardo de Crumb, de Vigilancia, y te traigas a sus muchachos con todas las escopetas y granadas que tengan. Y si te pregunta para qué, le dices que el sheriff Packard ha declarado el estado de emergencia, y que voy a requisar todas las armas en cien kilómetros a la redonda, y a detener a los hombres que traten de escaparse. Muévete, hijo.

Ahora la habitación resplandecía positivamente de admiración, y Packard lo sabía.

—Destrozaremos a esos cabrones.

Por un momento, la retórica pareció convencer a Davidson, y creyó a medias en lo que decía el sheriff. Luego recordó los detalles de la procesión, las colas, los dientes y lo demás, y su bravura desapareció sin dejar rastro.

Llegaron a la casa con muchísima suavidad, sin intención de pasar inadvertidos, simplemente con tanta delicadeza al andar que nadie los oyó.

Dentro, la furia de Eugene se había extinguido. Estaba sentado con las piernas sobre la mesa y una botella de whisky delante. El silencio de la habitación era tan denso que agobiaba.

Aaron, con la cara hinchada por los golpes de su padre, estaba sentado junto a la ventana. No le hacía falta levantar la vista para verlos llegar por la arena en dirección a su casa; el ruido de sus pasos le resonaba en las venas. Quiso formar una sonrisa de bienvenida con la cara magullada, pero reprimió su impulso y se limitó a esperar, hundido en una resignación abatida, hasta que estuvieron casi encima de la casa. Sólo se levantó cuando taparon la luz del día que entraba por la ventana. El movimiento del chico sacó a Eugene de su sopor.

—¿Qué ocurre, niño?

El chico se había apartado de la ventana retrocediendo, y estaba en medio de la habitación, sollozando de antemano en silencio. Tenía sus pequeñas manos extendidas como rayos solares, con los dedos tensos y crispados de excitación.

—¿Qué le pasa a la ventana, chico?

Aaron oyó cómo la voz de su auténtico padre eclipsaba los murmullos de Eugene. Como un perro ansioso por dar la bienvenida

a su dueño tras una larga separación, el niño corrió hacia la puerta y trató de abrirla a zarpazos. Tenía el pestillo echado y el cerrojo corrido.

—¿Qué ruido es ése, chico?

Eugene apartó a su hijo y hurgó con la llave en la cerradura, mientras el padre de Aaron lo llamaba desde el otro lado de la puerta. Su voz sonaba igual que una cascada de agua, contrapunteada por suaves y agudos suspiros. Era una voz ansiosa, amorosa.

Súbitamente, Eugene pareció comprender. Cogió al niño del pelo y lo apartó a rastras de la puerta.

Aaron chilló de dolor.

—¡Papá! —gritó.

Eugene creyó que el grito iba dirigido a él, pero el verdadero padre de Aaron también oyó la voz del niño. El tono de su respuesta reflejaba su preocupación.

Fuera de la casa, Lucy había oído el diálogo. Abandonó el refugio de su choza, sabiendo lo que iba a ver contra el cielo deslumbrante, pero no por ello menos atraída por las monumentales criaturas que se habían congregado en torno a la casa. Sintió angustia al recordar las alegrías perdidas de aquel día, seis años antes. Allí estaban todas aquellas criaturas inolvidables, una increíble selección de formas…

Cabezas piramidales coloreadas de rosa, torsos de una proporción clásica, que caían en flecos cambiantes de carne lacia. Una belleza plateada y acéfala cuyos seis brazos de madreperla le brotaban en torno a una boca que ronroneaba y latía. Una criatura parecida a una onda de una corriente rápida, en constante movimiento, que emitía un sonido dulce y modulado. Criaturas demasiado fantásticas para ser reales, demasiado reales para ponerlas en duda; ángeles custodios. Uno tenía una cabeza que se balanceaba adelante y atrás sobre un cuello muy fino, como si fuera un absurdo ventilador, azul como el cielo de una noche que llega antes de tiempo, y salpicado de una docena de ojos como otros tantos soles. El cuerpo de otro padre se parecía a un abanico que se abría y cerraba de excitación, y cuya carne naranja se enrojeció aún más cuando sonó de nuevo la voz del chico.

—¡Papá!

A la puerta de la casa estaba la criatura que Lucy recordaba con más cariño; la que la había tocado en primer lugar, la primera en calmar sus temores, la primera en penetrarla con una delicadeza infinita. Debía de tener unos seis metros de altura cuando se levantaba del todo. Ahora aquel ser estaba agachado sobre la puerta, con su cabeza calva, bendita cabeza, parecida a la de un pájaro pintado por un esquizofrénico, inclinada sobre la casa para hablar al niño. Estaba desnudo, y su espalda, ancha y oscura, sudaba al encorvarse.

Dentro de la casa, Eugene atrajo al niño hacia sí como un escudo.

—¿Qué sabes, niño?

—¿Papá?

—Te he preguntado qué sabes.

—*¡Papá!*

La voz de Aaron exultaba. La espera había concluido.

La fachada de la casa se derrumbó hacia dentro. Un miembro parecido a un gancho de carne se deslizó encorvándose bajo el dintel y arrancó la puerta de sus goznes. Salieron volando los ladrillos, que volvieron a caer como en una lluvia; el aire se llenó de polvo y de astillas. Cataratas de luz solar inundaban ahora a las dos empequeñecidas figuras humanas, entre las ruinas de lo que una vez fue oscuridad protectora.

Eugene escudriñó por entre la bruma que formaba el polvo. Unas manos gigantes estaban desgajando el tejado, y donde había habido vigas sólo se veía ahora cielo. Vio miembros altos como torres por todas partes, cuerpos y rostros de bestias imposibles. Estaban echando abajo las paredes que quedaban de pie, destrozando su casa con la misma despreocupación con que él rompería una botella. Dejó escapar al niño sin darse cuenta de lo que hacía.

Aaron corrió hacia la criatura que estaba en el umbral.

—¡Papá!

Lo recibió como un padre a su hijo a la salida del colegio, y echó atrás la cabeza en un arrebato de éxtasis. Un largo e indescriptible grito de alegría brotó a todo lo largo y ancho de su ser. El himno fue coreado por las demás criaturas, que elevaron su volumen para celebrarlo. Eugene se tapó los oídos y cayó de rodillas. La nariz le

había empezado a sangrar ante las primeras notas de la música del monstruo, y tenía los ojos llenos de lágrimas que le escocían. No estaba asustado. Sabía que no eran capaces de hacerle daño. Lloraba porque había ignorado aquella eventualidad durante seis años, y ahora que se presentaban en su misterio y su gloria delante de él, no había tenido la valentía de enfrentarse a ellos y conocerlos. Ahora ya era demasiado tarde. Se habían llevado al niño por la fuerza y habían arruinado su casa y su vida. Indiferentes a sus sufrimientos, se marchaban entonando su jubileo, con el chico en sus brazos para siempre jamás.

En el municipio de Welcome, «organización» era el estribillo del día. Davidson no podía sentir más que admiración al ver a aquella gente estúpida y temeraria prepararse para luchar contra obstáculos insuperables. El espectáculo lo crispaba de una manera extraña; era como observar en una película a unos colonos recogiendo un armamento ínfimo y, con mucha fe, enfrentarse a la violencia pagana del salvaje. Pero, a diferencia de lo que ocurre en una película, Davidson sabía que la derrota estaba garantizada. Había visto a los monstruos: inspiraban un temor reverente. Por recta que fuera su causa o pura su fe, los colonos eran pisoteados muy a menudo por los salvajes. Las derrotas sólo dan el pego en las películas.

La nariz de Eugene dejó de sangrar al cabo de una hora, aproximadamente, pero no se dio cuenta. Estaba arrastrando a Lucy, tirando de ella y convenciéndola para que lo acompañara a Welcome. No quería oír explicaciones de aquella mujerzuela, aunque no paraba de balbucear. Sólo podía oír las voces agitadas de los monstruos, y la llamada repetida de Aaron, «papá», a la que respondió una criatura capaz de destrozar casas.

Eugene sabía que habían conspirado contra él, aunque ni siquiera en sus suposiciones más enrevesadas pudo comprender toda la verdad.

Aaron estaba loco, eso sí lo sabía. Y, de alguna manera, su mujer, su Lucy violada, que había sido tan bella y agradable, era un instrumento de la locura del chico y de su propio sufrimiento.

Ella había vendido al niño: eso era lo que casi había llegado a

creer. Por algún procedimiento indecible, había negociado con aquellas cosas del subsuelo, y había trocado la vida y la cordura de su único hijo por algún regalo. ¿Qué había obtenido ella por ese precio? ¿Alguna baratija o algo así, que guardaba enterrada en su choza? ¡Dios mío, pagaría por ello! Pero antes de hacerla sufrir, antes de arrancarle los pelos y de embadurnarle los pechos puntiagudos con brea, confesaría. La obligaría a confesar; no a él, sino al pueblo de Welcome, a los hombres y mujeres que se mofaban de sus trompicones de borracho y reían cuando llegaba ante su cerveza. Oirían de los propios labios de Lucy la verdad que se escondía tras las pesadillas que había soportado, y comprenderían, horrorizados, que los demonios de los que hablaba eran reales. Entonces lo perdonarían definitivamente y la ciudad lo volvería a acoger en su seno, pidiéndole perdón, mientras el cuerpo emplumado de la puta de su mujer colgaba de un poste telefónico, fuera de las lindes de la ciudad.

Cuando Eugene se detuvo estaba a tres kilómetros de Welcome.

—Algo se acerca.

Una nube de polvo. En el centro de aquel tropel había una multitud de ojos ardientes.

Temía lo peor.

—¡Jesucristo!

Soltó a su mujer. ¿Venían también a por ella? Sí, probablemente ésa fuera otra de las condiciones del trato.

—Han tomado la ciudad —dijo.

Sus voces llenaban el aire; era insoportable. Iban hacia él por la carretera, como una horda quejumbrosa, se dirigían en línea recta hacia él. Eugene se dio la vuelta para echar a correr, dejando que la mujerzuela escapara. A ella podían cogerla mientras a él lo dejaran en paz; Lucy sonreía al polvo.

—Es Packard —dijo.

Eugene volvió a echar un vistazo a la carretera entornando los ojos. La nube de demonios se empezaba a despejar. Los ojos de su interior eran faros; las voces, sirenas; era un ejército de coches y motocicletas encabezado por el vehículo aullante de Packard lanzado a toda velocidad por la carretera de Welcome.

Eugene estaba perplejo. ¿Qué era eso, un éxodo en masa?

Lucy, por primera vez en aquel día glorioso, sintió una leve

duda.

Al acercarse el convoy, redujo su velocidad y se paró; el polvo se asentó, revelando la extensión del escuadrón kamikaze de Packard. Había unos doce coches y media docena de motos, todos cargados de policías y de armas. Una muestra de ciudadanos de Welcome componían el ejército y, entre ellos, se encontraba Eleanor Kooker. Era una impresionante formación de gentes mezquinas y bien armadas.

Packard se asomó por la ventanilla del coche, escupió y habló.

—¿Tienes problemas, Eugene?

—No soy idiota, Packard.

—No digo que lo seas.

—He visto a esas cosas. Lucy os lo contará.

—Sé que es verdad, Eugene; sé que es verdad. No se puede negar que hay demonios en las colinas, está claro. ¿Para qué te crees que he reunido a este pelotón, si no son demonios?

Packard le sonrió a Jedediah, que estaba al volante.

—Por Dios que sí. Les vamos a dar pasaporte para el día del juicio final.

De detrás del coche asomó la señorita Kooker; estaba fumando un puro.

—Parece que te debemos una explicación, Gene —dijo, ofreciendo una sonrisa como excusa.

«Sigue siendo un imbécil —pensó—; casarse con esa perra culona fue su muerte. Qué lástima de hombre».

La cara de Eugene se iluminó de satisfacción.

—Parece que sí.

—Meteos en uno de los coches de atrás —invitó Packard—, tú y Lucy. Los sacaremos de sus escondrijos como serpientes…

—Se han ido hacia las colinas —dijo Eugene.

—Ah, ¿sí?

—Se llevaron a mi chico. Tiraron mi casa.

—¿Son muchos?

—Una docena o así.

—De acuerdo, Eugene. Súbete con nosotros. —Packard ordenó a un policía que se apeara—. Estarás contento con esos bastardos, ¿eh?

Eugene se volvió hacia donde había estado Lucy.

—Y quiero que sea juzgada…

Pero Lucy se había ido corriendo por el desierto: ya sólo era del tamaño de una muñeca.

—Se ha salido de la carretera —dijo Eleanor—. Se va a matar.

—Morir sería demasiado bueno para ella. —Eugene montó en el coche—. Esa mujer es más ruin que el propio diablo.

—¿Y eso, Eugene?

—Esa mujer ha vendido mi único hijo al infierno.

Lucy se había disipado en la niebla formada por el calor.

—… Al infierno.

—Entonces déjala en paz —sentenció Packard—. El infierno se la llevará tarde o temprano.

Lucy sabía que no se molestarían en perseguirla. Desde que vio los faros de los coches en la nube de polvo, las escopetas y los cascos, supo que le correspondía un papel secundario en los acontecimientos que iban a seguir. En el mejor de los casos sería una espectadora. En el peor, moriría de insolación atravesando el desierto, y no sabría nunca el desenlace de la batalla. A menudo había meditado acerca de la existencia de las criaturas que eran colectivamente padres de Aaron: dónde vivían, por qué habían decidido, en su sabiduría, hacerle el amor a ella. También se preguntaba si alguien más tenía noticia de ellas en Welcome. ¿Cuántos ojos humanos, además de los suyos, habían entrevisto sus secretas anatomías durante aquellos años? Y, naturalmente, se preguntaba si llegaría el día de ajustar las cuentas, de una confrontación entre las dos especies. Y ahora parecía haber llegado sin previo aviso. Y, comparada con ese ajuste, su vida no valía nada.

En cuanto dejaron de verse los coches y las motos, dio la vuelta y se puso a seguir sus propias huellas sobre la arena hasta volver a la carretera. Sabía que no había manera de recuperar a Aaron. En cierto sentido, se había limitado a guardar al chico, aunque lo hubiera concebido. Él pertenecía de una forma especial a las criaturas que habían mezclado sus semillas en el cuerpo femenino para procrearlo. Tal vez fue el instrumento de algún experimento de fertilidad, y ahora habían vuelto los doctores a examinar al niño. A lo mejor se lo habían llevado simplemente por amor. Fueran cuales

fueran sus razones, sólo deseaba ver el desenlace de la batalla. En lo más profundo de ella, en una zona que sólo los monstruos habían tocado, anhelaba su victoria, aunque muchos de la especie que llamaba suya murieran como consecuencia.

Al pie de las colinas reinaba un silencio absoluto. A Aaron lo habían dejado en el suelo, entre las rocas, y se congregaron ávidamente en torno a él para examinar sus ropas, su pelo, sus ojos, su sonrisa.

Se estaba haciendo de noche, pero Aaron no tenía frío. Los alientos de sus padres eran cálidos y olían, pensó, igual que el interior del almacén de comestibles de Welcome: una mezcla de caramelo y cáñamo, queso fresco y hierro. A la luz del sol menguante tenía la piel bronceada, y en el cenit estaban apareciendo estrellas. No era más feliz junto al pecho de su madre que en aquel corro de demonios.

Packard detuvo el convoy al pie de las colinas. Si hubiera sabido quién fue Napoleón, sin duda se habría sentido como aquel conquistador. Si hubiera conocido la biografía del conquistador, podría haber presentido que aquél sería su Waterloo; pero Josh Packard vivió y murió sin necesidad de héroes.

Ordenó a sus hombres que se apearan de los coches y se introdujo entre ellos, con la mano mutilada metida en la pechera desabotonada de la camisa. No era el desfile más alentador de la historia militar. Había más de una cara pálida y demudada entre sus soldados, y más de unos ojos evitaron su mirada cuando les dio las órdenes.

—¡Hombres! —Berreó—. Hombres… Hemos llegado, estamos organizados, y Dios está de nuestro lado. Ya hemos ganado a esos salvajes, ¿comprendido?

Silencio; miradas tétricas; más sudor.

—¡No quiero ver a ninguno de vosotros darse la vuelta y echar a correr! Porque si lo hacéis y os pesco, os arrastraréis hasta casa con el trasero acribillado.

Eleanor quiso aplaudir, pero la arenga no había concluido.

—Y recordad, hombres —aquí la voz de Packard bajó de volumen hasta convertirse en un cuchicheo de conspiración—, que

esos demonios se llevaron al chico de Eugene, Aaron, no hace ni cuatro horas. Lo arrancaron directamente del seno de su madre mientras lo acunaba para que se durmiera. No son más que salvajes, tengan la pinta que tengan. No respetan a una madre, ni a un niño, ni a nada. Así que cuando estéis cerca de uno de ellos pensad en cómo os habríais sentido si os hubieran arrancado del seno de vuestra madre…

Le gustaba la expresión «seno materno». Decía tanto y con tanta sencillez… El seno de mamá tenía mucha más fuerza para movilizar a aquellos hombres que su tarta de manzana.

—No tenéis nada que temer; sólo parecer menos que hombres, hombres.

Buena frase para acabar.

—Adelante.

Montó de nuevo en el coche. Alguien empezó a aplaudir al final de la fila, y el resto coreó el aplauso. La gran cara roja de Packard se abrió en una sonrisa dura y amarilla.

—¡En marcha! —concluyó, sonriente, y el convoy empezó a dirigirse hacia las colinas.

Aaron notó que el aire cambiaba. No es que tuviera frío; los alientos que lo calentaban seguían siendo igual de acogedores. Pero sintió una alteración en la atmósfera, debida a una especie de intrusión. Observó fascinado cómo sus padres reaccionaban ante ese cambio: su sustancia lanzaba destellos de nuevos colores, más solemnes, más guerreros. Uno o dos levantaron incluso la cabeza como para olisquear el aire.

Algo ocurría. Algo o alguien, no previsto ni invitado, estaba a punto de entrometerse en aquella noche festiva. Los demonios reconocieron los indicios, y no habían descuidado esa eventualidad. ¿No era inevitable que los héroes de Welcome acudieran a buscar al chico? ¿No creían los hombres, de una manera tan lamentable, que su especie había nacido de la necesidad de la tierra de conocerse a sí misma, que habían sido criados de mamífero en mamífero hasta que la especie floreció, dando lugar a la humanidad?

Resultaba entonces natural que trataran a los padres como enemigos, que intentaran erradicarlos de su tierra y destruirlos. Era

una verdadera tragedia, cuando los padres sólo habían pretendido conseguir la unidad a través del matrimonio, que sus hijos irrumpieran torpemente y estropearan la fiesta.

Con todo, los hombres nunca cambiarían. A lo mejor Aaron era diferente, aunque tal vez volviera también él con el tiempo al mundo humano y olvidara lo que estaba aprendiendo allí. Las criaturas que eran sus padres también lo eran de los hombres, y el matrimonio de semen en el cuerpo de Lucy era la misma mezcla que había producido los primeros machos. Siempre habían existido mujeres: vivían como especie aparte con los demonios. Pero quisieron compañeros de juego, y juntos crearon a los hombres.

Qué error, qué equivocación más catastrófica. En el transcurso de los eones, el peor eliminó al mejor; las mujeres fueron esclavizadas; los demonios, asesinados o sepultados, quedando unos pocos focos de supervivientes para realizar de nuevo aquel primer experimento y crear hombres, como Aaron, que fueran más comprensivos con su historia. Sólo infiltrando en la humanidad nuevos hijos machos podría suavizarse el carácter de la raza dominante. Esa posibilidad ya era bastante precaria como para que se interpusieran más niños enfadados con los puños regordetes y blancos repletos de escopetas.

Aaron reconoció el olor de Packard y de su padrastro, y comprendió que eran de otra raza. Después de aquella noche los trataría desapasionadamente, como a animales de una especie diferente. A quienes más cercano se sentía era a los magníficos demonios que tenía alrededor, y supo que los defendería con su vida si fuera preciso.

El coche de Packard encabezaba el ataque. La columna de vehículos surgió de la oscuridad con las sirenas aullando y los faros encendidos y se dirigió directamente hacia el centro de la celebración. En uno o dos coches, policías aterrados aullaron espontáneamente cuando vieron de golpe todo el espectáculo, pero para entonces la fuerza de choque ya estaba lanzada. Hubo disparos. Aaron notó que sus padres estrechaban el corro para protegerlo, y su carne se oscurecía ahora de furia y de miedo.

Packard supo instintivamente que aquellas criaturas podían sentir temor, podía oler cómo emanaba de ellos. Parte de su trabajo consistía en reconocer el miedo, jugar con él y utilizarlo contra el

infiel. Chilló sus órdenes por el megáfono y llevó los coches dentro del círculo de demonios. En la parte de atrás de uno de los coches que lo seguían, Davidson cerró los ojos y dedicó una plegaria a Yavé, a Buda y a Groucho Marx. «Otorgadme poder, otorgadme indiferencia, otorgadme sentido del humor». Pero nadie acudió en su ayuda: el hígado aún le hervía, la garganta seguía dándole punzadas.

Delante sonó el chirrido de los frenos. Davidson abrió los ojos (sólo una rendija) y vio a una de las criaturas envolver con su brazo púrpura y negro el coche de Packard y levantarlo en el aire. Una de las portezuelas de atrás se abrió violentamente, y una figura en quien reconoció a Eleanor Kooker cayó al suelo desde poca altura, seguida muy de cerca por Eugene. Sin un jefe, los coches se estrellaron frenéticamente, y toda la escena quedó velada en parte por el humo y el polvo. Se oía el ruido de ventanillas delanteras rompiéndose cuando los policías salían a marchas forzadas de los coches; los chirridos de capós rasgados y puertas arrancadas de cuajo. El aullido agonizante de una sirena aplastada; la última plegaria de un policía moribundo.

Sin embargo, también se distinguía la voz de Packard con la suficiente claridad, gritando órdenes desde su coche mientras lo izaban aún más alto en el aire, con el motor acelerado y las ruedas girando estúpidamente en el vacío. El demonio agitaba el coche como un niño un juguete, hasta que la portezuela del conductor se abrió y Jedediah cayó al suelo ante la falda de piel de la criatura. Davidson vio cómo esa falda envolvía al adjunto, cuya espalda estaba rota, y parecía absorberlo en sus pliegues. También vio cómo Eleanor se enfrentaba al demonio, alto como una torre, mientras éste devoraba a su hijo.

—¡Jedediah, sal de ahí! —chilló, y disparó tiro tras tiro contra la cabeza cilíndrica y sin rasgos del devorador.

Davidson se apeó del coche para ver mejor. Entre un montón de vehículos aplastados y capós salpicados de sangre pudo hacerse una idea más cabal de la escena. Los demonios se estaban alejando de la batalla, dejando en la vanguardia aquel extraordinario monstruo. En voz baja, Davidson dedicó una oración de gracias a cualquier deidad que pasara por allí. Los demonios estaban desapareciendo. No habría ninguna batalla campal; ninguna pelea de manos contra

tentáculos. Se comerían vivo al niño o harían lo que tenían planeado con el pobrecillo bastardo. Pero ¿no podría ver a Aaron desde donde estaba? ¿No era la frágil figura que los demonios que se batían en retirada llevaban tan alto, como un trofeo?

Con las blasfemias y las acusaciones de Eleanor en los oídos, los policías que cubrían el ataque empezaron a salir de sus escondites para rodear al demonio que quedaba. A fin de cuentas, ya sólo había que enfrentarse a uno, que además tenía a su Napoleón en su delgado puño. Le lanzaron una descarga tras otra sobre sus arrugas y pliegues y contra la geometría perfecta de su cabeza, pero el demonio no parecía darse por aludido. Sólo después de agitar el coche de Packard hasta que el sheriff traqueteó como una rana muerta en una lata, éste dejó de interesarle y soltó el vehículo. El aire se llenó de un olor a gasolina que revolvió el estómago de Davidson.

Entonces se oyó un grito:

—¡Cuerpo a tierra!

¿Era una granada? Seguro que no; era imposible, con tanta gasolina sobre el…

Davidson cayó al suelo. Hubo un silencio súbito, en el que pudo oírse a un hombre gimiendo en alguna parte, entre el caos, y luego el ruido sordo de una granada rebotando contra el suelo.

Alguien exclamó «¡Jesucristo!» con un tono triunfal en la voz.

Jesucristo. En nombre de… Por la gloria de…

El demonio estaba en llamas. El fino tejido de su espalda empapada de gasolina ardía; la explosión le había arrancado un miembro y destruido parcialmente otro; el muñón y las heridas se le salpicaron de una sangre espesa e incolora. En el aire había olor a caramelo quemado: claramente, la criatura estaba muriendo incinerada. Su cuerpo se tambaleaba y estremecía mientras se enroscaba alrededor de su cara vacía, y se alejó de sus torturadores dando traspiés, sin una sola queja de dolor. A Davidson le hizo gracia ver cómo se quemaba: era como el sencillo placer de plantar el tacón de la bota en medio de una medusa. Fue una ocupación favorita de los veranos de su infancia, en las tardes calurosas de Maine: hundir buques de guerra.

A Packard lo estaban sacando a rastras de entre los despojos de su coche. ¡Dios mío, aquel hombre estaba hecho de acero!: se

encontraba de pie, increpando a sus hombres para que avanzaran contra el enemigo. En el mejor momento de su alocución, una chispa de fuego cayó del demonio que se venía abajo y tocó el lago de gasolina en que se encontraba Packard. Un segundo más tarde, él, el coche y dos de sus salvadores estaban envueltos en una encrespada nube de fuego blanco. No tenían posibilidades de sobrevivir: las llamas los disolvieron. Davidson pudo ver cómo se deshacían sus figuras oscuras en el centro de aquel infierno, envueltas en lenguas de fuego, retorciéndose sobre sí mismas mientras perecían.

Casi antes de que el cuerpo de Packard hubiera caído al suelo, Davidson oyó la voz de Eugene por encima de las llamas:

—¿Veis lo que han hecho? ¿Veis lo que han hecho?

Los policías lanzaron feroces aullidos como respuesta a esa acusación.

—¡Acabad con ellos! —chillaba Eugene—. ¡Acabad con ellos!

Lucy distinguía el ruido de la batalla, pero no hizo ademán de acercarse al pie de las colinas. Algo en la forma en que estaba suspendida la luna en el cielo y en el olor de la brisa le habían quitado las ganas de moverse. Exhausta y hechizada, se quedó en pleno desierto y observó el cielo.

Cuando, después de una eternidad, bajó la vista para vislumbrar el horizonte, vio dos cosas que le interesaron. Fuera de las colinas, una sucia mancha de humo, y, en el límite de su percepción, a la delicada luz de la noche, una fila de criaturas que salían corriendo de las colinas. De repente, echó a correr.

Mientras corría se le ocurrió que su paso era tan ágil como el de una jovencita, y que tenía el mismo móvil que una jovencita, es decir, que estaba persiguiendo a su amante.

En una zona vacía del desierto, la asamblea de demonios desapareció sin más de la vista. Desde donde se encontraba Lucy, jadeando en medio de ninguna parte, parecía que la tierra se los hubiera tragado. Echó de nuevo a correr. ¿Podría volver a ver a su hijo y a los padres de éste antes de que se fueran para siempre? ¿O

hasta eso le iban a negar después de tantos años de espera?

El coche que iba en cabeza lo conducía Davidson, siguiendo las órdenes de Eugene, con quien de momento no se podía discutir. Algo en su manera de empuñar el fusil indicaba que dispararía primero y preguntaría después. Dos tercios de las órdenes que daba a su desparramado ejército eran obscenidades incoherentes, y sólo un tercio inteligibles. Los ojos le brillaban de histeria; la boca le babeaba ligeramente. Estaba loco y tenía aterrorizado a Davidson. Pero ya era demasiado tarde para darse la vuelta: estaba ligado a aquel hombre durante aquella última y apocalíptica persecución.

—¡Mira, esos hijos de puta de ojos negros no tienen cabeza, los muy jodidos! —chillaba Eugene por encima del estertor dolorido del motor—. ¿Por qué vas tan despacio, chico?

Hundió su fusil en la entrepierna de Davidson.

—Conduce o te volaré los sesos.

—¡No sé por dónde han ido! —le respondió el otro gritando.

—¿Qué quieres decir? ¡Enséñamelo!

—No te puedo enseñar el camino si han desaparecido.

Eugene apreció vagamente la cordura de esa respuesta.

—Reduce, chico.

Se asomó por la ventanilla del coche para detener al resto del ejército.

—¡Parad el coche…, parad el coche!

Davidson frenó.

—¡Y apagad esas jodidas luces! ¡Todos!

Apagaron los faros. Por detrás, el resto de la columna los imitó.

Se hizo una súbita oscuridad. Un súbito silencio. No se veía ni se oía nada por parte alguna. Habían desaparecido; toda la tribu cacofónica de demonios se había desvanecido en el aire, como una quimera.

El panorama desértico se aclaró cuando sus ojos se habituaron al brillo de la luz lunar, Eugene se apeó del coche, con el fusil todavía a punto de ser usado, y contempló la arena deseando que ésta le diera explicaciones.

—¡Cabrones! —dijo, con mucha suavidad.

Lucy había dejado de correr. Ahora andaba en dirección a la fila de coches. Ya había acabado todo. Los había engañado a todos: la desaparición fue una baza que nadie había previsto.

Entonces oyó a Aaron.

No podía verlo, pero su voz era tan nítida como la de una campana; y, al igual que una campana, convocaba. Igual que una campana decía a voz en grito: es tiempo de carnaval; celebradlo con nosotros.

Eugene también lo oyó y sonrió.

—¡Hey! —dijo la voz del chico.

—¿Dónde está? ¿Lo ves, Davidson?

Éste negó con la cabeza. Y entonces…

—¡Espera! ¡Espera! Veo una luz… Mira, delante mismo, a lo lejos.

—Ya la veo.

Con una precaución exagerada, Eugene empujó nuevamente a Davidson hacia el asiento del conductor.

—Conduce, chico. Pero despacio y con las luces apagadas.

Davidson asintió. «Más medusas que aplastar», pensó; al final iban a alcanzar a aquellos bastardos. ¿Y no merecía eso correr un poco de riesgo? El convoy se puso en marcha una vez más, avanzando sigilosamente y muy despacio.

Lucy echó a correr otra vez: ahora podía ver la pequeña figura de Aaron, de pie en el borde de una depresión de la arena. Los coches se dirigían hacia allí.

Al verlos acercarse, Aaron dejó de llamarlos y empezó a alejarse, bajando por la depresión. No era necesario esperar más; estaba claro que lo seguían. Sus pies descalzos dejaban huellas apenas perceptibles sobre el declive de arena suave que llevaba fuera de las idioteces de este mundo. En las sombras que había en la hondonada podía ver a su familia, vigilándolo y sonriéndole.

—Va a desaparecer —observó Davidson.

—Entonces sigue a ese pequeño bastardo —le apremió Eugene —. A lo mejor el chico no sabe lo que hace. Ilumínalo.

Los faros enfocaron a Aaron. Tenía las ropas andrajosas y por su forma de andar parecía exhausto.

A unos cuantos metros a la derecha, Lucy observó cómo el primer coche dejaba atrás el borde de tierra y, cuesta abajo, seguía al chico en dirección a…

—¡No —se dijo—, no lo hagáis!

Davidson tuvo miedo de repente. Empezó a disminuir la marcha.

—Adelante, chico. —Eugene le volvió a hundir el fusil en la entrepierna—. Los tenemos acorralados. Tenemos todo el nido ahí delante. El chico nos está llevando directamente hacia ellos.

Todos los coches estaban ya descendiendo por la depresión, en pos del primero, con las ruedas resbalando en la arena.

Aaron se dio la vuelta. Detrás de él, iluminados exclusivamente por la fosforescencia de su propia materia, estaban los demonios; era una masa de geometrías imposibles. Todos los atributos de Lucifer estaban repartidos entre los cuerpos de los padres. Unas anatomías extraordinarias, unas cabezas de espirales ilusorias, escamas, faldas, garras, podaderas.

Eugene mandó detener el convoy, se apeó del coche y empezó a andar hacia Aaron.

—Gracias, hijo. Ven aquí… Ahora te cuidaremos. Ya son nuestros. Estás a salvo.

Aaron se quedó mirando a su padre sin comprenderlo.

Detrás de Eugene, el ejército estaba apeándose de los coches, preparando las armas. Cargaban precipitadamente un lanzagranadas, amartillaban los fusiles, activaban las granadas.

—Ven con papá, chico —rogó Eugene.

Aaron no se movió, por lo que su padre se acercó unos cuantos metros más al fondo, Davidson ya estaba fuera del coche, temblando de la cabeza a los pies.

—Quizá deberías soltar el fusil. A lo mejor tiene miedo —sugirió.

Eugene gruñó y dejó caer unos centímetros la boca del fusil.

—Estás a salvo —dijo Davidson—. No tengas miedo.

—Ven con nosotros, chico. Despacio.

La cara de Aaron empezó a enrojecer. Hasta bajo la luz engañosa de los faros se apreciaba claramente su mutación. Las mejillas se le hinchaban como globos y la piel de su frente se estaba arrugando como si estuviera llena de gusanos. La cabeza parecía licuársele, convertirse en una sopa de formas que cambiaran y eclosionaran como una nube. La fachada de su niñez se desmoronaba a medida que el padre que había dentro del hijo mostraba su inmenso e inimaginable rostro.

En cuanto Aaron se hubo convertido en hijo verdadero de su padre, el declive empezó a reblandecerse. Davidson fue el primero

en notarlo: un ligero cambio en la consistencia de la arena, como si le hubieran dado una orden sutil pero imperativa.

Lo único que podía hacer Eugene era quedarse boquiabierto ante la transformación de Aaron, cuyo cuerpo entero estaba sobrecogido por los estremecimientos de la mutación. El estómago se le había distendido y toda una cosecha de conos sobresalía de él, conos que florecían inmediatamente en docenas de piernas espirales. El cambio era maravilloso por su complejidad, como si de la sustancia íntima del chico surgieran nuevas glorias.

Sin avisar, Eugene levantó el fusil y disparó a su hijo.

La bala alcanzó al niño-demonio en mitad de la cara. Aaron cayó hacia atrás, mientras su transformación seguía su curso al tiempo que su sangre, en un chorro medio escarlata medio plateado, manaba de la herida hasta caer sobre la tierra licuante.

Las geometrías de la oscuridad salieron de su escondite para ayudar al niño. Sus intrincadas formas parecían más sencillas a la luz de los faros, pero, según surgían, daban la sensación de estar cambiando de nuevo: los cuerpos se volvían delgados de pena, de sus corazones salía un gemido de lamentación semejante a un sólido muro de sonido.

Eugene levantó el fusil por segunda vez, gritando ante su victoria. Los tenía a su merced… ¡Dios mío, los tenía a su merced! Sucios, apestosos cabrones sin cara…

Pero el limo que tenía a los pies se convirtió en una melaza caliente al subírsele por las espinillas, y al disparar perdió el equilibrio. Gritó pidiendo ayuda, pero Davidson ya se alejaba tambaleando cuesta arriba de la hondonada, en una batalla perdida de antemano contra el lodazal que se estaba formando. El resto del ejército quedaba atrapado de forma similar a medida que el desierto se licuaba a sus pies y el barro gelatinoso empezaba a arrastrarse cuesta arriba.

Los demonios se habían ido: se habían desvanecido en la oscuridad, y su lamento se desvaneció.

Eugene, estirado sobre la espalda en la arena que se hundía, hizo dos disparos inútiles y vehementes contra la oscuridad que había detrás del cadáver de Aaron. Estaba pataleando como un cerdo degollado, y a cada puntapié el cuerpo se le hundía un poco más. Cuando su cara desapareció bajo el barro, sólo consiguió entrever a

Lucy, de pie sobre el borde de la hondonada contemplando el cuerpo de Aaron. Luego la ciénaga le cubrió el rostro y acabó con él.

El desierto se les estaba viniendo encima a una velocidad vertiginosa.

Uno o dos coches ya estaban completamente sumergidos, y la ola de arena que subía la cuesta alcanzaba implacablemente a los que trataban de escapar. Débiles gritos de socorro se apagaban de súbito al llenarse las bocas de desierto; alguien disparaba al suelo en un intento histérico de detener la marea, pero ésta evolucionaba rápidamente para acabar hasta con el último. Ni siquiera Eleanor Kooker se libró: luchaba, maldiciendo y hundiendo progresivamente en la arena el cuerpo inerte de un policía, debido a sus intentos frenéticos de salir del lodazal.

Ahora se oían aullidos por todas partes. Los hombres, presas del pánico, se empujaban a tientas para sujetarse, intentando desesperadamente mantener la cabeza a flote en aquel mar de arena.

Davidson estaba enterrado hasta la cintura. La tierra que se arremolinaba en torno a la mitad inferior de su cuerpo era cálida y resultaba curiosamente seductora. La intimidad de aquella presión le había provocado una erección. Unos pocos metros detrás, un policía entonaba su canto de cisne a medida que el desierto se lo iba tragando. Más lejos distinguió una cara asomada por encima del suelo en movimiento, como una máscara viviente tirada sobre la tierra. Había un brazo cerca, que se agitaba mientras se hundía, y un par de gruesas nalgas sobresalían del légamo como dos sandias: era la despedida de un agente.

Lucy dio un paso atrás cuando el cieno sobrepasó ligeramente el borde de la hondonada, pero no llegó a alcanzarle el pie. Curiosamente, tampoco se dispersó, como habría hecho una ola marina.

Se endurecía como si fuera cemento, atenazando sus trofeos vivos como moscas en ámbar. De los labios de todas las caras que aún respiraban surgió un nuevo grito de terror cuando sintieron que el suelo del desierto se espesaba alrededor de sus miembros crispados.

Davidson vio a Eleanor Kooker enterrada hasta el pecho. Las

lágrimas le resbalaban por las mejillas; estaba sollozando como una niña pequeña. Él, por su parte, apenas pensaba en sí mismo. No se acordó del Este, de Bárbara, de los niños.

Los hombres cuyas caras estaban sumergidas pero cuyos miembros u otras partes del cuerpo aún asomaban a la superficie, ya estaban muertos de asfixia por entonces. Sólo sobrevivían Eleanor Kooker, Davidson y dos hombres más. Uno estaba aprisionado en la tierra hasta la barbilla. Eleanor se hallaba enterrada de forma que sus pechos reposaban sobre el suelo, y tenía los brazos libres para golpear la tierra que la tenía atrapada firmemente. Davidson permanecía inmovilizado de caderas abajo. Y, lo más horrible de todo, a una patética víctima sólo se le veían la nariz y la boca. Tenía la cabeza dentro del suelo, atenazada por la roca. Pero seguía respirando, seguía gritando.

Eleanor Kooker arañaba el suelo con las uñas rotas, pero aquella arena no estaba suelta. Era inamovible.

—Vete a por ayuda —le suplicó a Lucy, con las manos sangrando.

Las dos mujeres se contemplaron.

—¡Jesucristo! —chilló la Boca.

La Cabeza estaba callada: por su mirada vidriosa se comprendía que aquel hombre se había vuelto loco.

—Por favor, ayúdanos… —imploró el torso de Davidson—. Ve a por ayuda.

Lucy asintió.

—¡Rápido! —pidió Eleanor Kooker—. ¡Vete!

Lucy obedeció inconscientemente. Hacia el Este estaban apareciendo los primeros destellos del amanecer. Pronto el aire estaría ardiendo. En Welcome, a tres horas de marcha, sólo encontraría hombres mayores, mujeres histéricas y niños. A lo mejor tenía que ir a buscar ayuda a ochenta kilómetros de distancia. Todo eso suponiendo que encontrara el camino de vuelta. Todo eso suponiendo que no cayera exhausta sobre la arena y muriera.

Era imposible que antes de mediodía encontrara ayuda para la mujer, el Torso, la Cabeza y la Boca. Para entonces la locura se habría apoderado de ellos. El sol les habría resecado la tapa de los sesos, las serpientes habrían anidado en su cabello, las águilas ratoneras les habrían arrancado los ojos indefensos.

Echó un último vistazo a aquellas figuras insignificantes, achicadas por la caricia creciente del cielo del amanecer. Eran pequeños puntos y comas de dolor humano sobre una hoja blanca de arena; no se preguntó qué pluma los había inscrito allí. Dejó eso para otro día.

Al cabo de un rato, empezó a correr.

NUEVOS ASESINATOS EN LA CALLE MORGUE

El invierno, decidió Lewis, no era la estación de los viejos. La nieve que cubría las calles de París con diez centímetros de espesor lo helaba hasta la médula. Lo que de niño había sido para él una alegría era ahora una maldición. La odiaba con todo su corazón; odiaba a los niños que se tiran bolas de nieve (gritos, aullidos, lágrimas); odiaba también a los jóvenes amantes, ansiosos de que los sorprendieran en pleno frenesí (gritos, besos, lágrimas). Resultaba incómodo y aburrido, y deseó encontrarse en Fort Lauderdale, donde el sol estaría brillando.

Pero el telegrama de Catherine, sin ser explícito, era urgente, y los lazos de amistad que los unían no se habían roto durante casi cincuenta años. Estaba aquí por ella y por su hermano Phillipe. Por vulnerable que le pareciera su sangre en aquel país helado, era estúpido quejarse. Había acudido a una cita con el pasado, y habría acudido con la misma rapidez y de tan buena gana si París hubiera estado ardiendo.

Además, era la ciudad de su madre. Había nacido en el bulevar Diderot en una época en que la ciudad no estaba atestada de arquitectos librepensadores ni de ingenieros sociales. Ahora, cada vez que Lewis volvía a París, se preparaba para una nueva profanación. Advirtió que en los últimos tiempos eran menos frecuentes. En Europa la recesión había acabado con el entusiasmo de los gobiernos por las excavadoras. Pero todavía, año tras año, casas hermosas se convertían en cascotes. A veces, calles enteras se venían abajo.

Hasta la calle Morgue.

Naturalmente, se dudaba de si esa calle de mala fama había existido, pero, a medida que envejecía, a Lewis le parecía cada vez menos pertinente distinguir entre realidad y ficción. Esa gran distinción era para los jóvenes, que aún tenían que enfrentarse a la vida. Para los viejos (y él tenía setenta y tres años), la división era puramente especulativa. ¿Qué importancia tenía saber qué era cierto y qué falso, qué real y qué inventado? Para él, todo, las verdades y las mentiras a medias, eran un solo continuo de historia

personal.

Tal vez había existido la calle Morgue como la describió Poe en su cuento inmortal; o tal vez fuera pura invención. En cualquier caso, la célebre calle ya no figuraba en ningún plano de París.

Quizá Lewis se sentía ligeramente defraudado por no haber encontrado esa calle. Después de todo, formaba parte de su herencia. Si las historias que le habían contado de niño eran ciertas, los acontecimientos descritos en *Los asesinatos de la calle Morgue* se los había contado su abuelo a Poe. El orgullo de su madre era que su padre se hubiese encontrado con Poe mientras viajaba por América. Al parecer, su abuelo había sido un trotamundos, descontento si no visitaba una ciudad nueva cada semana. Y en el invierno de 1835 estuvo en Richmond, Virginia. Fue un invierno muy duro, a lo mejor no demasiado diferente del que padecía ahora Lewis, y una noche el abuelo se refugió en un bar de Richmond. Allí, con la ventisca azotando el exterior, se topó con un joven pequeño, oscuro y melancólico llamado Eddie. Parecía una especie de celebridad local por ser el autor de un cuento que ganó un concurso en el *Baltimore Sunday Visitor*. El relato era *Manuscrito encontrado en una botella*, y el joven atormentado se llamaba Edgar Allan Poe.

Los dos pasaron la noche bebiendo y (eso decía la historia, en cualquier caso) Poe le sonsacó sutilmente al abuelo historias misteriosas, morbosas y de ocultismo. El viajero experimentado se sintió feliz de complacerlo y le contó miles de retazos de historias fantásticas, que el escritor refundió más tarde en El *misterio de Marie Roget* y *Los asesinatos de la calle Morgue*. En ambos cuentos, asomando por entre las atrocidades, aparecía el genio peculiar de C. Auguste Dupin.

C. Auguste Dupin. Para Poe era la encarnación del perfecto detective: tranquilo, racional y brillantemente perceptivo. Las narraciones en que aparecía se hicieron pronto famosas, y gracias a ellas Dupin se convirtió en una celebridad de ficción, sin que nadie supiera en América que era una persona real.

Era el hermano del abuelo de Lewis. El tío abuelo de Lewis era C. Auguste Dupin.

Y su caso más importante —los asesinatos de la calle Morgue— también se basaba en la realidad. Las matanzas descritas en el

relato habían ocurrido de veras. Desde luego que habían matado brutalmente a dos mujeres en la calle Morgue. Eran, como escribió Poe, la señora
L'Espanaye
y su hija, la señorita Camille
L'Espanaye
. Dos mujeres de buena reputación que vivían existencias tranquilas y sosegadas. Por eso resultó mucho más terrible descubrir que sus vidas habían sido brutalmente truncadas. El cuerpo de la hija estaba metido en la chimenea; el de la madre fue descubierto en el patio posterior de la casa, con la garganta cortada tan salvajemente que tenía la cabeza casi aserrada. No se pudo encontrar un móvil convincente para los asesinatos, y el misterio se hizo aún más impenetrable cuando todos los ocupantes de la casa manifestaron haber oído hablar al asesino en lenguas diferentes. El francés estaba seguro de que la voz era de un español, el inglés había oído alemán, el holandés creyó que era francés. Dupin, en sus investigaciones, anotó que ninguno de los testigos conocía el lenguaje que decía haber oído de labios del asesino al que nadie vio.

Concluyó que la pretendida lengua no era tal, sino la voz inarticulada de una bestia salvaje.

De hecho, era un mono, un monstruoso orangután de las islas del este de la India. En el puño de la difunta señora
L'Espanaye
se encontraron pelos rojizos. Sólo la fuerza y agilidad de la bestia explicaban el horroroso destino de la señorita
L'Espanaye
. El animal, que pertenecía a un marino maltés, se escapó y asaltó el piso de la calle Morgue.

Ésa era la esencia de la historia.

Cierto o falso, el cuento ejercía una gran fascinación romántica sobre Lewis. Le gustaba pensar en su tío abuelo abriéndose camino por el misterio gracias a su lógica, sin dejarse afectar por la histeria y el horror que lo rodeaban. Pensó que esa tranquilidad era auténticamente europea; pertenecía a una época remota en que aún se valoraba la luz de la razón, y el peor horror que se podía concebir era una bestia armada con una cuchilla para rebanar cuellos.

Ahora, a medida que el siglo veinte se encaminaba perezosamente hacia su último cuarto, había que dar cuenta de atrocidades mucho más importantes, todas ellas cometidas por seres humanos. Los antropólogos examinaron al humilde orangután y descubrieron que se trataba de un herbívoro solitario, tranquilo y filosófico. Los auténticos monstruos eran mucho menos notorios y mucho más poderosos. Sus armas dejaban en ridículo a las cuchillas; sus crímenes eran enormes. En algunos momentos Lewis casi se sentía feliz de ser viejo y de estar a punto de dejar al siglo que se las arreglara solo. Sí, la nieve le helaba la médula. Sí, contemplar a una joven con cara de diosa excitaba en vano sus deseos. Sí, ahora se sentía como un observador en vez de un participante.

Pero no siempre fue así.

En 1937, en la misma habitación del número once del Quai de Bourbon donde ahora estaba sentado, vivió las suficientes experiencias. Por entonces París todavía era un palacio del placer que ignoraba obstinadamente los rumores de guerra y conservaba, aunque a veces se notara cierta tensión, un aire de dulce ingenuidad. Aquellos años habían sido despreocupados en los dos sentidos de la palabra; llevaron unas vidas interminables de ocio perfecto.

Naturalmente que no fue así. Sus vidas no habían sido perfectas ni interminables. Pero durante cierto tiempo —un verano, un mes, un día— pareció que nada en el mundo iba a cambiar.

Media década después ardería París, y su alegría pecaminosa, que en realidad no era más que inocencia, quedaría mancillada para siempre. Habían pasado muchos días (y noches) en el piso donde ahora estaba Lewis, y fueron tiempos maravillosos; cuando pensaba en ellos parecía que el estómago le doliera de nostalgia.

Sus pensamientos se dirigieron a sucesos más recientes. A su exposición en Nueva York, en la que la serie de pinturas que retrataban la condena de Europa había obtenido un brillante éxito de crítica. A los setenta y tres años Lewis era un hombre festejado. En todas las publicaciones de arte le dedicaban artículos. De la noche a la mañana se había multiplicado el número de sus admiradores y compradores, ansiosos de comprar su trabajo, de hablar con él, de estrechar su mano. Naturalmente, todo demasiado

tarde. Las angustias de la creación se habían acabado hacía tiempo, pues cinco años atrás dejó definitivamente los pinceles. Ahora, cuando no era más que un espectador, su triunfo de crítica parecía una parodia: observaba el circo desde lejos con un sentimiento semejante al disgusto.

Cuando le llegó el telegrama de París pidiéndole ayuda le causó un inmenso placer poder escapar del corro de imbéciles que le cantaban las alabanzas.

Ahora esperaba en el piso que se iba quedando a oscuras, y observaba el permanente tránsito de coches sobre el puente Louis-Phillipe; los cansados parisinos regresaban a casa sobre la nieve. Las bocinas aullaban; los motores tosían y refunfuñaban; los faros antiniebla amarillos dejaban una estela de luz sobre el puente.

Y Catherine no llegaba.

La nieve, que había dejado de caer durante casi todo el día, empezaba a caer de nuevo susurrando contra la ventana. El tráfico discurría por encima del Sena; el Sena discurría por debajo del tráfico. Cayó la noche. Finalmente, oyó pasos en el vestíbulo y cuchicheos intercambiados con el casero.

Era Catherine. Catherine, por fin.

Se levantó y miró la puerta, imaginando que se abría antes de que lo hiciera, imaginándosela en el pasillo.

—Lewis, querido…

Le sonrió; era una sonrisa pálida sobre una cara aún más pálida. Parecía más vieja de lo que él esperaba. ¿Cuánto tiempo hacía que no la veía? ¿Cuatro o cinco años? Su fragancia era la misma que siempre la acompañaba; esa peculiaridad suya tranquilizó a Lewis. Le besó suavemente las frías mejillas.

—Tienes buen aspecto —mintió.

—No, no lo tengo. Y si lo tengo es un insulto para Phillipe. ¿Cómo puedo estar bien mientras él tiene tantos problemas?

Su comportamiento era enérgico y severo, como siempre.

Tenía tres años más que él, pero lo trataba como un profesor a un niño recalcitrante. Siempre actuó así: era su forma de mostrarse cariñosa.

Después de los saludos, se sentó junto a la ventana mirando hacia afuera, hacia el Sena. Bajo el puente flotaban pequeños témpanos de hielo grises, agitándose y arremolinándose en la

corriente. El agua parecía mortífera, como si el frío pudiera quitarle a uno el resuello.

—¿Qué problema tiene Phillipe?

—Lo acusan de…

Una pequeña vacilación. El parpadeo de una pestaña.

—… asesinato.

Lewis quiso reírse; la sola idea era absurda. Phillipe tenía sesenta y nueve años y era apacible como un cordero.

—Es verdad, Lewis. Comprenderás que no te lo podía decir por telegrama. Tenía que comunicártelo en persona. Lo acusan de asesinato.

—¿Quién?

—Una chica, por supuesto. Una de sus hermosas mujeres.

—Todavía sigue haciendo la ronda, ¿no?

—Solíamos bromear diciendo que moriría por culpa de una mujer, ¿te acuerdas?

Lewis asintió levemente.

—Tenía diecinueve años. Natalie Perec. Era una chica muy culta, al parecer. Y encantadora. Con el pelo rojo y largo. ¿Recuerdas cómo le gustaban a Phillipe las pelirrojas?

—¿Diecinueve? ¿Sale con chicas de diecinueve?

Ella no le contestó. Lewis se sentó sabiendo que la irritaba que diera vueltas por la habitación. De perfil todavía era guapa, y el rayo de color amarillo azulado que entraba por la ventana le suavizaba las líneas de la cara, rejuveneciéndola mágicamente cincuenta años.

—¿Dónde está?

—Lo encerraron. Dicen que es peligroso y que podría volver a matar.

Lewis agitó la cabeza. Le dolían las sienes, dolor que desaparecería con que sólo lograra cerrar los ojos.

—Necesita verte. Muy urgentemente.

Pero tal vez el sueño sólo fuera una forma de escapismo. Se encontraba ante algo de lo que no podía ser espectador.

Phillipe Laborteaux miró a Lewis por encima de la mesa desnuda y ajada con el rostro cansado y absorto. Se habían saludado con

simples apretones de mano; era el único contacto físico autorizado.

—Estoy desesperado —confesó—. Está muerta. Mi Natalie está muerta.

—Cuéntame qué ocurrió.

—Tengo un pisito en Montmartre. En la calle de los Mártires, Consta de una sola habitación, y lo utilizo para recibir a los amigos. Catherine siempre tiene el número once tan limpio que no puede uno estar a sus anchas. Natalie solía pasar allí mucho tiempo conmigo; todo el mundo de la casa la conocía. Tenía un temperamento magnífico y era preciosa. Se estaba preparando para ingresar en la Facultad de Medicina. Era brillante. Y me quería.

Phillipe seguía siendo apuesto. En realidad, ahora que la moda volvía a los orígenes, su elegancia, su rostro casi fogoso, su encanto tranquilo estaban a la orden del día. Con algo de una época pasada, a lo mejor.

—El domingo por la mañana salí a la pastelería. Y cuando volví…

Le costaba trabajo pronunciar las palabras.

—Lewis…

Los ojos se le llenaron de lágrimas de frustración. Aquello le resultaba tan penoso, que su boca se negaba a articular los sonidos necesarios.

—No… —empezó Lewis.

—Quiero contártelo, Lewis. Quiero que lo sepas, quiero que la veas tal como yo la vi. Para que sepas qué cosas hay… hay…, qué cosas hay en el mundo.

Las lágrimas le resbalaron por la cara en dos graciosos arroyuelos. Apretó la mano de Lewis entre las suyas con tanta fuerza que le hizo daño.

—Estaba cubierta de sangre. De heridas. La piel arrancada…, el pelo destrozado. Su lengua estaba sobre la almohada, Lewis. Imagínatelo. Se la había cortado de terror. Estaba tirada sobre la almohada. Y sus ojos, flotando en sangre, como si hubiera llorado sangre. Era la criatura más preciosa de toda la creación, Lewis. Era hermosa.

—Basta.

—Quiero morirme, Lewis.

—No.

—No quiero seguir viviendo. No tiene sentido.

—No te declararán culpable.

—No me importa, Lewis. Debes ocuparte de Catherine. Leí comentarios sobre tu exposición…

Casi sonrió.

—… Me alegro por ti. Siempre lo dijimos, ¿verdad?, antes de la guerra. Tú ibas a ser famoso y yo…

La sonrisa había desaparecido.

—… célebre. En los periódicos dicen cosas terribles de mí. Un viejo que sale con chicas jóvenes; eso les parece insano. Probablemente piensan que perdí los estribos porque no podía satisfacerla. Eso es lo que piensan, estoy convencido. —Perdió el hilo, se paró y volvió a empezar—. Debes ocuparte de Catherine. Tiene dinero, pero ningún amigo. Es demasiado fría. Está herida en su interior y eso hace que la gente desconfíe de ella. Tienes que quedarte con ella.

—Lo haré.

—Ya lo sé. Lo sé. Por eso estoy contento, de verdad; simplemente por…

—No, Phillipe.

—… morir. No nos queda nada, Lewis. El mundo es demasiado duro.

Lewis pensó en la nieve, en los témpanos de hielo, y comprendió que morir tenía sentido.

El oficial encargado de la investigación fue poco amable, aunque Lewis se presentó como un pariente del apreciado detective Dupin. El desprecio que sentía por aquella comadreja mal vestida, sentada en el agujero desordenado de su oficina, hizo que la entrevista fuera tensa a causa de la cólera contenida.

—Su amigo —dijo el inspector, tirándose de la cutícula enrojecida del pulgar— es un asesino, señor Fox. Así de sencillo. Las pruebas son concluyentes.

—No lo puedo creer.

—Crea lo que más le guste, está en su derecho. Tenemos todas las pruebas que necesitamos para acusar a Phillipe Laborteaux de asesinato en primer grado. Fue una muerte a sangre fría y será

castigado con todas las de la ley. Se lo garantizo.

—¿Qué pruebas tiene contra él?

—Señor Fox, no le debo ningún favor. Las pruebas que tenemos son asunto nuestro. Baste con decirle que no se vio a ninguna otra persona durante el tiempo en que el acusado pretende haber estado en una ficticia pastelería; y como sólo se puede llegar a la habitación en que se encontró a la difunta por las escaleras…

—¿No hay ventanas?

—Tres pisos más arriba. Y en medio, una pared desnuda. Salvo un acróbata, nadie más pudo cometer el crimen.

—¿Y el estado del cuerpo?

El inspector puso una mueca de asco.

—Horrible. La piel y el músculo separados del hueso. Toda la espina dorsal expuesta. Sangre; mucha sangre.

—Phillipe tiene setenta años.

—¿Y?

—Un hombre mayor no sería capaz…

—En otros aspectos —le interrumpió el inspector— parece muy capaz, *oui?* Como amante, ¿sí? Amante apasionado; de eso sí era capaz.

—¿Y qué móvil diría que tuvo?

Abarquilló la boca, hizo rodar sus ojos y se golpeó el pecho.

—*Le coeur humain* —dijo, como si pusiera en duda la influencia de la razón sobre los asuntos de corazón—. *Le coeur humain, quel mystère, pas?*

n'est-ce

Y exhalando la fetidez de su úlcera sobre Lewis, indicó la puerta abierta.

—Gracias, señor Fox. Comprendo su confusión, *oui?* Pero está perdiendo el tiempo. Un crimen es un crimen. Es real; no como sus cuadros.

Vio sorprendido a Lewis.

—Oh, no soy tan poco civilizado como para no conocer su reputación, señor Fox. Pero le pido que cree sus invenciones lo mejor que pueda, para eso está dotado, *oui?* Yo lo estoy para descubrir la verdad.

Lewis no podía soportar más los tópicos de aquella comadreja.

—¿Verdad? —Le soltó al inspector—. No reconocería la verdad

aunque se tropezara con ella.

La comadreja puso cara de haber sido abofeteada con un pez mojado.

Fue una satisfacción ínfima, pero hizo que Lewis se sintiera mejor durante cinco minutos por lo menos.

La casa de la calle de los Mártires no estaba en buenas condiciones, y Lewis notaba el olor a húmedo mientras subía a la pequeña habitación del tercer piso. Las puertas se abrían a su paso, y susurros extrañados le hicieron apresurarse escaleras arriba, aunque nadie intentó detenerlo. El cuarto en que había tenido lugar la atrocidad estaba cerrado. Sentíase contrariado, pero sin saber cómo o por qué, tenía la convicción de que si veía el interior podría ayudar a Phillipe. Bajó las escaleras y salió al aire invernal.

Catherine ya había vuelto al Quai de Bourbon. En cuanto la vio, Lewis supo que iba a oír alguna novedad. Tenía el pelo suelto en lugar del moño que le gustaba llevar, y le colgaba desordenadamente por los hombros. A la luz de la lámpara, su cara presentaba un color gris amarillento y enfermizo. Hasta en el ambiente cerrado de su piso con calefacción central tenía escalofríos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Fui al piso de Phillipe —dijo Catherine.

—Yo también. Estaba cerrado.

—Pero yo tengo la llave; Phillipe guardaba un duplicado. Sólo quería recoger algo de ropa para él.

Lewis asintió.

—¿Y?

—Había alguien más.

—¿Policía?

—No.

—¿Quién?

—No pude distinguirlo. No lo sé exactamente. Llevaba un abrigo holgado y una bufanda sobre la cara. Sombrero. Guantes. —Se detuvo—. Tenía una cuchilla, Lewis.

—¿Una cuchilla?

—Una navaja barbera abierta.

Lewis tuvo un presentimiento. Una navaja abierta, un hombre tan tapado que no se le podía reconocer…

—Me aterrorizo.

—¿Te hizo daño?

Negó con la cabeza.

—Chillé y salió corriendo.

—¿No te dijo nada?

—No.

—¿Sería un amigo de Phillipe?

—Conozco a los amigos de Phillipe.

—Entonces de la chica. Un hermano.

—A lo mejor. Pero…

—¿Qué?

—Había algo raro en él. Olía a perfume, apestaba, y andaba a pasitos muy cortos y cuidadosos, aunque era inmenso.

Lewis la rodeó con el brazo.

—Fuera quien fuera, lo asustaste. Basta con que no vuelvas a ese lugar. Si hay que ir a buscar la ropa de Phillipe, iré yo.

—Gracias. Me siento estúpida: puede que simplemente entrara por casualidad. Que fuera a ver la habitación del asesino. La gente hace esas cosas, ¿verdad? Por una especie de fascinación morbosa…

—Mañana hablaré con la comadreja.

—¿Comadreja?

—El inspector Marais. Haré que registre el lugar.

—¿Viste a Phillipe?

—Sí.

—¿Está bien?

Lewis no respondió durante un buen rato.

—Quiere morir, Catherine. Ya ha abandonado la lucha, antes de ir a juicio.

—Pero ¡si no hizo nada!

—No podemos probarlo.

—Presumes siempre de tus antepasados, de tu bendito Dupin. Demuéstralo…

—¿Por dónde empiezo?

—Habla con alguno de sus amigos, Lewis. *Por favor*. A lo mejor la mujer tenía enemigos.

Jacques Solal contempló a Lewis a través de sus lentes cóncavas, con los iris ampliados y distorsionados por el cristal. Se sentía pésimamente; había bebido demasiado coñac.

—Ella no tenía enemigos. Ella no. Oh, tal vez unas pocas mujeres envidiosas de su belleza…

Lewis jugueteó con los terrones de azúcar estuchados que le habían servido con el café. Solal estaba tan poco comunicativo como borracho; pero, por extraño que resultara, Catherine aseguraba que el enano que tenía al otro lado de la mesa era el mejor amigo de Phillipe.

—¿Cree que Phillipe la mató?

Solal apretó los labios.

—¿Quién sabe?

—¿Qué opina usted?

—Ah, era amigo mío. Si supiera quién la mató lo diría.

Parecía veraz. A lo mejor aquel hombrecito ahogaba sencillamente sus penas en coñac.

—Era un caballero —dijo Solal, desviando los ojos hacia la calle.

Al otro lado del cristal ahumado de la cervecería, bravos parisinos combatían contra la furia de una nueva ventisca, intentando en vano mantener la dignidad y compostura en pleno vendaval.

—Un caballero —repitió.

—¿Y la chica?

—Era hermosa, y él estaba enamorado de ella. Tenía otros admiradores, naturalmente. Una mujer como ella…

—¿Admiradores celosos?

—¿Quién sabe?

Otra vez el «¿quién sabe?». La pregunta quedaba colgando en el aire como un encogimiento de hombros. ¿Quién sabe? ¿Quién sabe? Lewis empezó a comprender la pasión del inspector por la verdad. Quizá por primera vez en diez años su vida tenía un objetivo: la ambición de bajar del aire ese «¿quién sabe?» indiferente. De descubrir qué había ocurrido en aquella habitación de la calle de los Mártires. No quería una aproximación ni una explicación ficticia, sino la verdad, la verdad absoluta e incuestionable.

—¿Recuerda si algún hombre en particular la quería? —preguntó.

Solal se sonrió. Sólo le quedaban dos dientes en la mandíbula inferior.

—Oh, sí. Había uno…

—¿Quién?

—No supe jamás su nombre. Era un hombre corpulento; lo vi fuera de la casa tres o cuatro veces. Aunque por el olor parecía…

Puso una cara que mostraba bien a las claras que lo creía homosexual. Las cejas arqueadas y los labios apretados le hacía resultar doblemente ridículo detrás de las gafas.

—¿Olía?

—Oh, sí.

—¿A qué?

—A perfume, Lewis. A perfume.

En algún lugar de París había un hombre que conoció a la chica que amaba Phillipe. Una furia de celos se apoderó de él. En un arrebato de cólera incontrolable, asaltó el piso de Phillipe y asesinó a la chica. Era así de sencillo.

En algún lugar de París.

—¿Otro coñac?

Solal negó con la cabeza.

—Ya estoy mareado —confesó.

Lewis llamó al camarero, y al hacerlo sus ojos se posaron sobre unos recortes de periódico clavados detrás de la barra.

Solal siguió su mirada.

—A Phillipe le gustaban las fotos.

Lewis se levantó.

—A veces venía aquí a mirarlas.

Los recortes eran viejos, y estaban manchados y descoloridos. Algunos eran, al parecer, de interés puramente local. Noticias de un meteorito visto en una calle cercana; de un niño de dos años quemado vivo en su cuna; de la fuga de un puma; de un manuscrito inédito de Rimbaud; de las bajas de un accidente de aviación en el aeropuerto de Orleans (fotografía incluida). Pero había otros recortes, unos mucho más viejos que otros: atrocidades, extraños crímenes, violaciones rituales, un anuncio de *Fantomas*, otro de la obra de Cocteau *La bella y la bestia*. Y, casi enterrada en aquel batiburrillo de curiosidades, había una fotografía sepia tan absurda que podría haber sido obra de Max Ernst: un semicorro de

caballeros bien vestidos, muchos de ellos luciendo el poblado bigote que estuvo de moda en la década de 1890, estaba reunido en torno a la masa inmensa y sangrante de un mono suspendido de una lámpara por los pies. Los rostros de la foto reflejaban un orgullo callado; una autoridad absoluta sobre la bestia muerta, que Lewis reconoció claramente como un gorila. Su cabeza invertida tenía una expresión casi noble al morir: la frente hundida y arrugada; la mandíbula, aunque destrozada por una herida terrible, se adornaba con una barba fina como la de un patricio; y los ojos, desplazados, parecían muy preocupados por este mundo despiadado. Esos ojos desorbitados le recordaron a la comadreja en su agujero, golpeándose el pecho.

Le coeur humain.

Lamentable.

—¿Qué es eso? —le preguntó a un camarero lleno de acné, señalando la foto del gorila muerto.

Por toda respuesta encogió los hombros, indiferente al destino de hombres y monos.

—¿Quién sabe? —dijo Solal a su espalda—. ¿Quién sabe?

No era el mono de la historia de Poe, eso seguro. El cuento había sido narrado en 1835, y la fotografía era mucho más reciente. Además, el mono de la foto era un gorila sin la menor duda.

¿Se había repetido la historia? ¿Se había escapado otro mono, de una especie diferente, pero mono pese a todo, por las calles de París a finales del siglo pasado?

Y, de ser así, si la historia del mono podía repetirse una vez… ¿por qué no dos?

Mientras Lewis volvía aquella noche gélida al piso del Quai de Bourbon, la repetición de acontecimientos que había imaginado se volvió más atractiva y se le ocurrieron nuevas analogías. ¿Era posible que él, el sobrino nieto de C. Auguste Dupin, se viera involucrado en una nueva persecución, no del todo diferente a la primera?

La llave del piso de Phillipe en la calle de los Mártires helaba la mano de Lewis, y aunque ya era más de medianoche no pudo evitar salir del puente y encaminarse hacia el bulevar Sébastopol, hacia el

Oeste en dirección al bulevar Bonne-Nouvelle, y al Norte de nuevo, hacia la plaza Pigalle. Fue una caminata larga y agotadora, pero sentía necesidad de aire frío, de quitarse el sentimentalismo de la cabeza. Le costó una hora y media llegar a la calle de los Mártires.

Era sábado por la noche y aún había mucho ruido en gran parte de las habitaciones. Lewis subió los dos tramos de escaleras tan silenciosamente como pudo, y el jaleo ocultó su presencia. La llave giró con facilidad y se abrió la puerta.

Las luces de la calle iluminaron la habitación. La cama, que dominaba el lugar, estaba desnuda. Sin duda le habían quitado las sábanas y mantas para hacer análisis forenses. La sangre vertida sobre el colchón parecía morada en la penumbra. Por lo demás, no había indicios de la violencia de la que fuera testigo el cuarto.

Lewis alcanzó el conmutador de la luz y lo accionó, pero la luz no se encendió. Entró y miró la instalación. La bombilla estaba destrozada.

Pensó vagamente en irse, dejar el cuarto a oscuras y volver la mañana siguiente, cuando hubiera menos sombras. Pero bajo la bombilla rota sus ojos empezaron a penetrar la penumbra un poco mejor, y comenzó a distinguir la forma de una gran cómoda de teca arrimada a la pared de enfrente. Sin duda sería cuestión de minutos encontrarle una muda a Phillipe. Así no tendría que volver al día siguiente, y se evitaría otro largo paseo por la nieve. Mejor hacerlo ahora y cuidarse los huesos.

La habitación era amplia y la policía la había dejado hecha un desastre. Al cruzar en dirección a la cómoda, Lewis tropezó con una lámpara caída y un jarrón destrozado, y soltó una palabrota. En el piso de abajo, los aullidos y gritos de una fiesta prolongada tapaban todos los ruidos que él producía. ¿Era una orgía o una pelea? Por el ruido podía haber sido cualquiera de las dos cosas.

Forcejeó con el cajón superior de la cómoda y, finalmente, consiguió abrirlo, rebuscando en su interior los requisitos principales para la comodidad de Phillipe: una camiseta limpia, un par de calcetines y pañuelos con sus iniciales inmaculadamente planchados.

Estornudó. El tiempo helado le había acentuado el catarro de pecho y cargado la nariz, Tenía un pañuelo a mano y se sonó. Con las fosas nasales despejadas, advirtió por primera vez el olor de la

habitación.

Un olor flotaba por encima del de la humedad y la verdura rancia: perfume, el persistente aroma del perfume.

Se dio la vuelta en la habitación oscura, oyendo crujir sus huesos, y sus ojos se posaron sobre una sombra que había detrás de la cama. Era una sombra inmensa, un a masa que crecía al hacerse visible.

Era, lo vio en seguida, el extraño de la navaja. Allí estaba, al acecho.

Curiosamente, Lewis no se asusto.

—¿Qué está haciendo? —preguntó, con una voz clara y fuerte.

Al salir de su escondite, la cara del personaje quedó expuesta a la luz acuosa de la calle: era un rostro ancho, sin rasgos y despellejado. Tenía los ojos hundidos, pero sin maldad; y sonreía, sonreía generosamente a Lewis.

—¿Quién es? —preguntó éste otra vez.

El hombre sacudió la cabeza; en realidad sacudió el cuerpo entero, haciendo gestos con la mano enguantada sobre la boca. ¿Era mudo? Ahora sacudía la cabeza con más violencia, como si estuviera a punto de sufrir un ataque.

—¿Se encuentra bien?

De repente dejó de agitarse, y Lewis vio sorprendido cómo le asomaban lágrimas, gruesas y espesas, y le rodaban por las duras mejillas hasta el matorral de la barba.

Como si estuviera avergonzado por esa demostración de sentimientos, el hombre se apartó de la luz, atragantándose con un fuerte sollozo, y salió del cuarto. Lewis lo siguió, con más curiosidad por el extraño que inquietud ante sus intenciones.

—¡Espere!

El hombre ya estaba en medio del primer tramo de escaleras, ágil a pesar de su constitución.

—Espere, por favor, quiero hablar con usted.

Lewis se lanzó tras él por las escaleras, pero la persecución estaba perdida de antemano. La edad y el frío le habían anquilosado las articulaciones, y era tarde. No era momento de echarse a correr detrás de un hombre mucho más joven que él, con un pavimento resbaladizo a causa del hielo y la nieve. Siguió al extraño hasta la puerta y luego lo vio desaparecer en la calle; avanzaba a pasitos

muy cortos y cuidadosos, como había dicho Catherine. Se parecía al andar de un pato: ridículo para un hombre de su tamaño.

El viento del Noreste ya había dispersado el olor de su perfume. Sin aliento, Lewis volvió a subir las escaleras, atravesando el estrépito de la fiesta a fin de buscar algo de ropa para Phillipe.

Al día siguiente París amaneció con una ventisca de una ferocidad sin precedentes. Las llamadas a misa se desoyeron, no se vendieron los croissants calientes del domingo y los periódicos se quedaron por leer en los quioscos. Pocas personas tuvieron el coraje o el motivo suficiente para asomarse al vendaval que rugía en la calle. Se sentaron junto al fuego, frotándose las rodillas y soñando con la primavera. Catherine quería ir a la prisión a visitar a Phillipe, pero Lewis insistió en acudir solo. No era solamente el tiempo frío lo que le impulsaba a cuidar de ella; tenía que decirle a Phillipe palabras duras, hacerle preguntas delicadas. Después del encuentro de la noche anterior en su habitación, no le cabía ninguna duda de que Phillipe tenía un rival, probablemente un rival asesino. Al parecer, la única forma de salvar la vida de Phillipe consistía en seguir a aquel hombre. Y si eso suponía hurgar en los asuntos sexuales de Phillipe, tendría que hacerlo. Pero no era una conversación que él o Phillipe desearan mantener en presencia de Catherine.

Las ropas limpias que Lewis llevó fueron registradas y luego entregadas a Phillipe, que las cogió moviendo la cabeza en señal de agradecimiento.

—Fui a tu piso ayer por la noche a buscar esto para ti.

—Oh.

—Ya había alguien en el cuarto.

Phillipe empezó a mover la mandíbula, haciendo rechinar los dientes. Esquivaba la mirada de Lewis.

—Un hombre grande, con barba. ¿Lo conoces o sabes algo de él?

—*No*.

—Phillipe.

—No.

—El mismo hombre atacó a Catherine —dijo Lewis.

—¿Qué?

Phillipe había empezado a temblar.

—Con una navaja.

—¿La atacó? —preguntó Phillipe—. ¿Estás seguro?

—O estuvo a punto.

—¡No! Jamás la habría tocado. ¡Jamás!

—¿Quién es, Phillipe? ¿Lo sabes?

—Dile que no vuelva a ir allí; por favor, Lewis… —Sus ojos eran implorantes—. Por favor, por el amor de Dios, dile que no vuelva. ¿Lo harás? Tú tampoco debes volver. Tú tampoco.

—¿Quién es?

—*Díselo*.

—Lo haré. Pero tienes que decirme quién es ese hombre, Phillipe.

Sacudió la cabeza. Ahora rechinaba los dientes de una manera audible.

—No lo entenderías, Lewis. No puedo esperar que lo comprendas.

—Dímelo; quiero ayudarte.

—Déjame morir.

—*¿Quién es él?*

—Déjame morir… Quiero olvidar. ¿Por qué intentas hacerme recordar? Quiero…

Levantó la mirada: tenía los ojos inyectados de sangre, y sus ojeras revelaban noches enteras llorando. Parecía, sin embargo, que ya no le quedaban más lágrimas; sólo una sensación de aridez donde hubo miedo justificado a la muerte, amor al amor y ganas de vivir. Lo que encontraron los ojos de Lewis fue una indiferencia universal: a la continuidad, a la salvación propia, al sentimiento.

—¡Era una puta! —exclamó súbitamente.

Sus manos eran puños. Lewis no había visto a Phillipe tan exaltado en su vida. Ahora clavó las uñas en la suave carne de la palma hasta que la sangre empezó a manar.

—¡Puta! —repitió, con una voz demasiado alta para la pequeña celda.

—Contrólate —advirtió el vigilante.

—¡Una puta!

Esta vez Phillipe silbó la acusación entre dientes, unos dientes que mostraba como un babuino enfurecido.

Lewis no lograba entender el porqué de aquella transformación.

—Tú empezaste con todo esto… —dijo Phillipe, mirando directamente a Lewis, encontrándose por primera vez con sus ojos.

Era una acusación amarga, aunque Lewis no entendía su significado.

—¿Yo?

—Con tus historias. Con tu maldito Dupin.

—¿Dupin?

—Era todo una estúpida mentira. Mujeres, asesinato…

—¿Te refieres a la historia de la calle Morgue?

—Estabas muy orgulloso de ella, ¿no es cierto? Todas aquellas tontas mentiras. Nada era cierto.

—Sí que lo era.

—No. Nunca lo fue, Lewis; fue una historia, eso es todo. Dupin, la calle Morgue, los asesinatos…

Su voz se apagó como si las siguientes palabras fueran indecibles.

—… El mono.

Ahí estaban esas palabras: lo que al parecer no se podía decir fue pronunciado como si le hubieran arrancado cada sílaba del cuello.

—… El mono.

—¿Qué pasa con el mono?

—Hay bestias, Lewis. Algunas son lamentables; animales de circo. No tienen cerebro; son víctimas natas. Pero también hay otras.

—¿Qué otras?

—*¡Natalie era una puta!* —volvió a chillar, con los ojos como platos. Agarró a Lewis de la solapa y empezó a sacudirlo. Todo el mundo en la pequeña habitación se volvió para mirar la pelea de los dos ancianos sobre la mesa. Los condenados y sus novias sonrieron cuando separaron a Lewis de su amigo, que pronunciaba incoherencias y obscenidades mientras pataleaba, aferrado por el vigilante.

—¡Puta! ¡Puta! ¡Puta! —Era todo lo que podía decir mientras lo arrastraban a su celda.

Catherine se encontró con Lewis a la puerta del piso de ella. Estaba sobresaltada y llorosa. Detrás de ella vio la habitación patas arriba.

Sollozó contra su pecho mientras él la tranquilizaba, pero era inconsolable. Hacía muchos años que no consolaba a una mujer, y había perdido la costumbre. Estaba azarado en lugar de tranquilizador, y ella se dio cuenta. Se apartó de su abrazo; mejor que no la tocara.

—Estuvo aquí —dijo.

No tuvo necesidad de preguntar quién. El extraño, el lloroso extraño de la navaja.

—¿Qué quería?

—No paró de decirme «Phillipe». Lo decía a medias; más que decirlo, lo gruñía. Y como yo no le contestaba, se limitó a destrozar los muebles y los jarrones. Ni siquiera buscaba nada; sólo quería echarlo todo a perder.

La inutilidad del ataque la enfurecía.

El piso estaba en ruinas. Lewis paseó: sacudiendo la cabeza, por entre los fragmentos de porcelana y los tejidos hechos jirones. En su mente se confundían los rostros llorosos: Catherine, Phillipe, el extraño. Al parecer, todos estaban dolidos y destrozados en su pequeño mundo. Todos sufrían; sin embargo, el origen, el corazón del sufrimiento, no se encontraba en ninguna parte.

Sólo Phillipe había levantado un dedo acusador contra el propio Lewis: «Tú empezaste con todo esto». ¿No fueron ésas sus palabras? «Tú empezaste con todo esto».

Pero ¿cómo?

Lewis se quedó de pie junto a la ventana. Los destrozos habían rajado tres pequeños cristales, y un viento gélido se estaba introduciendo en el piso. Miró las aguas congeladas del Sena, y un movimiento le llamó la atención. Se le revolvió el estómago.

La cara del extraño estaba vuelta hacia la ventana y tenía una expresión salvaje. Las ropas que siempre había vestido tan impecablemente estaban desordenadas, y su mirada era de una desesperación profunda, tan lamentable que casi parecía trágica. O, más bien, era la representación de una tragedia: el dolor de un actor. En cuanto Lewis posó su vista sobre él, el extraño levantó los brazos en dirección a la ventana Con un gesto que parecía implorar

perdón o compasión o las dos cosas.

Esa llamada de atención hizo retroceder a Lewis. Era demasiado, excesivo. Al rato, el extraño estaba cruzando el patio, alejándose del piso. Su cuidadosa forma de andar había degenerado en un oscilante paso largo. Lewis emitió una larguísima queja de reconocimiento cuando la masa mal vestida desapareció de su vista.

—¿Lewis?

Aquel contoneo, aquel balanceo no se parecían en nada al andar de un hombre. Era el paso de una bestia puesta de pie, de un animal al que hubieran enseñado a andar y ahora, sin maestro, estuviera olvidando lo aprendido.

Era un mono.

Dios mío, Dios mío; era un mono.

—Tengo que ver a Phillipe Laborteaux.

—Lo siento, *monsieur*, pero las visitas de la prisión…

—Es cuestión de vida o muerte, oficial.

—Eso se dice pronto, *monsieur*.

Lewis ensayó una mentira.

—Su hermana se está muriendo. Le suplico un poco de compasión.

—Oh… bueno…

Una pequeña duda. Lewis hizo un poco más de presión.

—Sólo unos minutos, para organizar los preparativos.

—¿No puede esperar a mañana?

—Habrá muerto antes de la mañana.

Lewis odiaba hablar así de Catherine, aun a pesar del objetivo de esa mentira, pero era necesario; tenía que ver a Phillipe. Si su teoría era correcta, la historia podía repetirse antes de que finalizara la noche.

A Phillipe lo habían sacado de un sueño de sedantes. Tenía los ojos muy ojerosos.

—¿Qué quieres?

Lewis no trató siquiera de prolongar su mentira; estaba claro que a Phillipe lo habían drogado y probablemente era presa de mareos. Sería mejor ponerle la verdad delante y ver qué ocurría.

—Amaestraste un mono, ¿verdad?

Una mirada de terror cruzó el rostro de Phillipe, contenida por las drogas que llevaba en la sangre, pero lo suficientemente explícita.

—¿Verdad?

—Lewis…

Phillipe parecía muy viejo.

—Contéstame, Phillipe, te lo ruego: antes de que sea demasiado tarde. ¿Amaestraste un mono?

—Fue un experimento, eso es todo. Un experimento.

—¿Por qué?

—Tus historias. Tus malditas historias; quería saber si era cierto que esos animales eran salvajes. Quería convertirlo en un hombre.

—Convertirlo en un hombre.

—Y esa puta…

—Natalie.

—Lo sedujo.

Lewis se sintió mareado. Ésa era una posibilidad que no había previsto.

—¿Lo sedujo?

—¡Puta! —exclamó Phillipe, con una lástima infinita.

—¿Dónde está tu mono?

—Tú lo matarás.

—Irrumpió en el piso con Catherine dentro. Lo destrozó todo, Phillipe. Es peligroso ahora que no tiene amo. ¿No lo comprendes?

—¿Catherine?

—No; ella está bien.

—Está domesticado: no le hará daño. La ha observado desde un escondite. Viene y se va tan silenciosamente como un ratón.

—¿Y la chica?

—Estaba celoso.

—¿Así que la mató?

—A lo mejor. No sé. No quiero pensar en ello.

—¿Por qué no se lo has dicho a la policía, por si hubiera sido él?

—No sé si es verdad. Probablemente todo sea una ficción, una de tus malditas ficciones; una historia más.

Una sonrisa amarga y taimada le cruzó la cara exhausta.

—Tienes que saber a qué me refiero, Lewis. Podría ser una historia, ¿verdad? Como tus relatos de Dupin. Sólo que tal vez la

hice realidad durante una temporada. ¿Se te había ocurrido? A lo mejor la hice realidad.

Lewis se levantó. Era un tema agotado: realidad e ilusión. Una cosa era o no era. La vida no es un sueño.

—¿Dónde está tu mono?

Phillipe se señaló la sien.

—Aquí, donde nunca lo podrás encontrar —dijo, y escupió a Lewis en la cara.

El escupitajo le dio en el labio, como un beso.

—No sabes lo que hiciste. Nunca lo sabrás.

Lewis se secó el labio mientras los vigilantes escoltaban al prisionero fuera de la habitación y lo devolvían a su feliz inconsciencia drogada. Todo lo que se le ocurría ahora, solo en la fría sala de visitas, era que Phillipe tenía suerte. Se había refugiado en una pretendida culpabilidad y encerrado en un lugar en que la memoria, la venganza y la verdad, la amarga verdad, no podrían volver a afectarlo. En ese momento odió a Phillipe con todo su corazón. Odió en él al diletante y al cobarde que siempre supo que fue. No era un mundo cómodo el que Phillipe había creado a su alrededor; era un escondite, igual de falso que aquel verano de 1937. No se podía vivir como él lo hizo sin que tarde o temprano llegara el momento de ajustar cuentas; y por fin ese momento había llegado.

Esa noche, Phillipe se despertó en la seguridad de su celda. El ambiente era cálido, pero él tenía frío. Se mordió las muñecas en la más completa oscuridad hasta que un reguero de sangre se vertió en su boca. Se volvió a tumbar sobre la cama y se desangró silenciosamente hasta morir fuera de la vista y de la mente.

Un breve artículo de *Le Monde* en segunda página informó del suicidio. La gran noticia del día siguiente fue el sensacional asesinato de una prostituta pelirroja en un pisito próximo a la calle Rochechouar. La compañera con la que convivía halló a Monique Zevaco a las tres de la madrugada con el cuerpo en un estado tan horrible que «desafiaba cualquier descripción».

A pesar de la supuesta imposibilidad de la tarea, los medios de información se lanzaron a describir lo indescriptible con un

entusiasmo morboso. Se hizo una detallada crónica del más mínimo rasguño, desgarro y herida del cuerpo parcialmente desnudo de Monique, tatuado, como babeaba *Le Monde*, como un mapa de Francia. Lo mismo hicieron con el aspecto de su asesino, bien vestido y perfumado en exceso, que al parecer la estuvo espiando mientras se aseaba, detrás de una ventanita trasera, y luego irrumpió en el cuarto de baño y atacó a la señorita Zevaco. El asesino se precipitó luego escaleras abajo, chocando con la compañera de piso, quien descubriría minutos después el cadáver mutilado de Zevaco. Sólo un comentarista relacionó el asesinato de la calle de los Mártires y el de la señorita Zevaco, pero no se fijó en la curiosa coincidencia de que el acusado Phillipe Laborteaux se hubiera quitado la vida aquella misma noche.

El funeral se celebró en plena tormenta; el cortejo avanzó lastimosamente por las calles abandonadas y cubiertas de nieve, que caía con furia, hacia Montparnasse. Lewis se sentó con Catherine y Jacques Solal cuando dejaron a Phillipe en la tumba. Todos los de su círculo lo habían abandonado; no querían asistir al funeral de un suicida y convicto de asesinato. Su inteligencia, su elocuencia y su infinita capacidad de cautivar no le sirvieron de nada al final.

En cambio, resultó que no todos los extraños se olvidaron de llorar su muerte. Mientras se encontraban al lado de la sepultura y el frío los azotaba, Solal se ladeó hacia Lewis y le dio un codazo.

—¿Qué?

—Ahí. Debajo del árbol.

Solal hizo señas por detrás del sacerdote, que rezaba.

El extraño estaba a cierta distancia, casi escondido tras los mausoleos de mármol. Llevaba la cara envuelta por una gruesa bufanda negra y un sombrero de ala ancha calado sobre la frente, pero su silueta era inconfundible. Catherine también lo había visto. Abrazada a Lewis, de pie, temblaba, no sólo de frío, sino de miedo. Era como si la criatura fuera un ángel enfermizo que hubiera acudido a hacer una ronda y a disfrutar con el dolor ajeno. Resultaba grotesco y horripilante que aquella cosa fuera a ver cómo confinaban a Phillipe en la tierra helada. ¿Qué sentía? ¿Angustia? ¿Culpabilidad?

Sí. ¿Se sentía culpable?

Sabía que lo habían visto. Se dio la vuelta y huyó arrastrando los pies. Sin decir una palabra a Lewis, Jacques Solal se apartó de la tumba y se lanzó en su persecución. Al poco rato, el extraño y su persecutor se disiparon en la nieve.

De nuevo en el Quai de Bourbon, Catherine y Lewis no comentaron el incidente. Entre ellos se había formado una especie de barrera que sólo les permitía entrar en contacto para comunicarse las cuestiones más triviales. No tenía sentido analizar ni lamentar nada. Phillipe estaba muerto. El pasado, su pasado compartido, había muerto. Este último capítulo de su vida en común enturbió profundamente todo lo que le precedía, de forma que no podían disfrutar de ningún recuerdo compartido sin que el placer se aguara. Phillipe había muerto de una forma horrible, devorando su propia carne y su propia sangre, tal vez enloquecido por la conciencia de su culpabilidad y depravación. Ni la inocencia ni el recuerdo de la dicha podían quedar al margen de ese hecho. Lamentaron silenciosamente no sólo la muerte de Phillipe, sino de su propio pasado. Lewis comprendió ahora la reticencia de Phillipe hacia la vida cuando había perdido tanto en el mundo.

Solal llamó por teléfono. Sin aliento después de la persecución, pero regocijado, le habló en susurros a Lewis, disfrutando manifiestamente con su excitación.

—Estoy en la Gare du Nord, y he descubierto dónde vive nuestro amigo. ¡Lo he encontrado, Lewis!

—Excelente. Voy en seguida. Te encontraré en las escaleras de la Gare du Nord. Cogeré un taxi; llego en diez minutos.

—Es en el sótano de la calle Fleurs, número dieciséis. Allí te veré…

—No entres, Jacques. Espérame. No…

La línea se cortó y la voz de Solal dejó de oírse. Lewis cogió su abrigo.

—¿Quién era?

Preguntó, pero no quería saberlo. Lewis se encogió de hombros dentro del abrigo y dijo:

—Nadie. No te preocupes. No tardaré.

—Llévate la bufanda —recomendó ella, sin darse la vuelta.

—Sí. Gracias.

—Te vas a helar.

La dejó contemplando el Sena vestido de noche, observando bailar los témpanos de hielo sobre el agua negra.

Cuando llegó a la casa de la calle Fleurs, a Solal no se le veía por ninguna parte, pero las huellas frescas sobre la nieve en polvo conducían a la puerta principal del número dieciséis, y desde allí, haciéndose más profundas, daban la vuelta hasta llegar a la parte trasera de la casa. Lewis las siguió. Al entrar en el patio posterior por una puerta podrida que Solal había forzado violentamente, se dio cuenta de que no llevaba armas consigo. Mejor volver, encontrar una palanca, un cuchillo, algo. Mientras cavilaba sobre este punto, la puerta de atrás se abrió y el extraño hizo su aparición, vestido con su ya familiar abrigo. Lewis se apretujó contra la pared del patio, donde las sombras eran más oscuras, seguro de que lo descubriría. Pero la bestia tenía otras preocupaciones. Se quedó en el pasillo con la cara completamente visible y, por primera vez, pudo ver claramente la fisonomía de la criatura. Tenía la cara recién afeitada, y el aroma de la colonia era fuerte, incluso a pleno aire. Su piel era rosada como un melocotón, aunque una cuchilla poco cuidadosa le había hecho un par de cortes. Lewis pensó en la navaja abierta con la que al parecer amenazó a Catherine. ¿A eso había ido al cuarto de Phillipe, a buscar una buena máquina de afeitar? Estaba quitándose los guantes de cuero de las manos grandes y asimismo afeitadas, emitiendo tosecitas que sonaban casi a gruñidos de satisfacción. Lewis tuvo la impresión de que se estaba preparando para salir al mundo exterior; y ese espectáculo era tan enternecedor como intimidatorio. Todo en aquel ser quería ser humano. Aspiraba, a su manera, al modelo que le había dado Phillipe, que había alimentado en él. Ahora, desprovisto de mentor, confuso e infeliz, trataba de enfrentarse al mundo tal como le habían enseñado a hacerlo. No había forma de desandar lo andado. Sus días de inocencia se habían acabado: nunca podría volver a ser una bestia sin ambiciones. Atrapado en su nueva personalidad, no tenía más opción que continuar con la vida a la que su dueño le había aficionado. Sin echar una sola ojeada hacia donde se encontraba Lewis, cerró con

cuidado la puerta que tenía detrás y cruzó el patio; en esos pocos pasos, su andar pasó de un arrastrarse simiesco al contoneo cuidadoso que utilizaba para imitar a los humanos.

Luego desapareció.

Lewis esperó un momento en las sombras, respirando con cuidado. Ahora le dolían todos los huesos del cuerpo a causa del frío, y tenía los pies entumecidos. No parecía que la bestia fuera a volver, así que se arriesgó a salir de su escondite y tanteó la puerta. No estaba cerrada. Al entrar, una vaharada de fetidez lo echó para atrás: el olor dulce y enfermizo de frutas podridas mezclado con el olor empalagoso de la colonia: un cruce entre el zoo y el tocador.

Se deslizó por un tramo de pequeños escalones de piedra y por un corto pasillo de azulejos hacia una puerta. Tampoco estaba cerrada; la bombilla desnuda iluminaba una extraña escena.

En el suelo, una alfombra persa grande y algo raída; muebles desperdigados; una cama cubierta malamente con mantas y arpilleras manchadas; un armario hinchado de ropas demasiado grandes; abundante fruta desechada, parte de ella pisoteada en el suelo; un cubo lleno de paja y que apestaba a basura. Sobre la pared, un gran crucifijo. En la repisa de la chimenea una *fotografía* de Catherine, Lewis y Phillipe juntos en un pasado soleado, sonriendo. En la pila, los útiles de afeitar que empleaba la criatura: jabón, brocha y cuchilla. Espuma fresca. En el aparador, un montón de dinero, tirado descuidadamente y en grandes cantidades junto a una pila de agujas hipodérmicas y una colección de frascos. Hacía calor en el garito de la bestia; a lo mejor la caldera de la casa rugía en un sótano adyacente. Solal no estaba allí.

De repente, oyó un ruido.

Lewis se dio la vuelta hacia la puerta, esperando que el mono la cubriera con los dientes apretados y los ojos endemoniados. Pero estaba desorientado; el ruido no procedía de la puerta, sino del armario. Algo se movió detrás de la pila de ropas.

—¿Solal?

Jacques Solal cayó a medias del armario y quedó extendido sobre la alfombra persa. Tenía la cara desfigurada por una profunda herida, de forma que no le quedaban casi rasgos.

La criatura lo había cogido del labio y había separado la carne del hueso como si le quitara un pasamontañas. Los dientes

expuestos le castañetearon en un último espasmo ante la inminente muerte; sus miembros se agitaron y crujieron. Pero Jacques ya estaba muerto. Aquellos temblores y contracciones no eran indicios de que le quedara capacidad de pensamiento o personalidad; tan sólo el estertor de la muerte. Lewis se arrodilló al lado de Solal; tenía el estómago resistente. Durante la guerra, por ser objetor de conciencia, se había presentado como voluntario para servir en el hospital militar, y pocas eran las transformaciones del cuerpo humano que no hubiera visto en una u otra combinación. Acunó tiernamente el cuerpo, sin advertir que tenía sangre. No había querido a aquel hombre, apenas si le había interesado ligeramente, pero ahora sólo quería sacarlo de allí, de la jaula del mono, y encontrarle una sepultura humana. También se llevaría la foto. Resultaba excesivo haberle dado a la bestia una foto de los tres amigos juntos. Le hizo odiar a Phillipe más que nunca.

Levantó el cuerpo de la alfombra. Fue necesario un esfuerzo tremendo, y el sofocante calor de la habitación, después del frío del mundo exterior, lo mareó. Sentía que los miembros le temblaban de miedo. Su cuerpo estaba a punto de traicionarlo, lo sabía; a punto de desfallecer, de perder la cohesión y venirse abajo.

«Aquí no. En nombre de Dios, aquí no».

Tal vez debería irse en seguida a buscar un teléfono. Eso sería lo mejor. Llamar a la policía, sí… Llamar a Catherine, sí…, hasta encontrar en la casa a alguien que lo ayudara. Pero eso supondría dejar a Jacques en la guarida para que la bestia lo asaltara de nuevo, y se había vuelto extrañamente protector del cadáver; no quería dejarlo solo. Indeciso ante esa confusión de intenciones, incapaz de dejar a Jacques pero también incapaz de seguir arrastrándolo, se quedó en medio del cuarto y no hizo absolutamente nada. Eso era lo mejor; sí. Nada de nada. Demasiado cansado, demasiado débil. Lo mejor era no hacer nada.

La ensoñación duró una eternidad. El anciano se quedó paralizado en el punto crucial de sus sentimientos, incapaz de adelantarse hacia el futuro o de volver sobre su pasado mancillado. Incapaz de recordar. Incapaz de olvidar.

Esperando, durante un rato de semiinconsciencia, el fin del mundo.

Llegó a casa tan ruidosamente como un hombre borracho, y el

ruido que hizo al abrir la puerta exterior hizo reaccionar a Lewis débilmente. Con cierta dificultad, arrastró a Jacques al interior del armario y se escondió también él, con la cabeza sin rostro en su regazo.

Se oyó una voz en el cuarto, una voz femenina. A lo mejor no era la bestia, después de todo. Pero no: a través de la rendija de la puerta del armario Lewis pudo ver al animal y a una joven pelirroja con él. No paraba de hablar; eran las sempiternas trivialidades de una inteligencia dispersa.

—¡Tienes más, querido! ¡Oh, hombre maravilloso, maravilloso! Mira todo esto.

Tenía pastillas en la mano y se las tragaba como dulces, alegre como un niño en Navidad.

—¿De dónde has sacado todo esto? De acuerdo, si no quieres decírmelo, no me enfado.

¿Era aquello obra de Phillipe, o era el mono el que había robado la mercancía para sus designios? ¿Seducía regularmente a prostitutas pelirrojas con drogas?

El irritante balbuceo de la chica se calmaba a medida que las pastillas hacían efecto, sedándola, transportándola a un mundo sólo suyo. Lewis observó, extasiado, cómo empezaba a desnudarse.

—Hace mucho… calor… aquí.

El mono la miraba de espaldas a Lewis. ¿Qué expresión tenía su cara afeitada? ¿Había lujuria en sus ojos, o duda?

Los pechos de la chica eran preciosos, aunque tenía el cuerpo demasiado delgado. Su joven piel era blanca, y los pezones rosados como flores. Levantó los brazos sobre la cabeza y, al estirarse, los perfectos globos se irguieron y se achataron ligeramente. El mono alargó una mano inmensa hacia su cuerpo y le dio un tierno tirón a uno de los pezones, haciéndolo girar entre sus dedos oscuros. La chica suspiró.

—¿Me… quito todo?

El mono gruñó.

—No eres muy hablador, ¿verdad?

Se bajó la falda roja, contoneándose. Ahora estaba casi desnuda, sólo con unas bragas. Se tumbó en la cama estirándose otra vez, encantada por su cuerpo y por el calor acogedor del cuarto, sin preocuparse siquiera de mirar a su admirador.

Aplastado bajo el cuerpo de Solal, Lewis empezó a sentirse mareado otra vez. Tenía los miembros inferiores totalmente entumecidos, y no sentía el brazo derecho, aprisionado contra la parte de atrás del armario, pero no se atrevía a moverse. Sabía que el mono era capaz de todo. Si lo descubría, ¿qué no se decidiría a hacer con él y con la chica?

Ahora tenía todo el cuerpo dormido o contraído de dolor. En su regazo el cuerpo sangrante de Solal parecía pesar más a cada momento. La espina dorsal le chillaba, y la nuca le dolía como si le estuvieran clavando agujas al rojo. El sufrimiento se estaba volviendo insoportable; empezó a pensar que moriría en aquel patético escondite mientras el mono hacía el amor.

La chica suspiró y Lewis volvió a mirar a la cama. El mono tenía la mano entre las piernas de la chica, y ella se retorcía con sus caricias.

—¡Sí, oh sí! —decía una y otra vez, mientras su amante la desnudaba del todo.

Era excesivo. El mareo se extendió por la corteza cerebral de Lewis. ¿Era eso la muerte? ¿Las luces de su cabeza y el pitido de sus oídos?

Cerró los ojos, dejando de ver a los dos amantes, pero fue incapaz de acallar el ruido. Parecía interminable, le invadía la cabeza. Suspiros, pequeños chillidos.

Por fin, la oscuridad.

Lewis se despertó en un estado indescriptible: tenía el cuerpo deformando por la estrechez de su escondite. Levantó la vista. La puerta del armario estaba abierta y el mono lo estaba mirando, intentando sonreírle. Estaba desnudo e iba casi afeitado del todo. En la hendidura de su inmenso pecho brillaba un pequeño crucifijo de oro. Lo reconoció de inmediato. Se lo había comprado en los Campos Elíseos a Phillipe poco antes de la guerra. Ahora reposaba sobre un matorral de pelo pelirrojo anaranjado. La bestia alargó una mano y Lewis la cogió maquinalmente. La mano de tosca palma le sacó de debajo del cadáver de Solal. No podía mantenerse derecho. Tenía las piernas de gelatina y los tobillos no lo soportaban. La bestia lo cogió y le sirvió de apoyo. Con la cabeza dando vueltas,

Lewis miró hacia el armario, donde Solal estaba tirado, enroscado como un bebé en la cuna, con la cara hacia la pared.

La bestia cerró la puerta delante del cadáver y llevó a Lewis a la pila, donde éste vomitó.

—¿Phillipe?

Advirtió levemente que la mujer aún estaba ahí, en la cama: recién despierta después de una noche de amor.

—Phillipe, ¿quién es ése?

Se estaba arrastrando en busca de pastillas sobre la mesa que había junto a la cama. La bestia se precipitó y se las arrebató de las manos.

—Ah… Phillipe… Por favor. ¿Quieres que me acueste con éste también? Lo haré si quieres. Pero devuélveme las pastillas.

Señaló a Lewis.

—No suelo acostarme con viejos.

El mono refunfuñó. La expresión de la cara de la chica cambió, como si tuviera por primera vez la sospecha de lo que era aquel fulano. Pero la idea era demasiado compleja para su mente drogada, y la dejó pasar de largo.

—Por favor… Phillipe —gimoteó.

Lewis estaba mirando al mono. Había tomado la foto de la repisa. Tenía la uña negra sobre la figura de Lewis. Sonreía. Lo había reconocido, a pesar de que cuarenta años le hubieran quitado mucha vitalidad.

—Lewis —dijo, encontrando la palabra muy fácil de pronunciar.

El anciano no tenía nada en el estómago que vomitar ni tenía ya nada que temer. Era el fin del siglo; debería estar preparado para cualquier cosa. Hasta para que lo saludara como a un amigo de un amigo la bestia afeitada que se alzaba ante él. Sabía que no le haría daño. Probablemente Phillipe le había dicho al mono algo de su vida en común; había hecho que la criatura amara a Catherine y a él tanto como adoraba a Phillipe.

—Lewis —repitió, y señaló a la mujer (que ahora estaba sentada con las piernas abiertas en la cama), ofreciéndosela para que gozara de ella.

Lewis negó con la cabeza.

Dentro y fuera, dentro y fuera, mitad ficción y mitad realidad.

Hasta ese punto habían llegado las cosas: que un mono desnudo

le ofreciera a una mujer. Era lo último, por amor de Dios, el último capítulo de la ficción a la que su tío abuelo había dado comienzo. Del amor al asesinato y de ahí otra vez al amor. El amor de un mono por un hombre. Él había empezado con todo aquello, gracias a sus sueños de héroes de ficción, imbuido de la razón más absoluta. Había empujado a Phillipe a hacer reales las historias de una juventud perdida. Él *era* el responsable y no el pobre mono que se pavoneaba, perdido entre la jungla y la Bolsa; y tampoco Phillipe, que deseaba ser eternamente joven; y desde luego aún menos Catherine, que después de aquella noche se quedaría totalmente sola. Era él. Suyo era el crimen, suya la culpa, suyo el castigo.

Sus piernas habían recuperado un poco de sensibilidad y empezó a tambalearse en dirección a la puerta.

—¿No te quedas? —preguntó la mujer pelirroja.

—Esta cosa… —no podía nombrar al animal.

—¿Te refieres a Phillipe?

—No se llama Phillipe —dijo Lewis—. Ni siquiera es humano.

—Tú mismo —contestó ella, y se encogió de hombros.

A su espalda el mono habló, pronunciando su nombre. Pero esta vez, en lugar de resultar una especie de palabra-gruñido, su paladar simiesco imitó la inflexión de la voz de Phillipe con una precisión inquietante, mejor que el más hábil de los loros. Era la voz de Phillipe, idéntica:

—Lewis —decía.

No suplicaba ni exigía. Simplemente nombraba, por el placer de nombrar a un igual.

Los transeúntes que vieron al anciano subirse a gatas al parapeto del puente del Carrousel lo miraron, pero no hicieron ningún gesto para evitar que saltara. Vaciló un momento al quedarse derecho, y luego se tiró al agua congelada, revuelta y mortal.

Una o dos personas cruzaron el puente para ver si la corriente se lo había llevado: y así fue. Salió a la superficie con la cara amoratada y sin expresión, como la de un bebé, y luego algún remolino potente lo agarró de los pies y lo arrastró debajo del agua. Las aguas espesas se cernieron sobre su cabeza y siguieron

agitándose.

—¿Quién era ése? —preguntó alguien.

—¿Quién sabe?

Era un día de cielo despejado. Había caído la última nieve invernal, y el deshielo empezaría hacia el mediodía. Los pájaros, exultantes por el súbito sol, se posaron sobre el Sagrado Corazón. París comenzó a desnudarse para la primavera, pues su blanco virginal ya estaba demasiado mancillado para seguir vistiéndolo más tiempo.

Hacia media mañana, una joven pelirroja, colgada del brazo de un inmenso hombre feo, paseaba sin prisa por las escalinatas del Sagrado Corazón. El sol los bendijo. Las campanas sonaron.

Era un nuevo día.

CLIVE BARKER. Nació el 5 de octubre de 1952 en Liverpool, Inglaterra. Cursó estudios de Literatura y Filosofía. Con 21 años se trasladó a Londres para crear una compañía de teatro y llevar a cabo todas sus aficiones: guión y dirección de sus propias obras.

Sus primeros pasos en el mundo de la escritura como creador de relatos de horror pueden apreciarse hoy en día a través de «Libros de sangre», mientras que «El juego de las maldiciones» permite juzgar su faceta de novelista.

Asimismo, su capacidad para producir y dirigir materiales audiovisuales ha quedado plasmada en obras como «Hellraiser», «Salome», «Razas de la noche», «El señor de las ilusiones» y «Dioses y monstruos».

Lejos de conformarse con estas actividades que le permitieron triunfar a nivel internacional y hasta asombrar a su colega Stephen King (quien, tras evaluar uno de sus trabajos, llegó a expresar: «He visto el futuro del horror y su nombre es Clive Barker»), este británico que cursó durante su juventud las carreras de Literatura Inglesa y Filosofía en la Universidad de Liverpool también se animó a colaborar en el desarrollo de distintos videojuegos (entre los que no pueden dejar de mencionarse a «Clive

Barker's
Undying» y «Clive
Barker's
Jericho») y hasta logró publicar sus propios cómics de superhéroes.

«Sortilegio», «Cabal», «El gran espectáculo secreto», «El ladrón de días» y «Demonio de libro» son otros de los títulos que forman parte de la destacada producción literaria de Clive Barker, un autor que se valió de su creatividad y talento narrativo para enriquecer al género del horror.

Productor de la película *Dioses y monstruos (Gods and monsters*, 1998). En el 2008 el director Ryuhei Kitamura dirige la película *Midnight Meat Train*, basado en el cuento del mismo nombre de Barker, quien también fue su productor.

Notas

[1] El autor hace un juego de palabras intraducible, basándose en la semejanza fonética de Quaid con *quake* (temblor), *quail* (codorniz o acobardarse) y *quarrel* (riña) ***(N. del T.)*** < <